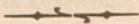


LIBRO TERCERO



CAPÍTULO PRIMERO

Institución de las cuatro célebres Comunidades.—Sus admirables Constituciones.—Alabanzas y aprobación de las mismas.

I

Ha llegado ya el momento de ocuparnos en la reforma de esta Casa. Al principiar el siglo XVI estaban las cosas de Montserrat de tal suerte, que [la disciplina regular y la observancia monástica se habían relajado lastimosamente. Ni los monjes eran lo que debían ser, ni el culto de la Santa Imagen ganaba, sino que iba en decadencia de una manera muy notable. Advertidos los Reyes Católicos del triste estado en que habían venido á parar las cosas de este Santuario, no cejaron hasta lograr incorporarlo, como arriba dijimos, al Real Monasterio de Benedictinos de Valladolid. Una vez realizada esa agregación, no faltaron dificultades, pero con paciencia se vencieron todas. Había aquí no sólo monjes claustrales, sino ermitaños y escolares. De los primeros no puede negarse que serían los siete que tenían repartida la hacienda entre sí, como hemos dicho en otro lugar, por razón de los oficios ó cargos que ejercían; y de los demás, sólo constan con título de claustrales Fr. Pedro Camps, Fr. Felipe Gilabert, y Fr. Mateo de Peña, prior, licenciado en Derecho. De los ermitaños sólo constan cinco que profesaron la Regla de San Benito, conformándose con la nueva reforma, que fueron: Fr. Juan Sierra,

Fr. Juan Mella, Fr. Benito, Fr. Pascual, y Fr. Juan Enguidanos. De los escolanes y donados no se halla memoria. Que los que tenían los oficios del Convento sentirían dejarlos con la renta aneja á ellos, no es de extrañar. Que obligarlos á vivir conforme á las ceremonias y nueva clausura, les vendría mal, tampoco debe admirarnos.

De todos modos, desde el punto que comenzó á gobernar el Padre Fr. García de Cisneros, se vió el feliz acierto que se tuvo en su elección. Todo fué en aumento desde luego, tanto lo temporal como lo espiritual. Lo que ayudó más al acrecentamiento de la Casa, fué el buen orden que puso en ella, distribuyéndola en cuatro clases ó Comunidades, que son: Escolanes, Frailes legos, Ermitaños y Monjes. De cada una iremos tratando en párrafos aparte. Empezaremos por los últimos y acabaremos por los primeros. Dice el P. Yepes, que Fr. García puso gran número de monjes, como de sesenta á setenta, no dedicados á la vida activa solamente como los donados, ni á la contemplativa como los ermitaños, sino trabajando sin cesar. Pasaban casi todas las horas del día, y parte de la noche, dedicados á Coro, lección y contemplación. Cuando era menester, se ocupaban en servir á los peregrinos y en confesar innumerables pecadores que venían arrepentidos á este Santuario.

Luego que Fr. García de Cisneros estuvo al frente de esta Casa, y vió el gran concurso de gente que acudía, especialmente en las festividades de Nuestra Señora, conoció que se haría grandísimo servicio al Señor ordenándolo todo de manera, que además de las obras de misericordia corporales, se ejercitasen también con los peregrinos las espirituales. Quiso que en el Monasterio hubiese estudios de Artes y Teología, y que residiendo en él personas espirituales y doctas, ayudasen á las almas que venían á ser curadas y remediadas en este santo lugar. Desde entonces hubo gran número de confesores diestros é inteligentes en las lenguas de Cataluña, Castilla, Francia, Italia y Alemania, para que supiesen conocer las enfermedades del alma de todas esas naciones, que eran las que más de ordinario acudían aquí. Sacó Fr. García licencia de los Sumos Pontífices para que los confesores de Montserrat pudiesen absolver de pecados reservados; y ha mostrado la experiencia, que éste fué el remedio más fuerte y eficaz para que muchos hombres desalmados y olvidados de Dios volviesen sobre sí y saliesen de su mal estado.

Prosiguió el nuevo Abad en ser verdadero padre de aquellos á quienes quería como hijos, engendrándolos espiritualmente con la doctrina y el ejemplo, como San Pablo á los suyos con el Evangelio. Para cuyo efecto escribió é hizo imprimir el libro del *Ejercitatorio espiri-*

tual y el *Directorio de las Horas Canónicas*. Con este libro fué ejercitando á los monjes, con el *Directorio* les fué guiando, y con él se criaron los primeros que tomaron el hábito en este Monasterio, que fueron tantos los que recibió por hijos el venerable Padre, que pasan de setenta, sin contar los ermitaños ni los tres monjes claustrales que había cuando entró la observancia. De estos setenta eran algunos monjes claustrales de otros Monasterios, que atraídos del ejemplo y buena opinión que daban los nuevos y reformados Religiosos, venían ellos y se reducían á la misma observancia, silencio y clausura de esta santa Casa. A esto llegaron los monjes que formaban y componían la cuarta clase del Convento, debido todo al celo y buena dirección del P. Fr. García de Cisneros.

II

Deseoso el abad García de que la nueva reforma de este Convento fuese provechosa y estable, dictó Constituciones para cada clase de Religiosos, tan bien ordenadas, que son demostración del talento que tenía. En la imposibilidad de insertarlas íntegras, porque ellas solas formarían un tomo bastante regular, diremos algo de lo que en ellas tenía relación con los monjes, para que el lector pueda formarse idea del celo y ciencia del que las escribió. El capítulo que trata sobre el Oficio divino, entre otras cosas dispone, que en cuanto los monjes entraren en el Coro, se inclinen ante el Santísimo Sacramento; y que, arrodillados y con devoción, durante el tiempo que el Presidente tardare en dar la señal, hagan la trina Oración, que consiste en rezar un *Padre nuestro*, *Ave María* y *Credo*. Y quiere también, que al fin de las Horas Canónicas se digan á Nuestra Señora las oraciones *Gratiam tuam*, y *Pretende famulis tuis*, finidas las cuales ofrezca cada uno mentalmente á Dios aquella obra, y le pida perdón de sus negligencias, como largamente está contenido en el *Directorio de las Horas Canónicas*.

Para que todos los monjes acudiesen á Maitines á las doce de la noche, dispuso á cuenta de quien había de estar el despertador de campana, y quien al punto tomando las tablas, discurriese por los dormitorios para despertar los monjes un cuarto de hora antes, para observar en todo la más exacta prontitud. Ordenó que, acabados los Maitines, sólo á la luz del cielo, fuesen guiados los ánimos, queriendo que tuviesen lectura de lo que se hubiese de meditar, según la recopilación del *Ejercitatorio*, que para este fin compuso. Disponiendo

el orden que en el tocar de las Horas Canónicas se ha de tener, según los tiempos, dispone también la hora en que se ha de tocar á comer, habida consideración del tiempo, ordenando que en la comida nunca falte lectura, y monjes para recibir y servir mientras el santo Convento comía.

Y tratando de la lección que el Convento debía tener, dice: que una hora y media después de comer sean convocados todos los monjes en el lugar destinado para esto, y que oren allí brevemente en silencio la octava parte de una hora, y que esta lección conventual sea sobre la materia que el Prelado juzgare más conveniente; y que sobre todo se acostumbren los monjes en el ejercicio de orar, meditar y contemplar, así en las meditaciones de la vida purgativa é iluminativa, como en la unitiva; y que de este ejercicio y modo de estudio no sea el monje quitado, á no ser que el Prelado juzgue que ya es á propósito para otro estudio y ejercicio, pues éste es el fundamento para la perfección religiosa á que los monjes están llamados. Las cosas que el venerable Prelado dispone en que principalmente se ha de tener lección, son: *In sensu Psalmorum, quia in his continetur scientia totius Sacrae Scripturae*. «En la interpretación de los Salmos, porque en ellos está encerrado todo el sentido de la Sagrada Escritura.»

Señalando algunos libros espirituales, pone asimismo algunos necesarios, para que, guiándose por ellos, se acierte á oír bien las confesiones, encargando grandemente á los Prelados que instruyan á sus monjes en estos modos de estudiar; y que si en Casa no hubiese los libros necesarios, los compren, pidiendo al Prelado procure que haya en el Convento persona que pueda enseñar, queriendo expresamente, que si en el Monasterio no hubiese quien tales doctrinas enseñase, en tal caso fuese á buscar personas doctas á otra parte. Concluyendo de aquí el venerable Prelado, que habiendo en el Convento y Monasterio tales ejercicios, habrá personas doctas, así para oír las confesiones, como para predicar, advirtiendo que de no hacer esto el Prelado, le fuera mejor ser pastor de brutos que no Prelado de hombres racionales; pues es cierto, que el cuidado principal que ha de tener, consiste en que sus súbditos sean señalados en la doctrina espiritual con que han de buscar á Dios. La cual lección hecha, que debía ser como de tres cuartos de hora, dispone que se vaya cada uno á su celda, para recopilar y meditar lo que en esta lección aprendieron.

Pasando adelante sobre la disposición de la hora en que se ha de tocar á Vísperas, quiere que todos los monjes concurren á ellas con mucha presteza, las cuales se dirán con la pausa que la fiesta ó feria pide; y que; acabadas las Vísperas, se ejerciten por una media hora

en labor de manos, según que el Prelado más juzgare convenir, finido lo cual, dispone el Prelado que cada uno vuelva á su celda.

Finalmente, después de disponer la hora en que debe juntarse de nuevo el Convento para la cena ó colación, concluye diciendo: que dichas las Completas, todos los monjes se recojan á sus celdas, y que en ellas se ejerciten en la ocupación santa de la oración, y en particular en el examen de conciencia. Dispone asimismo la hora en que los monjes han de ir á descansar, según los tiempos, para que la digestión pueda haberse verificado cuando se levanten á Maitines á las doce; y con esto acaba el venerable Padre y cierra el día natural de veinticuatro horas.

En el capítulo XII, dispone la ropa de la cama y el modo de vestir de los monjes. Y en el capítulo XIII, después de dar reglas generales para la educación y erudición de los Novicios, cómo han de ser enseñados y despojados del hombre viejo, manda que el Maestro les enseñe en particular desde el capítulo XII al XIX del *Ejercitatorio*, encargando en gran manera que ningún novicio sea admitido á la profesión, sin ser antes examinado en estos santos ejercicios.

Por último, en el capítulo XIV, declarando que los Padres ermitaños en la elección de Prelado y Abad no tengan voto, el venerable Fr. García de Cisneros propuso estas Constituciones á todos los monjes reunidos. Y con ser así, que en una Comunidad, así como hay hijos de diferentes madres, hay también diferentes voluntades, con todo les parecieron tan bien ordenadas y justificadas, que las firmaron á 15 de Marzo de 1501. Con tales padres y maestros no es extraño que salieran hijos y discípulos tan aprovechados en las ciencias divinas y humanas, y Religiosos tan perfectos, que fueron la admiración de todo el mundo.

III

Fray García de Cisneros había dado el primer paso, habiendo obtenido de la Comunidad la aprobación más formal y completa de sus admirables Constituciones. Faltaba sólo que en Capítulo Provincial mereciesen igualmente ser aprobadas, como lo fueron. En efecto, no tardaron los Padres Benedictinos en reunirse en Capítulo en la ciudad de Valladolid. Presentadas y examinadas, les parecieron tan bien, que las aprobó el Capítulo, y mandó que se guardasen inviolablemente en el Monasterio; y volviéndolas á esta Casa y Santuario, las confirmaron y se ratificaron en la obligación de su observancia, como

consta del instrumento que se conservaba antes en nuestro Archivo, que era del tenor siguiente: «Nos Fr. García de Cisneros, abad del Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, Fr. Ramiro, prior, fray Pedro Camps, Fr. Juan de Cigalés, Fr. Pedro de Burgos, Fr. Pedro de Jubera, Fr. Martín de Villa-Muera, Fr. Martín de León, Fr. Pedro de Perpiñán, Fr. Juan de Orellana, Fr. Alonso de Casalla, fray Juan de Calces, Fr. Andrés de Tordesillas, Fr. Mauro de Alfaro, fray Bartolomé de Nombella, Fr. Valentín de Bages, Fr. Luís Guardiola, Fr. Diego de Albacete, Fr. Pedro Tello, Fr. Tomás Martínez, Monjes y Convento de Nuestra Señora de Montserrat, juntos y congregados en el Capítulo, según que es costumbre, testificamos y damos fe, que todas estas ceremonias y consuetudes, se guardaban y observaban en este Monasterio de Montserrat, cuando por el Capítulo General fueron aprobadas; y queremos, y es nuestra voluntad, que perpetuamente se guarden y observen, y que en lo demás seamos conformes á las ceremonias y costumbres generales de la Congregación, como ya, según que en el Capítulo General fué definido. Y así lo firmamos á 19 de Agosto de 1502.»

Esto el P. Fr. García de Cisneros y el Convento de Montserrat, prestando caución los veinte monjes que arriba firmaron por los demás Religiosos y sucesores suyos. Los cuales, después de continuar guardando las dichas Constituciones, y mirándose en ellas como en un espejo, para la reforma de sus defectos é imperfecciones, cada día les parecían mejores; así es, que por otra segunda Escritura echaron otra llave para mayor seguridad de su observancia dentro de seis meses, que es del tenor siguiente: «Nos el ya dicho Fr. García de Cisneros, electo abad del presente Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, Fr. Alonso de Sotomayor, prior, Fr. Alonso de Mayorga, fray Pedro de Burgos, Fr. Pedro de Jubera, Fr. Martín de León, Fr. Pedro de Perpiñán, Fr. Juan de Orellana, Fr. Juan de Falcés, Fr. Andrés de Tordesillas, Fr. Valentín de Bages, Fr. Pedro de Barcelona, Fr. Pedro de Medina, Fr. Domingo, Fr. Diego de Albacete, Fr. Miguel de Sampedor, Fr. Juan de Mansilla, Fr. Gracián Pahez, y fray Francisco Vela, Monjes y Convento del Monasterio sobredicho, considerando el grande aprovechamiento espiritual que de guardar las dichas Constituciones se ha seguido, y mediante la gracia del Señor esperamos que más se seguirá, según la experiencia nos demuestra, y deseando que para siempre así se guarden, las tornamos otra vez á aprobar y ratificar, y estando capitularmente ayuntados, por Nos y en nombre de nuestros sucesores, las aprobamos, ratificamos y de nuevo confirmamos. Y por mayor firmeza dellas estatuímos, que todos los

Abades que de aquí en adelante en este Monasterio fueren elegidos, antes que por el Convento les sea prestada la obediencia, juren en su conciencia, que así las guardarán, y que no mudarán ni revocarán las dichas Constituciones, ni parte dellas, como dicho es, salvo *ad horam*. Y que el Prior, ó Presidente que entonces fuere, tenga principalmente cargo de pedir el dicho juramento al electo en nombre de el Convento, luego en siendo pronunciada la elección. Y si, lo que Dios no quiera, algún electo no quisiere así jurar, luego en consintiendo la elección de sí fecha, por el mismo caso la elección sea nula, y por aquella vez no pueda ser elegido, y el Convento torne libremente á facer otra elección. Y queremos, que en aquellos solos quede el poder elegir, y ser elegidos, que perseveren en la conservación de las presentes Constituciones. Y así mesmo estatuímos, que el Prelado que en su tiempo temptare de las revocar, ó mudar, por el mismo caso sea inhábil, que no pueda ser elegido. Y Yo, el dicho Fr. García de Cisneros, electo abad del presente Monasterio, por cumplir y poner en efecto y ejecución el dicho presente estatuto, juro en mi conciencia de guardar las dichas Constituciones, y de no las revocar, mudar, ni innovar, según que en ellas y el dicho estatuto se contiene. En fe de lo cual lo firmamos aquí de nuestros nombres. Fr. García de Cisneros, abad, Fr. Alonso de Santoya, prior, Fr. Pedro Camps, Fr. Juan de Cigalés, Fr. Pedro de Burgos, Fr. Pedro de Jubera, Fr. Martín de León, Fr. Pedro de Perpiñán, Fr. Juan de Orellana, Fr. Juan de Falcés, Fr. Andrés de Tordesillas, Fr. Valentín de Bages, Fr. Pedro de Barcelona, Fr. Pedro de Medina, Fr. Domingo, Fr. Diego de Albacete, Fr. Miguel de Sampedor, Fr. Juan de Mansilla, Fr. Gracián Pahez y Fr. Juan de Vila.»

No se contentaron con esto Fr. García de Cisneros y el Convento, sino que determinaron que el mismo General de la Congregación las viese, leyese, aprobase y sellase, confirmase y diese la autoridad debida para su observancia, como convenía, por estar unida esta Casa á la Congregación, y así se hizo. Era General entonces el P. Fr. Pedro de Nájera, y le parecieron tan bien las dichas Constituciones, que luego las aprobó, y dió la autoridad necesaria con la siguiente declaración y auto: «Nos Fr. Pedro de Nájera, abad del Monasterio é Congregación de San Benito de Valladolid. Vimos estas Constituciones en este cuaderno contenidas, y por haber sido aprobadas por el Capítulo General, las aprobamos, é mandamos, en virtud de santa obediencia, á todos los Padres, que agora son, et de aquí adelante fueren en el Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, Casa de nuestra Congregación, las guarden, según, é por la forma que en ellas se contie-

ne en la dicha Casa. En fe de lo cual lo firmamos de nuestro nombre, y sellamos con el sello de la dicha Congregación. E fueron aprobadas, é confirmadas por Nos en esta Casa de nuestro bienaventurado Padre San Benito de Valladolid á siete de Octubre de 1502. *Frater Petrus Abbas S. Benedicti. ✕ Loco sigilli.*»

Aun no quedó satisfecho nuestro santo Abad. A 6 de Mayo de 1503 hubo Capítulo General en Valladolid, donde fueron presentadas dichas Constituciones, y lejos de hallar en ellas nada reprehensible, todos los Padres á una las loaron y aprobaron sin añadir ni quitar en ellas cosa alguna. Este fué el último sello que se puso para la observancia de las leyes del venerable Fr. García de Cisneros, que fué de tan buen acierto, que por espacio de más de cien años no hubo quien torciera el pie para desviarse de tan buena senda.

Otra acción hizo el venerable Abad junto con su Convento, que no dió menos lustre á este Santuario que las que dejamos referidas, y fué cerrar la puerta por Auto público, para que no se admitiese al hábito de San Benito persona alguna que no fuese de sangre limpia, sin raza de judío, ni moro, ni recién convertido á la fe católica, escarmentando en cabeza ajena de otras Religiones, que habían padecido algunos trabajos cerca de este punto. Este Auto, por ser tan particular, como honroso para Montserrat, lo continuaremos en el Apéndice número 4.

CAPÍTULO SEGUNDO

De los frailes legos, ó donados.—De los ermitaños.—De las ermitas.

I

Queda ya referido como á los peregrinos se les facilitaba la comida gratis. No hemos dicho, empero, que á todos los que acudían á este Santuario, con todo y ser tantos en número, se les daba también de balde sal, lumbre, pan, vino y aceite; y lo que es más, á todos los frailes de las diferentes Ordenes, y á todos los sacerdotes, y á las personas de dignidad, se les proporcionaba lo necesario para la cama, comida y bebida, con el mismo regalo que si estuvieran en sus casas.

Y si algún peregrino caía malo, había hospital bien provisto, en donde se recogían los enfermos á costa del mismo Convento, llamándose en seguida al médico de la Casa, y proveyendo á la dolencia con las medicinas de la botica, también de balde. Ahora bien. Todo ese tropel de gente y de necesidades que era preciso subvenir, supone un personal numeroso y regulado. ¿De qué medios se valía el Convento para poder atender á todo? Todo estaba previsto. A todo atendió el sabio y caritativo abad García de Cisneros. Hemos dicho que dividió el personal de la Casa en cuatro Comunidades. Hemos hablado ya de los monjes y sus oficios. Hablemos ahora de los donados, ó frailes legos. Esta era otra Comunidad creada precisamente para servir á tanta gente y subvenir á sus necesidades.

Eran los donados también Religiosos obligados con sus votos, y sujetos á la observancia de las Constituciones que les dió el propio abad García; pero éstos no estaban destinados á recibir las Ordenes sagradas, porque su oficio era atender á los peregrinos pobres y enfermos, haciendo con esto gran servicio á Dios Nuestro Señor; porque aunque todos los de la Montaña se empleaban en el servicio y ejercicio de la hospedería, tan agradable á Su Majestad y á su gloriosa Madre, los donados eran los que más de cerca trataban de la vida activa, ejerciendo directamente estos oficios. Daban la limosna al pobre, abrigan al necesitado, curaban á los enfermos, y daban los alimentos á tanta muchedumbre como aquí acudía de todas naciones y lenguas.

Además de los ministerios que tenían en Casa los donados, tenían otros fuera; uno era asistir á las granjas y casas de labranza, donde el Monasterio tenía posesiones, y el otro pedir las limosnas que unos llamaban *cuestas*, y otros *plegas*, y los que andaban pidiendo eran conocidos con el nombre de *plegadors*. La primera ocupación es importantísima y sumamente necesaria para el buen gobierno y sustento del Convento, porque como el Monasterio está en parte tan elevada, y los caminos eran en aquellos tiempos ásperos y dificultosos, no era posible llevar los comestibles arriba, sino que eran depositados primero en las granjas, á donde los donados recogían el pan, vino, aceite, legumbres y demás provisiones, que con ciento treinta acémilas, que arreaban los criados de la casa, las subían arriba poco á poco. Los que iban á las *plegas*, recorrían todo el Principado de Cataluña, Valencia, Aragón y Reino de Castilla para recoger las limosnas colectadas; ya que este Monasterio tenía licencia de los Sumos Pontífices y de los Reyes de España, para que en los lugares dichos hubiesen hombres que pidiesen por Nuestra Señora de Montserrat, y solían hallar-

se reunidas limosnas muy extraordinarias. Eran estos ministerios de mucha consideración, y exigían gran fidelidad, porque todo se fiaba á la conciencia de cada uno. Por esto en Montserrat no se daba el hábito de familiar ó donado, sino á personas de muy probada conducta, á quienes poder confiar con seguridad sus intereses.

Vivían los donados en el Noviciado con mucho rigor; tenían un Maestro monje que les enseñaba los ejercicios espirituales; y muchos de ellos salieron devotísimos y grandes siervos de Nuestra Señora; algunos tan humildes y despreciadores de todo lo terreno, que siendo nobles por linaje y habiendo tenido oficios honrosos y de calidad, querían más ser menospreciados en la Casa del Señor, sirviendo en oficios humildes, que recibir el hábito de monje ó ermitaño. Muchos de los donados eran extranjeros; no pocos franceses, é italianos. Se cuentan entre los donados personas de mucha ciencia y capacidad, aventajados en espíritu y de experiencia en el manejo de graves negocios. Las Constituciones hechas por el abad García de Cisneros para esta pequeña Comunidad de donados han desaparecido, de modo que ni memoria de ellas hemos encontrado.

II

La tercera clase de Religiosos que estaban al servicio de Nuestra Señora, era la de los ermitaños. Quiso Fr. García de Cisneros que así como había en Montserrat Religiosos que principalmente trataban de la vida activa, y de todo punto se entregaban á ella, se hallasen también en la cumbre de la Montaña otros, cuyo principal instituto y oficio fuese vacar á la contemplación y meditar siempre los divinos misterios. Vestían hábito pardo con manto negro hasta las rodillas y capuchón, llevaban larga la barba y rasurada la cabeza. Eran Religiosos con los tres votos solemnes de costumbre, y además el cuarto que hacían de no abandonar jamás esta Montaña. El número de los ermitaños nunca pasó de dieciocho á veinte, así porque las ermitas eran pocas, que no pasaban de trece, como también porque no es de todos saberse desasir hasta tal punto de las cosas terrenas para ejercitarse en las celestiales. Dos clases había de ermitaños que subían á la Montaña; unos que de principal intento profesaban esta vida de anacoretas, y otros que tomaron el hábito de monjes, y sintiéndose después con fuerzas para morar solos en la ermita, pedían licencia al Abad para vivir vida más retirada y penitente; y el monje que lo alcanzaba, lo tenía por gran favor. Abades santos y virtuosos, como el abad Garriga, acabaron sus

días en el retiro de una ermita. En esto el abad García se acomodó al espíritu de nuestro glorioso Padre San Benito, que quiere que el verdadero ermitaño sea primero probado en la Comunidad, y tenido por varón muy espiritual, antes de subir á luchar con el enemigo del linaje humano; y así los monjes como los ermitaños, antes que subiesen á las ermitas, habían de ser en el Convento muy ejercitados en humildad y penitencia. Los que iban á vivir en alguna ermita, no quedaban libres de la obediencia al Padre Abad, antes guardaban los mandamientos y preceptos que él les imponía. El mismo Padre Abad nombraba un vicario, substituto suyo, que vivía en la ermita de Santa Ana, que era mayor y más capaz que las otras, en la cual se juntaban los ermitaños todos los domingos y fiestas de precepto; y este vicario, que era sacerdote, los confesaba, comulgaba y decía Misa, menos en las Pascuas y algunas fiestas principales, en que por precepto particular estaban obligados á bajar al Monasterio. Era cosa hermosa y digna de alabar al Señor, ver á tantos Religiosos comulgar juntos, comenzando á recibir la Comunión primero los monjes, después los ermitaños, tras ellos los donados, y por último los escolanes.

El sustento de los ermitaños se les llevaba dos veces la semana desde el Monasterio á sus propias ermitas (1), y tenían precepto muy estrecho de no recibir oro, plata, ni cosa de precio de los peregrinos; pues la Casa los proveía del sustento necesario; y así no tenían ocupación, ni impedimento alguno que les estorbase consagrarse á la divina contemplación á que estaban consagrados; pero como esta divina Montaña estaba dedicada al servicio de los huéspedes y peregrinos, porque los ermitaños no faltasen en este loable ejercicio, les estaba mandado, que con rostro alegre y entrañas de caridad, con pocas palabras, y esas espirituales, recibiesen á los peregrinos que con curio-

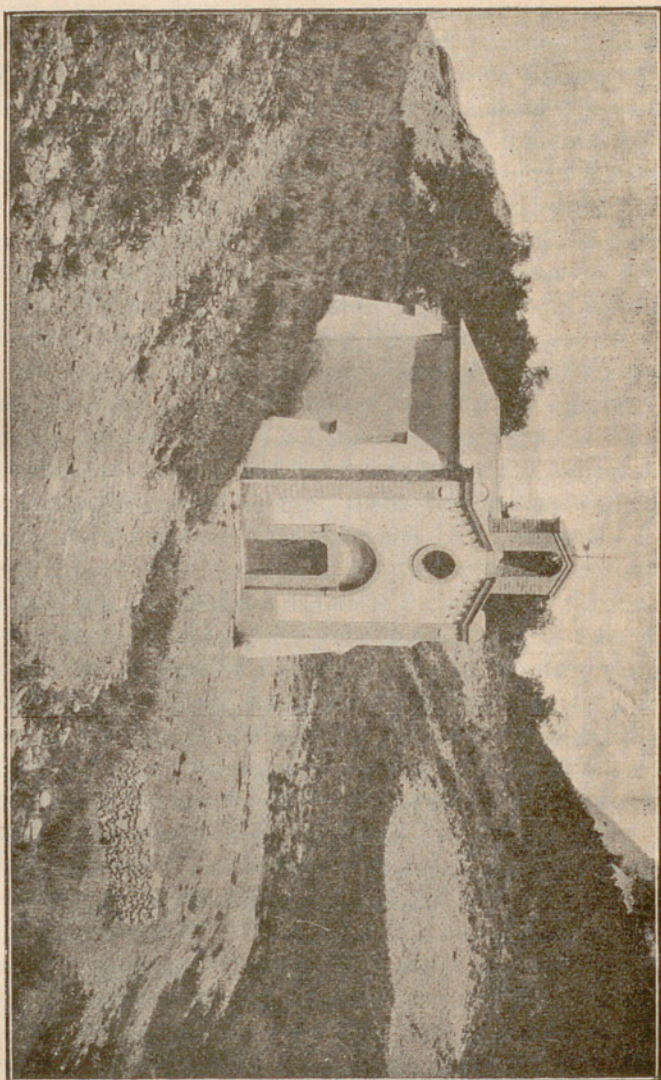
(1) Un inglés, protestante, que visitó esta Montaña en el siglo XVII, y que escribió una serie de cartas sobre su viaje, describe el modo de traer los comestibles á los ermitaños de la siguiente manera: «Antes de cerrar esta carta, dice, voy á contar á V. M. una cosa que he visto esta mañana, y me ha dejado admirado. El Monasterio provee de comestibles á los Padres ermitaños dos veces cada semana, y para traérselos á sus respectivas ermitas, se sirve de una mula ciega. Sale este animal muy de mañana del Monasterio cargado con trece cestas, y en cada una la porción para un ermitaño. Sube por estos escabrosísimos caminos y profundos barrancos sola, sin conductor que la guíe; y cuando conoce que está cerca de una ermita, se pára, y entonces baja el Padre ermitaño á quitarle su cesta; y así va corriendo una por una todas las ermitas. Cuando las ha andado ya todas, y se siente del todo descargada, se baja otra vez al Monasterio. Hace más de ocho años que esta mula ciega hace lo mismo; y dicen que jamás se ha caído por estos torrentes y precipicios, ni siquiera se ha extraviado por estos ásperos y tortuosos caminos. Aquí repito lo que en otras cartas he dicho á V. M. ¡En Montserrat todo es maravilloso!»

sidad y devoción andaban visitando las ermitas, y habiéndoles despedido de la suya con modestia y dulzura, les guiasen á las de los otros ermitaños. Y esto sabían cumplirlo tan al pie de la letra, que eran muy raras las personas que habiendo visitado el Santuario, no subiesen también á visitar algunas de las ermitas. Muchos las visitaban todas, que para hacerlo con alguna comodidad, era menester todo un día. A la fatiga y trabajo que ofrece lo áspero de cualquiera de los tres caminos que existen para subir á ellas, se compensaba cumplidamente con lo delicioso, vistoso y ameno de aquel conjunto de verdaderas maravillas. Asunto era de admiración y de contento lo doméstico y familiar de los pajarillos, que por sí mismos cogían la almendra ó piñón de la boca del mismo ermitaño. Por esto, nadie se arrepentía de haber subido con cansancio y fatiga, pero sí muchos se dolían de su mala vida. Ni los mismos emperadores y reyes, ni las reinas y princesas más delicadas, se excusaban de visitar las ermitas, subiendo á pie, siempre que venían á visitar á esta devotísima Imagen.

Cuando los monjes concluían su rezo, que era á la una y media de la madrugada, se levantaban los Padres ermitaños, cada uno en su ermita, tocaban sus campanas á las dos de la mañana, empezaban sus Maitines, hacían la oración mental, tenían lección espiritual y otros ejercicios señalados por sus Constituciones hasta las seis. Tenían á su disposición la ermita y la capilla. En la ermita tenían su celda, con su cama y algunos cuadros. Había la cocina con lo más necesario y las herramientas indispensables para el cultivo de su huertecito, y para arreglar los caminos. En la capilla tenían su altar con un cáliz y ornamentos para celebrar, adornadas las paredes de toda clase de Santos con marco ó sin él, y casi todos disponían también de varias imágenes de bulto, que habían sido regalos de los visitantes. Tenía cada ermitaño por término medio, unos cincuenta libros, que trataban de la más pura y elevada Teología mística. No es de extrañar, pues, que algunos salieran varones de tan elevada y perfecta santidad, y que todos, hasta las mismas personas Reales, hallasen gusto y consuelo en conversar con ellos. Tenían también su cisterna y huerta. En la capilla, muy aseada, se celebraba Misa por lo menos el día del Santo titular, á la que asistían los demás ermitaños y recibían la Sagrada Comunión. Los tres caminos que conducían á las ermitas eran: uno que puede seguirse á caballo hasta la puerta de ellas, menos á las de San Onofre y Santa Magdalena, dando la vuelta por la parte de San Miguel. La primera que se encontraba por este camino, era la de San Jaime. El segundo camino se tomaba pasando por el cementerio, que existe detrás de la fonda, y conduce á Santa Ana. Este camino es bastante



CAPITULO DE LA ENFERMEDAD



CAPILLA DE SAN JERÓNIMO

fragoso, y por él suelen bajar los que visitan las ermitas. El tercero es el de la *Escala dreta*, que se compone de seiscientos sesenta escalones formados en la viva peña. Sin embargo, han subido por él muchos reyes y grandes de la tierra, y á pesar del peligro que ofrece, no hay memoria de haber sucedido jamás desgracia alguna. La primera ermita que se encuentra subiendo por esta escalera, es la llamada de San Dimas. Antiguamente estaba al servicio del público esta escalera, cuya entrada era por el lado de lo que es hoy tienda del Aposentador, que está cortada; hoy se entra en ella por el mismo Convento, por estar dentro de la clausura. Los demás caminos, poco más ó menos, están en iguales condiciones que antes.

Todo lo que acabamos de decir, prueba la gran sabiduría, virtud y santidad del P. Fr. García de Cisneros, que no podía poner esta Montaña con tal hermosura, sin tener una luz sobrenatural que diese acierto á su dictamen; en que bien se conoce cuán diferentemente fué servido Dios en esta Casa después de la reforma. Por fortuna se conserva el mismo original de las Constituciones de los ermitaños, que por ser muy extensas dejamos de copiar.

III

Existían esparcidas por esta admirable y sin par Montaña esos hombres llamados ermitaños, llenos del espíritu del Señor, que recordaban los primeros tiempos del Cristianismo y la vida penitente de los solitarios de la Tebaida, y que en número de trece ocupaban las ermitas, casi todas situadas en parajes ásperos y de difícil acceso, cavadas algunas en los huecos de las peñas; y desde las cuales, en su mayor parte, se disfrutaba el horizonte más curioso y sorprendente, por la vasta extensión de mar y tierra á donde alcanzaban los ojos. Vamos, pues, á dar noticia de cada una de esas ermitas, empezando por la de

San Jerónimo. Está colocada en la parte más alta de la Montaña, y es la más distante del Monasterio. Al pie tiene una roca, encima de la cual hay un vestigio de la capilla que hubo allí con el título de Santa María la más alta. De la ermita quedan en pie varios restos, en que se ha establecido en nuestros días una casa de comida para los que suben á visitar ese magnífico mirador, desde el cual se ven en día claro las islas Baleares y gran parte de Aragón y Valencia. Tenía esta ermita dos hermosas cisternas y dos plazuelas, una de las cuales

servia de mirador. Dicen algunos historiadores que había servido de baluarte en tiempos antiguos. Lo más cierto es, que en 1590 fué reedificada, como parece por la siguiente escritura: *Capella Sancti Jeronimi in excelsa parte Montis istius Monasterii, quæ a multis annis diruta in totam erat, nec aliquam habitaculi formam habebat, reedificata fuit anno MDXC et in illius erectione expensas putamus fuisse quingentas libras, et amplius*. Esta ermita, como todas las demás, fué destruída por los franceses en 1811, y su capilla ha sido reedificada y bendecida á 10 de Marzo de 1891.

Santa Magdalena. Andando por el lugar llamado Tebas, y atravesando sierras y profundas honduras, por un camino llamado *la Parral*, porque gran parte de él parece un parral de árboles, se hallaba la ermita vieja de Santa María Magdalena, metida entre peñas, con cisterna labrada en medio de ellas; y porque estaba en sitio muy fragoso y gozaba de poca vista, la mudaron los Padres antiguos á seis-cientos pasos de distancia á otro más alto y alegre, con buena vista á Mediodía y Levante, quedando la capilla pegada contra una peña tan alta, que parece toca á las nubes. Tenía esta ermita las dos escaleras de piedra entre las mismas peñas, que lo más ancho es de seis palmos, y la escalera es de cien gradas labradas á pico en la misma peña por los mismos ermitaños. Desde esta ermita al Monasterio hay una pendiente de dos millas, tan derecha, que si el día es claro, se oye el eco de las palabras que se pronuncian en la plaza ó puerta del Monasterio y el canto de los monjes en el Coro. Es esta ermita muy combatida de los vientos. Hizose la traslación del sitio antiguo en 1498. En un libro del Archivo que se intitula *De reformatione hujus Monasterii*, se leen estas palabras: *In reparatione, et amplificatione Heremitariorum Castelli Sanctæ Magdalænæ, et Sancti Antonii, quæ omnino destructæ erant. Anno 1498*.

San Onofre. Un poco más abajo, siguiendo la escalera del Mediodía, estaba la ermita de San Onofre, labrada en la misma peña, sirviéndole ella misma de fundamento. Quédale la vista muy desahogada y hermosa por el Mediodía, pues desde ella se ve hasta la distancia de veinte leguas, y se descubren también las islas de Mallorca. Tiene esta peña, en que está colocada la ermita, más de quinientos pasos de profundidad, dándole entrada la escalera dicha en un lugar estrecho de cuatro palmos, subiéndose por unos sesenta escalones. A esta ermita y á la de Santa Magdalena, por razón de esas escaleras, no podían subir las provisiones con la acémila; los Padres ermitaños bajaban á tomar su provisión y la subían ellos mismos por la escalera del Mediodía. Tenía dos cisternas labradas en la peña. No tenía, ni

podía tener más que una entrada por la parte de Levante, y era sin duda la más solitaria y retirada de todas. El Arzobispo de Tarbes, que estuvo en Montserrat durante la revolución francesa de 1790, vivió retirado en esta ermita mucho tiempo. Fué fundada no por el abad García de Cisneros, como creen algunos historiadores, sino por D. Pedro de Burgos, abad y primer historiador de Montserrat.

San Juan. Igual á la de San Onofre es la situación y angostura de la ermita de San Juan. Miradas de lejos se parecen mucho á un nido de golondrinas pegado á la peña. Hállase ésta en el remate de una cordillera de rocas, metida enteramente dentro de ellas, de tal manera, que le sirven de tejado, aunque no es tan fragosa como la de San Onofre. Entre ambas ermitas hubo en otro tiempo un pasadizo; mas considerando el Padre Abad que la vida eremítica exige soledad, con autorización superior lo mandó quitar. Sin embargo, el precipicio que quedó, no impedía por completo la comunicación, pues el ermitaño de San Juan podía mantener conversación desde su ermita con el de San Onofre, sin moverse uno y otro de la suya propia, y darse mutuamente lumbre desde sus respectivos miradores. Para salvar aquel profundo precipicio, les era preciso andar unos doscientos pasos, bajar y volver á subir para ir de una á otra ermita. Los edificios que las formaban, eran relativamente grandes; tenían dos cisternas, casi siempre muy bien provistas, una de piedra sillar, que se conserva todavía. Encima del arco por donde se saca el agua, hay una inscripción que dice: J. P. MDXCI.

Esta ermita estaba muy bien arreglada, por lo que generalmente la escogían por morada los monjes que habían sido abades y deseaban acabar sus días entregados tan sólo á la vida contemplativa. En 1541 murió en esta ermita el P. Fr. Domingo Sobrarias, abad muy recomendable que había sido de esta misma Casa; y en 1592 falleció también en ella el Rmo. P. Fr. Plácido de Salinas, abad de este Convento y General que fué de nuestra Congregación. La fábrica de esta ermita era muy buena y con suficiente habitación, dada la angostura en que se halla, cuya circunstancia no impidió que en 10 de Julio de 1599, visitando todas las ermitas el rey Felipe III, se quedase á comer en la de San Juan con lo más lucido de su regia comitiva. Tenía muy buena escalera. Las huertas de las dos ermitas de San Juan y San Onofre, estaban al pie de la peña. Eran muy alegres, pues desde ellas se descubría todo el Mediodía hasta el mar.

En 1855 se retiró á esta ermita un marino español, cuya historia describe un escritor contemporáneo del modo siguiente: «Don Juan Espinosa, piloto de un buque mercante, naufragó en las costas de

Cantabria, y luchando contra las olas, hizo solemne voto de consagrar el resto de sus días á la vida penitente en Montserrat. Logró llegar á la playa, á pesar de hallarse herido y sin aliento. Repuesto, vino mendigando, y subió á la ermita de San Juan. Encontró sólo ruínas. Una gruta abierta en la roca, le ofreció abrigo, y allí vivió siete meses, hasta que con limosnas y permiso de la autoridad competente, fué reconstruyendo parte de la antigua vivienda, pasando algunos años en dura penitencia. Un devoto que sacó dieciséis duros de una rifa, se los dió; y con tal limosna pudo poner puertas y arreglar la cerca. Una noche le asaltaron ladrones, y diciéndoles que ya podían matarle, que él nada tenía, no le causaron daño alguno. Era hombre de unos cuarenta y cinco años, usaba larga barba y vestía hábito pardo. Su lecho era una estera y una piedra su almohada. Un día desapareció, y nadie ha dado cuenta de él en lo sucesivo.»

Santa Catalina. Se puede ir á esta ermita antes ó después de visitar las de San Onofre y San Juan, tomando un sendero que hay á mano izquierda. Su situación es la menos escabrosa. Sirve de techo una peña de poca elevación. Tiene escasos puntos de vista, por hallarse en un profundo, pero delicioso valle, en el cual campea la frondosidad y verdor de la vegetación, por cuyo motivo anidan allí los mirlos, ruiseñores y otras avecillas, que con sus alegres gorjeos dulcificaban las asperezas del pobre ermitaño, y obedeciendo á su voz, bajaban á tomar la comida de su propia boca, haciéndole mil caricias. Llámase este valle *la pajarera de Montserrat*.

Ocupándose el Sr. Pons en su *Viaje de España* de esta particularidad, dice en su carta V, tomo XIV, lo siguiente: «Una cosa experimenté en algunas de las ermitas de Montserrat, que me dió infinito gusto. Se habían domesticado de tal manera los pajaritos del recinto de ella con el ermitaño, que les llamaba con algunos silbidos particulares, y ellos, saltando de rama en rama, se entraban en la ermita, y tomando después el vuelo, paraban junto á la boca del ermitaño, y se le quedaban el cañamón ú otra cosa que tuviese en sus labios. Yo logré esta misma familiaridad de aquellas graciosas avecillas, y quedé más contento...»

A esta misma particularidad dedicó el Obispo de Orense los siguientes versos escritos en su propio idioma, porque era natural de Cataluña.

Los aucellets graciosos
Viuen allí sens susto ni cuidado,
Puig veurás que amorosos

Se posen sobre el muscle ab desenfado;
Y á excusas de un pinyó, que los provoca,
Mil voltes ab lo bech besan la boca.

En unos gozos muy antiguos, se leía también la siguiente estrofa:

Tretze son vostres ermitas,
Tretze son los ermitans,
Per ser ellas tan devotas
Los aucells van á las mans.

San Jaime. Para llegar al sitio que ocupaba esta ermita, es preciso subir á pie, y con no poca dificultad, por las ruínas de unas vueltas y revueltas hechas á cal y canto, antes muy cómodas y nada peligrosas. Hallábase metida en los huecos de una peña, que en gran parte le servía de techo. Tiene un grande y hermoso mirador, desde el cual se gozan excelentes vistas. Cae casi perpendicularmente sobre el mismo Monasterio, y á pesar de su mucha distancia, se oye desde allí el sonido del órgano y los cantos de la iglesia; así como muchas veces lo que se dice en la plaza. Tiene muy extendida la vista; descúbrese desde ésta las demás ermitas, menos la de Santa Magdalena. Es muy de creer que fuese una de las primeras de este eremitorio.

San Antonio. Todo el camino andado hasta aquí, es conocido en Montserrat con el nombre de *Tebas*. Pasemos, pues, ahora á la otra parte de la Montaña, llamada la *Tebaida*, que antes formó parte de la diócesis de Vich. A media hora de la ermita de San Jerónimo, á mano izquierda, se halla la de San Antonio, cuyas ruínas se descubren hoy entre unas peñas muy ásperas y de difícil ascenso. Para la quietud y soledad propia de una ermita, muy propio y acomodado es el lugar donde estuvo edificada la de que se trata; pues parece aquello una región separada del bullicio del mundo. Gózanse agradables vistas por Levante, Norte y Mediodía. A unos quince metros y á la parte de Levante, tiene un mirador, desde el cual se descubre un precipicio tan horrendo, que obliga á retroceder al hombre mas atrevido. Subíase antes á este mirador con bastante comodidad; hoy es preciso subirlo á gatas por un camino estrecho, malo y muy peligroso.

A corta distancia de esta ermita, entre unos formidables peñascos, hay un eco con tres repeticiones, tan claras y distintas, que pasma á cuantos las oyen. A tiro de ballesta se eleva una peña de forma cónica, llamada de tiempos muy remotos el *Caball Bernat*, roca altí-

sima y escarpada, aislada de todas las demás, que tiene la forma del dedo pulgar de la mano. La elevación de esta roca parece ser mayor de ciento cincuenta metros; el precipicio que se abre al pie del mirador dicen que pasa de quinientos; y la cúspide del más colosal de los conos, se halla aún á más extraordinaria altura. Este enorme peñasco está descrito en versos exámetros en una historia manuscrita del P. Antonio Brenach, monje que fué de este Monasterio. Dicen que se le llama *Caball Bernat*, por la semejanza que tiene con aquellos pilares ó mojones que los muchachos saltan jugando, y cantan diciendo: *Caball Bernat, tente fort*, etc. Pues por la imposibilidad de que nadie pueda saltar la predicha roca, dice el vulgo, que el que pueda alcanzarlo cambiará su sexo.

Junto á esta ermita existe otra peña cortada, en la cual suelen reunirse al caer de la tarde gran multitud de grajos, que muchas veces llegan á cubrir el sol; allí se recogen guardando mucho orden, y si al entrar se lo impide alguna vez el viento Norte, producen una gritería espantosa que ensordece. Una escritura antigua hace mención del *peñón de los grajos*.

Se ignora la época en que fué edificada esta ermita; pero consta que el abad García de Cisneros la reparó mucho en 1498. Estaba casi pegada á las rocas que miran hacia el Poniente, y tenía dos pequeñas cisternas, una de las cuales se conserva todavía. También se conserva una ventana arqueada entre varios lienzos de pared sin cubierta, únicos restos de aquella santa morada. Esta ventana era la del pequeño campanario de la capilla.

San Salvador. Muchas de las personas que visitaban las ermitas, dejaban la de San Salvador, para evitar su penosa subida: iban-se directamente á la de la Santísima Trinidad. Estaba situada dicha ermita al pie de unas gigantescas moles cónicas, con agradabilísimos panoramas. Además de la capilla principal, tenía un oratorio interior de forma circular, metido en la hendidura de una roca rajada de arriba á bajo, que le servía de cimborio y cúpula, de ochenta y cuatro metros de elevación. Lo demás de la ermita, con su capilla grande, estaba algo separada del oratorio, bien que unido con el huertecito del ermitaño. Una cosa llamaba bastante la atención, y era la roca misma en que estaba el oratorio, partida de un extremo á otro, manifestando las clases de piedra de que estaba formada, y sosteniéndose como por milagro, fenómeno que llamaba la atención de toda clase de personas, y mereció ser estudiado por hombres de ciencia.

Esta ermita estaba enriquecida con dos cisternas, bastante capaces, una de las cuales subsiste aún. A poca distancia se descubre en

un peñasco la antigua ermita. Se ignora la fecha que fué construída la nueva, pero se sabe que en 1262 falleció en ella el ermitaño fray Bertrán, después de haberla habitado cuarenta y cinco años, y que Fr. Durando Mayol murió en ella en 1338, después de veintisiete años de habitarla. Estaba dedicada al misterio de la Transfiguración, cuya fiesta celebraba con solemnidad el ermitaño.

San Benito. A una milla de distancia de San Salvador había un camino que llevaba á la ermita del glorioso Padre San Benito, que fué construída en 1536 con el solo objeto de hacer una estación de cinco visitas en memoria de las cinco llagas del Señor, aquellos que no podían andar todo el eremitorio. Esta ermita no goza de tan buena vista como las demás; pero tiene un cielo hermoso, y en invierno goza de muy buena temperatura. Había en ella habitación para el Monje Vicario de los ermitaños.

Además de la capilla principal, había también otra dedicada á Santa Escolástica, en cuyo día se celebraba la fiesta del titular, pues en el de San Benito bajaban los ermitaños á celebrar la fiesta en el Convento. El día de Santa Escolástica se reunían los ermitaños en esta ermita, recibían los Santos Sacramentos, cantaban los divinos Oficios, había sermón, y se quedaban á comer, y lo mismo practicaban en las demás ermitas el día de su fiesta. En el altar de la capilla había un cuadro de San Benito pintado al óleo, puesto por el célebre abad Garriga, que era su mismo retrato, según tradición.

Santa Ana. Esta era la principal de las ermitas y el lugar donde residía de ordinario el Vicario de los ermitaños. Al dar ésta la señal con la campana, todas las demás respondían, significando que no ocurría novedad; y si alguno no contestaba, era deber del ermitaño más próximo enterarse de lo que pudiese ocurrir. Era también la ermita más próxima al Monasterio, pero más faltada de vistas y llanos deliciosos. Estaba edificada como en el centro de las demás. Todas las fiestas de precepto y los jueves, no cayendo fiesta entre semana, acudían á ella los ermitaños, donde después de confesados y comulgados, el Monje Vicario les decía la Misa y predicaba. Esta capilla era algo más grande que las demás, tenía siempre reserva del Santísimo Sacramento, y un pequeño coro con trece sillas, que ocupaban los mismos ermitaños.

Las paredes eran muy combatidas de los vientos, y acompañaba su soledad el rumor de los árboles. El torrente de Santa María, que lamía sus pies, y el continuo gorjeo de los pajarillos hacían algo más ameno este lugar solitario. Tenía recibidor, oratorio, pieza de retiro, cuarto con alcoba, museo, estudio y retrete, comedor, cocina, cisterna, huerto y jardín.

Santísima Trinidad. Esta ermita era sin duda la más hermosa y más bien situada. Estaba emplazada en un llano alegre y espacioso, y era de mayor capacidad que las demás. Se permitía á los visitantes comer en ella con permiso del Padre Abad. En las demás estaba rigurosamente prohibido. Aquí venían los monjes á pasar unos días para descansar ó para recogerse, y por este motivo era este edificio algo más espacioso, con muchas y decentes habitaciones. Por todos lados se hallaba al descubierto esta ermita, menos por la parte Norte, que le guardaba las espaldas una alta y enorme roca. Había un largo corredor, al que daba sombra una muy frondosa arboleda, que le servía como de bóveda y paredes, pues en este punto la vegetación era rica y abundante. Mirando al Oeste se descubren desde ella unas colosales rocas, colocadas de tal modo, que se parecen exactamente á las flautas de un grande órgano.

En 1625, el abad Beda Pi construyó la cisterna, y en 1629 mandó edificar un salón con varias alcobas para los monjes que venían á pasar algunos días en esta ermita.

Pasada la guerra de la Independencia, fueron habilitadas algunas ermitas que habían sido arruinadas por las tropas francesas. Una de ellas fué la de la Trinidad. Ocupóla el ermitaño Fr. Gaspar Soler, llamado vulgarmente el *P. Jordi*, que fué villanamente asesinado la tarde del 27 de Abril de 1821. Llegaron á la ermita dos conocidos suyos, todos de Manresa, llamado uno el Arnáu, y *lo sacerdot* el otro. Nada absolutamente receló de ellos el desgraciado ermitaño. Entablaron conversación, les ofreció algo para comer, y... en un momento de descuido le cogieron, atáronle las manos á la espalda, y con una soga al cuello echáronle dentro de la cisterna. Cuál fuese el móvil de estos desventurados, se ignora. Dos días después fué descubierto su cadáver, presentóse el tribunal de Manresa, cogieron á los presuntos autores del crimen, mas como no confesaron su delito, fueron condenados al presidio de Ceuta. Esta desgracia dió motivo á que se retirasen los demás ermitaños, y que desde aquella fecha hayan quedado abandonadas las ermitas.

Santa Cruz y Santa Elena. Bajando por la *Escala dreta*, ésta es la ermita más próxima al Monasterio. Estaba verdaderamente metida dentro de una grandísima peña, y en un sitio muy agradable. Oyense desde aquí las horas que da el reloj y las campanas de la torre. A este lugar solían destinarse los ermitaños más ancianos, y en muchas ocasiones no pocos monjes y algunos Abades. Al pie de esta ermita, de la cual no queda sino la memoria, termina la tan renombrada *Escala dreta*, y por esta razón era una de las más visitadas.

Sólo queda hoy día su curiosa cisterna de agua fresca y abundante. Cuéntase que cuando Carlo Magno expulsó los moros de Lérida, mandó levantar en una eminencia, que cae sobre el lugar donde estaba edificada esta ermita, un estandarte blanco con cruz encarnada en el centro. En ella vivió el bienaventurado Fr. Benito de Aragón, que murió en olor de santidad á 17 de Febrero de 1516. En la capilla había un retrato suyo con unos versos latinos, en que estaba resumida su santa vida.

San Dimas. Esta ermita no tenía más que una entrada practicable por la parte S. E., donde hay espantosos despeñaderos. Dicese, ignoramos con qué fundamento, que un poco más arriba del sitio donde se halla situada, antiguamente hubo un castillo llamado *Montsiat*, con un puente levadizo, que una vez levantado, quedaba el precipicio por foso y barbacana, tan inexpugnable, que hoy pasaría por fortaleza de primer orden. El Sr. Carreras y Candi, en su monografía *Los Castells de Montserrat*, dice que tal castillo nunca ha existido, sino que algunos lo confunden con el castillo *Marro*. Nosotros no tenemos ningún interés en sostenerlo, ni tampoco en negarlo; lo que más nos importa es, asegurar lo mejor posible las tradiciones referentes á nuestro venerable Santuario. Dice el autor de la *Perla de Cataluña*, que los monjes contemporáneos suyos, en el siglo XVII, recordaban haber visto dos torres muy maltratadas y un gran lienzo de muro muy alto, y que en nuestro Archivo constaba, que el rey don Pedro de Aragón lo mandó reedificar, y que tenía en él guarnición en tiempo de guerra, la cual encendía hogueras, que servían de señales á las torres y atalayas marítimas. Todavía se conservan de esta ermita la cisterna y la escalera, labradas en la peña viva.

Aquí hizo su confesión general San Ignacio de Loyola. Aquí vivió y murió el célebre abad Garriga. Aquí fué ocultada la Imagen de Nuestra Señora antes que llegasen las tropas francesas en 1811. Cuando el general Mathieu atacó, se hallaba también aquí parapetado el coronel inglés Eduardo Green, creyéndose inexpugnable. Emplazaron los franceses un cañón en el cerro más próximo á esta ermita, y él con toda su fuerza se vió obligado á rendirse el día siguiente, sin poderse defender. Sólo pudo escaparse el segundo del general D. José Manso, hombre valiente y muy práctico del país. La capilla de esta ermita ha sido nuevamente reedificada, y en 4 de Noviembre de 1893 se celebró en ella la primera Misa. Es de notar, que visitando estas ermitas, se ganaban antes las mismas indulgencias que visitando las principales Basílicas de Roma, y que nadie se marchaba de ellas sin las tan celebradas crucecitas hechas por los

mismos ermitaños. He aquí como toda nuestra santa Montaña venía á ser como un vasto Monasterio, donde por todas partes se alababa á Dios y á su Santísima Madre. De uno á otro valle, de una á otra peña devolvíanse los ecos el suave tañido de las campanas, que resonaban desde lo más alto hasta lo más profundo, desde aquellas hondonadas hasta los picachos que se ocultan en las nubes.

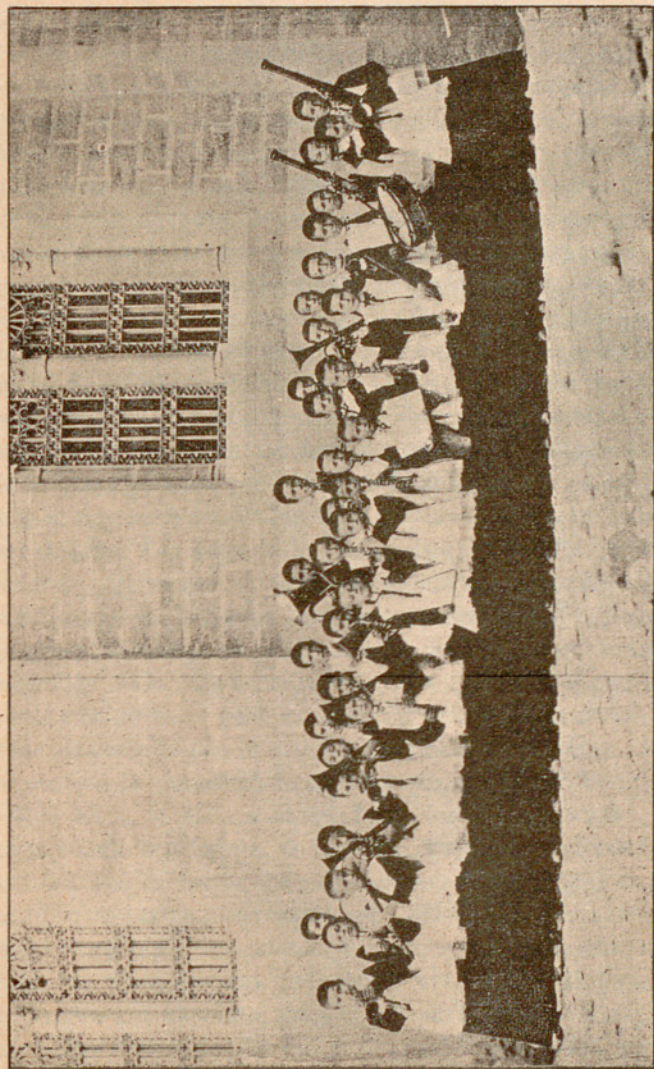
Y el arrullo de la oración y el gemido de la penitencia subían desde aquellos agrestes oratorios al trono de Dios y de su Madre Purísima de los labios y del corazón de los austeros anacoretas, más que por los pecados propios, por los del mundo en general: mar alborotado que allá lejos veían desplegarse á su vista, y cuyos sacudimientos y borrascas llegaban apenas, como apagado rumor, á turbar la quietud de sus deliciosas viviendas. ¡Oh santa y feliz inspiración la del bienaventurado García de Cisneros, al fundar y reglamentar tales Comunidades religiosas!

CAPÍTULO TERCERO

¿Qué es la Escolanía de Montserrat?— Su fundación.— Modo de ser recibidos y tratados los escolanes.— Enseñanza que se les da.— Vicisitudes por qué ha pasado la Escolanía.— San Nicolás, su fiesta principal.— Personas notables que fueron escolanes.

I

Entre las cuatro clases de Religiosos fundados por el insigne abad García de Cisneros, que autorizan y ennoblecen este Convento, una es la *Escolanía*, ó Colegio de escolanes. Los niños entran á formar parte de este Colegio sólo para aprender música y cantar. El traje que para ellos adoptó García de Cisneros á principios del siglo XVI, fué y continúa siendo todavía unas loras largas hasta los pies, que no se quitan más que para dormir. Y cuando han de servir á la iglesia, visten además roquetes de lienzo blanco. Tiene el escolán de Montserrat dos ministerios principales: el uno servir las Misas rezadas y cantadas, y el otro hacer oficio de ángel, cantando á la Virgen el Oficio menor, *Salves*, gozos y Misas, especialmente la *matinal*, que cantan todos los días á las cinco y media de la mañana. Muchos se habrán tal



ESCOLANÍA DE MONTSERRAT



vez figurado, que esos niños que suelen estar al lado de las estampas de Nuestra Señora con instrumentos músicos en la mano, no son más que un grupo decorativo. Pues si alguno hay en nuestros días que no haya tenido el gusto de visitar este nuestro Santuario, puede estar muy seguro de que la realidad sobrepuja en mucho á la belleza de las pinturas.

Oid como se expresa el Dr. Sardá hablando de esta Escolanía (1): «Lo más típico, dice, que ofrece aún hoy día nuestro Montserrat, y lo que más le caracteriza, es su famosa *Escolanía*. Gracias á Dios que de esto podemos hablar como de cosa presente, porque los niños escolanes, merced á la solicitud de los actuales Padres Benedictinos del Monasterio, después de unos breves años de interrupción, vuelven á rodear el trono de nuestra Virgen morena, como de muchos siglos atrás lo venían haciendo, hasta la catástrofe de 1811. Vuelve á ser verdad el cuadro encantador que ofrecen las pinturas y estampas de nuestra Reina, con su enjambre de bulliciosos muchachos al rededor, haciendo oír al son de sus instrumentos músicos en torno de María perenne concierto de infantiles alabanzas con pompa y majestad, que podrían bien envidiar muchas de nuestras suntuosas catedrales. Es de lo que más conmueve el corazón del devoto peregrino; es lo que más presto hace acudir las lágrimas á los ojos ver, sobre todo al romper del día, á la hora de la Misa matinal, aquella numerosa bandada como de pájaros que salen revoloteando de detrás del altar mayor, cual si á los pies de la Santa Imagen tuviesen su nido, y que agrupándose en graciosa formación junto al atril, entonan con argentinas voces el magnífico *Salve, Sancta parens*, con que todo el año se canta la alborada en su bello palacio de rocas y nubes á la Reina de los cielos, y oír alternando con el órgano del presbiterio, ante cuyo teclado se sienta con la gravedad de un viejo organista un muchachuelo de diez ó doce años, la Misa á canto llano los días comunes, ó juntamente acompañada con fagote, contrabajo, flautas y violines los días solemnes. ¿Y qué es verlos después formarse en dos filas ante el altar con su libro en las manos rezando el Oficio á sus horas competentes, con las ceremonias y entonación de monjes en miniatura, en tanto que algunos de ellos, los más pequeños y vivarachos, ligeros como ardillas, discurren por el vasto templo, preparando los altares, encendiendo las velas, sirviendo las Misas y practicando todos los demás servicios de la iglesia compatibles con su tierna edad? Y sobre todo al anochecer, cuando empiezan á envolver las sombras aquella gigantesca silla gótica de la Madre de Dios, que tal parece la afiligranada Mon-

(1) *Montserrat. Noticias históricas*, pág. 61.

taña, oírles cantar el Santo Rosario con bellísimas partituras, que se varían con más ó menos frecuencia según los maestros, y terminar luego aquella celestial serenata, digna del paraíso, con la *Salve*, que canta desde el coro alto la grave Comunidad claustral, en acompasado canto llano que acompaña el órgano mayor, á lo que responden alternando á canto figurado (1) al pie del altar los niños escolanes, acompañándose con su órgano particular, ¿quién entonces, por duro que tenga el corazón, por encallecido que se lo hayan dejado las humanas pasiones, no siente llenársele de agua los ojos y no suspira con la deliciosa nostalgia de las cosas del cielo, cuyo eco parecen ser aquellas concertadas armonías? ¿Quién no se encuentra como suspendido y arrobado entre el severo canto de los ancianos monjes, perfecta expresión de la austeridad y del arrepentimiento, y los infantiles gorjeos de los niños, que tan al vivo reproducen las inefables alegrías de la inocencia? ¿Y cómo no sentirse entonces poseído del tierno afecto de devoción á la celestial Señora y á su Hijo Divino, á quienes todo el año, y casi todo el día, se rinde desde remotos siglos en este Santuario culto tan singular?»

El escritor D. Francisco de Paula Canalejas, en su expedición á Montserrat, publicada en los periódicos de Madrid, hombre por cierto nada sospechoso en esta materia, dice lo siguiente: «Sonó la hora de la *Salve*, la iglesia estaba sola; en el presbiterio los escolanes y el organista; la Imagen resplandecía rodeada de luces, y nosotros nos encontramos en las tinieblas que poblaban el templo. Comenzó el órgano, y sus notas volaban sin apagarse nunca por los ángulos del templo, después comenzó la *Salve*, y aquel canto resonaba en las Montañas, y sus peregrinas y originales armonías, libres del contacto de los hombres, levantándose en un ambiente puro, que no infectaba aliento humano, ascendían al cielo. Yo no sé si aquella música es profana en algunos de sus cantos, pero si sé que nunca la música ha penetrado más dentro de mi espíritu; yo sé que adivinaba la frase que venía, y que cuando resonaba en mi oído, sentía satisfecha mi alma, porque encontraba expresada la emoción que palpitaba en mi seno. Una *Salve*, un cántico á la Virgen, allí lejos del mundo cantada por niños, sin pompa ni fausto, sin anuncios y convocatorias, en un templo solitario, era un espectáculo nuevo que engendró en nosotros un mundo de ideas.»

(1) Antiguamente la *Salve* era cantada por los monjes, alternando sólo con el órgano. El alternar los niños con la Comunidad es debido al excelente músico P. Boada, quien en 1840 viviendo dentro del Convento con sólo el lego Campderrós y un niño, compuso una *Salve*, que cantaban los tres con un verso á canto llano y otro á canto figurado. Este es el verdadero origen de la *Salve* alternada entre los monjes y la Escolanía.

II

La fundación de esta Escolanía se identifica con la existencia del culto de la Santa Imagen en esta Montaña. Se sabe que existía en el siglo XIII, pero se ignora la época fija de sus comienzos, lo cual hace presumir todavía más remota antigüedad. No faltan autores que la hacen remontar hasta la venida de los primeros monjes de Ripoll; pero esta opinión no puede sostenerse por falta de pruebas. Nosotros sólo diremos que, para la grandiosidad del culto que desde un principio quiso tributarse á María de Montserrat, se comprendió desde luego que uno de los principales elementos era sin duda la música. El Autor de las *Ruínas de mi Convento* (1), convencido de esta verdad, escribió las siguientes palabras: «Cuántas veces he ido á este Cenobio, no he querido inquirir qué varones célebres le visitaron, qué ternos poseyó debidos á la piedad de los fieles, si estuvo ó no dorado el interior del templo, qué error funesto fué aquel que á principios de este siglo transformó en ciudadela el Santuario, y trajo sobre él la destrucción y el incendio; si la Imagen de la Virgen ha tenido que ser escondida dos y más veces, si han quedado ó no en pie algunos cimientos robustos, si al par de las joyas de la Virgen desapareció también en la catástrofe la inestimable biblioteca y el archivo, y si las ermitas, antes tan veneradas, son ya ó no un montón de escombros; sólo pregunto si la *Escolanía* subsiste y progresa, porque en ella está el porvenir del Santuario. De ella ha de salir el nuevo claustro, de ella la repoblación de las ermitas, de ella el espíritu de devoción que devuelva á esas ruínas su esplendor pasado. Ya que la nación se apoderó de ese Santuario, le circuyó de trincheras y atrajo sobre él los males de la guerra, jamás he dudado que algún día se vote una indemnización nacional para restaurarla. Pero las Escolanías no se votan; y es preciso ir las formando, y cultivar en ellas un plantel inestimable. Cuando me dijeron que la *Escolanía* subsistía y progresaba, me pareció que veía renacer de entre los escombros las delicias de este yermo, que es por su situación y por los arcanos que encierra en sus entrañas, la más asombrosa de las soledades.

«Jamás olvidaré la conmoción con que asistí á la merienda de los escolanes. En una mesa se les tenían dispuestas veinte porciones compuestas de pan y fruta. Los más antiguos por su orden debían ir

(1) *Las delicias de mi Claustro*, pág. 259.

escogiendo su parte, y los más modernos se quedaban con las porciones que los demás dejaban. Cualquiera hubiera dicho que el más moderno iba á quedarse con lo peor de la merienda. Nada de esto. Los mayores de edad, ó más antiguos en saya, tomaban la porción que les venía primero á la mano, y si resultaba mejor, la ofrecían al más desmejorado, y el penúltimo tenía empeño en dejar al último la porción más pingüe. Estos ejemplos, dije para mí, levantan todas las ruinas.»

¡Qué hermosas son estas pinceladas hechas de mano maestra! El que escribió estas líneas, no hay por que decir si estaría bien penetrado de la idea que Montserrat no hubiera prosperado tanto desde sus principios sin los escolanes. Concluyamos, pues, que desde el principio que se formalizó el culto de María en esta Montaña, si no ha existido Escolanía, hubo al menos algunos niños que cantaban himnos y *Salves* y gozos á esta morenita Señora. Y porque los monjes benedictinos han comprendido ser una necesidad la existencia de estos niños, ha tenido en todos tiempos grande empeño en sostenerlos á fuerza de toda clase de sacrificios. Llamáronse desde luego *Escolanes*, que quiere decir estudiantes. Fueron reglamentados á fines del siglo XV, con un tino y perfección tal, que la escuela de música de Montserrat, no sólo ha tenido siempre fama universal, sino que fué desde sus principios un verdadero conservatorio musical. De modo que á Montserrat corresponde el honor de haber creado y tenido el primer conservatorio del mundo.

Esos niños fueron, desde un principio, en número de veintidós. El famoso abad García de Cisneros al reglamentarlos, puso el número de veinticuatro, y salvas raras intermitencias, así fué continuando hasta nuestros días. Nunca quizá habían llegado los escolanes hasta el número de treinta y tres, como en la fecha en que se escribe la presente historia, en memoria, sin duda, de los años que vivió Jesucristo en este mundo. En todos tiempos ha sido condición necesaria, que para ser admitidos en esta Escolanía fuesen los niños de familia verdaderamente cristiana. La misma nobleza no se desdeñó nunca de poner aquí sus hijos mezclados con los más pobres y de condición más humilde. Fué costumbre muy antigua, y continúa siéndolo, que muchos padres ofreciesen sus hijos á Nuestra Señora de Montserrat en caso de enfermedad del niño, ó en un parto peligroso, ó en cualquiera otra tribulación. Puede bien asegurarse que, salvo en tiempos revueltos, jamás le faltaron á la Virgen pajes ó escolanes haciendo oficio de ángeles y estando siempre á sus órdenes.

III

Como nuestra Escolanía se rige aún por los mismos Estatutos ó Constituciones que para ella escribió el tantas veces nombrado abad Fr. García de Cisneros, al tener que tratar de la manera con que son recibidos los niños escolanes, creemos oportuno copiar el capítulo referente á esta materia. Dice así: «Para que un niño pueda recibir la *saya* y ser contado entre los *pajes* de la Santísima Virgen, no ha de tener menos de ocho ni más de diez años. Ha de ser hijo de padres católicos, ha de saber los rudimentos de la doctrina cristiana, ha de traer la fe de bautismo y confirmación, un certificado del Curapárroco de la buena educación que ha recibido, y otra del médico de como ha sido vacunado y no padece enfermedad habitual. Una vez presentado el niño, el Maestro le examina la voz, que debe tener de tiple; y cuando es admitido, los padres se obligan á no sacarlo de la Escolanía hasta cumplidos los dieciséis años. Desde luego entra el niño á formar parte de la Escolanía, en donde, además de la enseñanza musical, se le proporciona también la elemental más completa hasta el estudio de la latinidad.

La entrada de un niño escolán es un acto muy tierno, que no se puede presenciar sin sentirse conmovido. El Padre encargado de la Escolanía convoca en hora señalada á todos los escolanes en el Camarín de la Virgen, y entre ellos va también el nuevo pretendiente con su traje ordinario. Se pone la saya, correa y roquete que se han de bendecir sobre una bandeja. Después que el Padre ha hecho la bendición de estos objetos, los viste al niño entrante, le manda que se arrodille á los pies de la Virgen, y hace su consagración, recitando en voz alta aquellas dulces palabras: *Oh Virgen y Madre de Dios, yo me entrego por hijo vuestro*. Concluído lo cual, besa la mano á la Santísima Virgen en señal de gratitud por haber sido admitido en el número de sus *pajecitos*, y al Padre Monje encargado de ellos. Va después á besar también la mano de sus padres ó encargados, que casi siempre no cesan de llorar mientras dura esta ceremonia, y se concluye con un abrazo que da el nuevo escolán á todos sus nuevos compañeros. Antiguamente el escolán más antiguo pedía un día de asueto ó dispensa de estudio para aquella pequeña Comunidad, en obsequio del recién entrado. Hoy no está en práctica esta costumbre, como tampoco está en uso que durante el primer mes goce de ciertas consideraciones, como es, estar dispensado de las obligaciones y

deberes que existen dentro de la Escolanía. Es casi imposible que los niños que han tenido la dicha de formar parte de este Colegio salgan malos cristianos ó niños mal educados. El trato común, la bondad de los Padres, que se los miran como á verdaderos hijos, la sencillez de la vida que allí se practica, forman de tal suerte cándido el corazón de aquellas criaturas, que se aman como hermanos.

Una de las principales obligaciones que tienen los escolanes es rezar el Oficio parvo, que ellos llaman *el Menor*. ¡Qué hermoso es verles formados en dos filas á la mañana, después de la Misa matinal, rezando á coros las Horas menores! Y por la tarde, mientras el templo está poco menos que desierto, rezando sus Maitines y Laudes con aquella pausa y gravedad, con su libro en la mano, con las mismas ceremonias y entonación que los Padres más graves de la Casa! ¡Cuántas personas al contemplarlos en tan santa ocupación se hartan de llorar y se vuelven edificadas en sus casas (1)!

Otro acto muy edificante tienen también los escolanes, y es el de recibir la Sagrada Comunión los primeros viernes de mes y principales festividades. Concluído el canto del *Agnus Dei* de la Misa matinal, salen de su coro, y formando dos alas van á postrarse en frente del altar y rezan el *Confiteor*. Se levantan de dos en dos y van á recibir la Sagrada Comunión. Mientras los que han comulgado se levantan para ocupar su lugar, van otros dos al comulgatorio; de modo que con su ir y venir continuo, parecen los niños un vuelo de blancas palomas que revolotean por delante del Divino Jesús.

Si alguno de los escolanes se halla indispuerto, inmediatamente se da aviso al Padre encargado, quien cuida de que se le medique con amor paternal. Si se agrava su enfermedad, es conducido á la enfermería y cuidado con el mayor esmero y caridad posible. Si llega el caso de tener que administrarle los Santos Sacramentos, asiste toda la Comunidad á este acto y los escolanes con gran solemnidad. Si llega el caso de que el enfermo falleciere, se le pone la saya, roquete y bonete, y de esta manera es colocado en el féretro. El día del funeral ó entierro, el Padre encargado de la Escolanía lleva la capa, y los niños cantan alternando con la Comunidad. Por fortuna son tan pocos los escolanes que han muerto, que con dificultad se encuentran una

(1) La obligación que tienen los escolanes de rezar el Oficio parvo, data del año 1623. El P. Bernardo Barecha, que fué muchos años Maestro de la Escolanía, introdujo este método de rezar, y con el parecer del Padre abad D. Alonso Gómez, mandó que los escolanes satisficiesen este rezo todos los días, rezo que ha sido siempre de mucha edificación. Al mismo Padre es debido también, que después de la *Matinal*, recen los niños la Letanía Lauretana.

docena después de tantos siglos que existe el Colegio; y es que la Virgen morenita cuida de ellos como verdadera Madre, y quiere que vivan para servirla y cantar sus alabanzas.

IV

Según refiere el Maestro D. Baltasar Saldoni (1), la enseñanza musical que antiguamente se daba á los niños escolanes era completísima; y en eso no es exagerada la reputación que de remotos tiempos tiene adquirida nuestro Santuario. Lo primero que se enseñaba era el solfeo, con rigidez tal, que sólo se tenía por aprobado el que cantaba de repente y sin acompañamiento solfeos por todas las llaves y tonos, mezclados sin preparación, ó por medio de cambios de entonación rapidísimos. Luego aprendían el órgano y la composición, al propio tiempo que estudiaban algunos instrumentos, como violín, viola, violoncello, contrabajo, flauta, oboé, fagot y trompa.

En la actualidad se les instruye convenientemente en la parte teórica y práctica del solfeo, así como en lo concerniente al canto, pasando luego á estudiar los ejercicios preparatorios, para comenzar á su debido tiempo los principios de órgano. Mientras tanto se procura también darles las instrucciones necesarias para que puedan desempeñar su cometido en las variadas funciones que se celebran cotidianamente en este Santuario, tanto en instrumentos de orquesta como de banda.

El repertorio de música de este Monasterio debía ser selecto y abundante antes del nunca bastante llorado incendio de 1811; pues además de las piezas religiosas de canto, órgano y orquesta para todos los actos del culto, poseía también gran caudal de ejercicios y estudios para todos los instrumentos, compuestos por tantas generaciones de maestros insignes, según consta de varios historiadores que se ocupan de Montserrat. Existían también en este Archivo algunas obras de música copiadas de la célebre Capilla Sixtina, cuyo especial privilegio concedieron varios Papas á este Santuario. Hoy, después de tan sensibles pérdidas, nuestro Archivo musical empieza á reconstituírse.

Antiguamente la educación de los escolanes no se limitaba al estudio de la música, porque como muchos salían del Colegio para tomar el hábito de Religiosos en este ú otros Conventos, aprendían también á leer, escribir, contar, gramática española y latina. Sobre

(1) *Reseña histórica de la Escolanía de Montserrat*, pág. 23.

todo se tenía gran cuidado en inculcarles los deberes de buenos cristianos, á cuyo fin recibían los Sacramentos cada quince días. Así se comprende como la mayor parte de los niños educados en esta Casa se resolvían á dejar el mundo y abrazaban la vida del claustro. Una tercera parte al menos de los monjes de esta Casa fueron casi siempre niños escolanes. Llegó ocasión en que algunos Abades quisieron cerrarles la puerta para formar parte de esta Comunidad, bajo pretexto de que no cuidaban más que de música, descuidando los demás deberes de Religiosos. Llegaron las cosas á extremarse hasta el punto de que en 1710 se quedara Montserrat sin ningún escolán, como vamos á referir. Algunos de éstos venían solicitando desde algún tiempo entrar en la Religión, á lo que se opuso con gran tenacidad el abad D. Pedro Cañada. Viéndose impotentes los niños para lograr sus deseos, apelaron al siguiente recurso de fuerza. Era el día de los Santos Reyes, del citado año, en que después de la Misa matinal, y puestos de común acuerdo como es de suponer, se levantaron todos, y, dejados los roquetes sobre el altar mayor, se marcharon. Sólo retrocedieron dos de los más chiquitines, espantados de lo que iban á hacer. Los demás salieron por el camino de San Miguel hacia la *viña nueva*, que estaba cerca de Collbató, en donde se hallaba el Padre Abad. En su presencia renovaron la demanda de entrar en el Noviciado, y como la respuesta fuese negativa, continuaron la marcha hasta Barcelona. Hallábase á la sazón en esta ciudad el pretendiente á la corona de España, D. Carlos de Austria, ante el cual se presentaron los fugitivos escolanes de Montserrat para que les amparase en aquella necesidad. Mas como actos de insubordinación como el que relatamos son siempre reprobables, les contestó que le presentasen la súplica por escrito; y el resultado fué quedarse ellos fuera de la Escolanía y Montserrat sin escolanes.

Epoca ha habido en que los organistas de las principales iglesias de España y los cantores más renombrados de Conventos y Catedrales habían salido de esta Escolanía, y no es extraño. La vida que se les manda observar tan metódica y casi enteramente monástica, el hallarse aquí poco menos que en un desierto, lejos de sus familias y del mundo, motivos son estos harto poderosos no sólo para que salieran buenos músicos, sino aun mejores cristianos. Hoy poco más ó menos se sigue igual sistema de vida para con estas inocentes criaturas. De ahí que muchos renuncien al mundo y se consagren á la vida religiosa.

El culto de esta iglesia, con tantos y tan buenos elementos, era lo que debía ser: espléndido y casi sin igual en toda España. Músicos y cantores de primera clase y con mucha abundancia que formaban par-

te de esta Comunidad, componían una Capilla de música que era la admiración de todo el mundo. Hoy, á pesar de las vicisitudes de los tiempos, contamos con una buena Escolanía, compuesta de treinta y tres niños, y con un dignísimo Maestro, como pocos se hallan en nuestra España. Además de que los niños se bastan y sobran por sí solos para desempeñar las funciones con toda perfección. En días más solemnes agréganse á ellos como unos treinta jóvenes escolares benedictinos, que juntos forman nutrida capilla que da gran realce á las funciones de esta Santa Basílica.

Mas ¿qué es esto en comparación de aquellos catorce sochantres que tenía nuestro antiguo coro, con su centenar de monjes, músicos casi todos? ¿Qué tienen que ver nuestros actuales ornamentos, algunos muy ricos y de mucho mérito, con aquellas cien capas de rico brocado, regalo de la piedad y devoción de nuestros antiguos reyes? ¡Plegue al cielo que pronto podamos ver nuestro estimado Santuario en aquel grado de esplendor que estuvo antes de la invasión de las tropas francesas á principios de este siglo!

V

La Escolanía en este Santuario se ha hecho tan necesaria, que sin ella perdería no poco el culto de la Virgen y la importancia de esta Montaña. El Señor se dignó disponer que la Imagen de su Santísima Madre fuese revelada y descubierta en medio de angelicales conciertos, y que los Angeles del Empíreo fuesen substituidos por los niños escolanes. Nunca habían faltado en Montserrat cantos y músicas: sólo en este siglo habían de cesar. Revoluciones hubo en épocas pasadas; pero el canto de los niños no paró un solo día. Sólo en el siglo actual se ha visto la Madre de Dios sin cantos y sin niños.

El día 25 de Julio de 1811 penetraron en este Santuario las tropas de Napoleón I, y gracias que los niños pudiesen escapar sin recibir daño alguno. Entonces fué destruído el edificio de la Escolanía y perdidas para siempre tantas piezas de música de imponderable valor. A 15 de Marzo de 1818, devuelta la paz á España, volvieron los escolanes á ocupar su lugar bajo la dirección del maestro D. Jacinto Boada, siendo abad D. Simón Guardiola. En esta fecha sólo pudieron ser admitidos ocho escolanes, porque las rentas del Monasterio habían mermado notablemente; habiendo aumentado luego hasta el número de dieciocho.

Vino luego otro período revolucionario, y fué al querer implantarse

la Constitución de 1820, de triste memoria; de lo que resultó ser llevada á Barcelona la Imagen de la Santa Virgen á fines de 1822, y los niños tener que volverse á sus casas; hasta el 12 de Junio que pudieron regresar y continuar bajo la dirección del mismo P. Boada. Cuando la Escolanía empezaba á prosperar, vino el año 1835, y con motivo de la exclaustación religiosa, fué preciso abandonar de nuevo el Monasterio. En esta fecha eran los escolanes en número de veintitrés. Antes de partir á sus casas, el Maestro les repartió dinero para el viaje, y papeles é instrumentos, bajo promesa de que todo lo devolverían al cambiar las circunstancias.

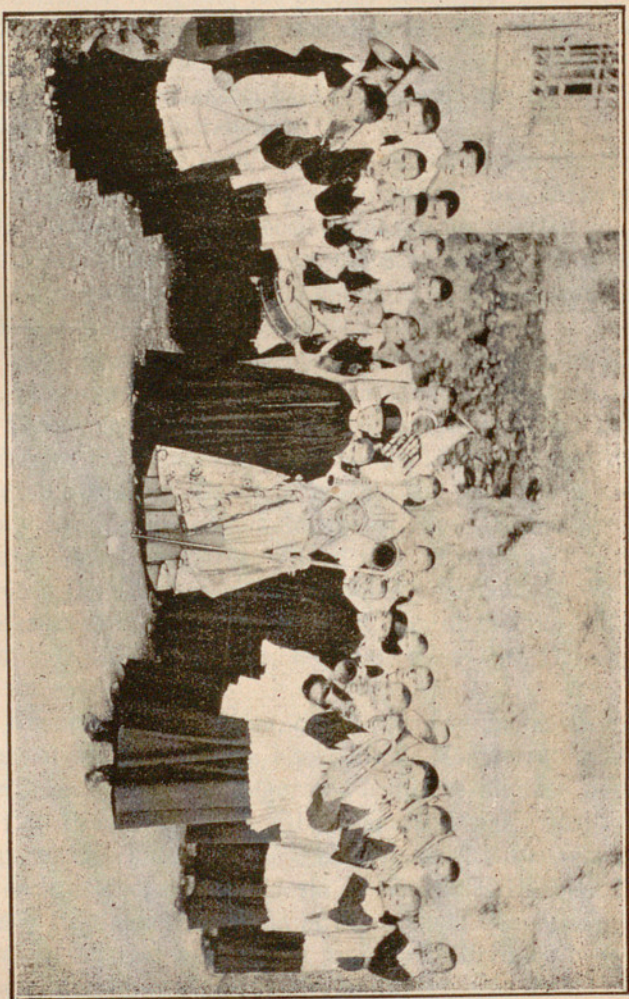
A 7 de Septiembre de 1844 volvieron dos de dichos escolanes; los demás tenían ya sus ocupaciones y compromisos; mas luego aumentaron hasta veinte, bajo la dirección del mismo maestro P. Boada, quien á pesar de hallarse en la avanzada edad de ochenta años, quiso contribuir de su parte al desarrollo del culto de la Santísima Virgen, encargándose de nuevo de la Escolanía.

Ahora bien. Atendidos los varios y tristes sucesos que acabamos de narrar, ¿cómo era posible que nuestra Escolanía rayase á la altura de antes? Poco á poco fueron faltando los maestros que habían sobrevivido á tiempos tan calamitosos. ¿Quién les había de substituir? Ahí estaba la gran dificultad. Desde la muerte de los últimos maestros, PP. Boada y Brell, ocuparon su lugar los Sres. D. Antonio Oller y D. Bartolomé Blanch, seglares; y los PP. D. José Agulló, D. Francisco Sobrón y D. Millán Agustino, monjes benedictinos. En calidad de ayudantes sirvieron D. Carlos Llopart, D. Julián Vilaseca, D. Diego el ciego, y D. Juan Anníbale, seglares, y los PP. D. Angel Barata y D. Fulgencio Torres.

Todos por desgracia sabemos, que á pesar de la buena voluntad de estos respetables señores, la Escolanía de Montserrat había dejado mucho que desear, de lo que llegaron á ocuparse algunos periódicos. Mas la Divina Providencia, que sabe allanar las más grandes dificultades, dispuso como unos siete años atrás, que el entusiasta maestro de capilla de la Metropolitana Iglesia de Valencia, D. Juan Bautista Guzmán, hoy P. Manuel María de la Inmaculada Concepción, se sintiese llamado á dejar el mundo para profesar la Religión benedictina, confiándosele, después del Noviciado, la dirección de esta Escolanía. Desde esta época parece que ha recobrado la fama que siempre había tenido este antiguo Colegio. Por más que lo que decimos sea ofender la modestia del P. Guzmán, pues sabemos que es enemigo de alabanzas, de ningún modo podemos prescindir, á fuer de historiadores imparciales, de publicar la verdad. Y no se diga que somos parte inte-



THE END OF THE WORLD



EL OBISPO ESCOLAR

resada; responda en este caso el público aficionado é inteligente. Esta restauración, gracias al Señor, se ha hecho casi por milagro, según nuestro pobre entender; y la reforma que necesariamente debía verificarse, va desarrollándose paulatinamente. Quiera Dios bendecir nuestra querida Escolanía, y dispensarle el don de la perseverancia en el buen camino emprendido.

VI

La Escolanía de Montserrat tiene también su Patrón, que celebra con gran solemnidad todos los años. El día 6 de Diciembre es para los escolanes fiesta solemne, por ser la de San Nicolás de Bari, Patrón de nuestra Escolanía. En este día se le permite fiesta, con exención de toda penalidad, no ejerciendo otros actos que los puramente necesarios en la iglesia. El domingo más próximo á esta gran fiesta, reunidos en Junta el Monje encargado de la Escolanía y los Maestros de música, preparan el cónclave en que debe ser elegido el escolán obispo. En efecto, uno de los niños es elegido obispo el día de San Nicolás. ¿Quién será? El que por mayoría de votos saliere elegido. Cada niño toma su correspondiente papeleta, y cuando llega la hora, se presenta ante la mesa presidida por los referidos Padres, y con más formalidad que muchos de los que votan en nuestros comicios políticos, echa su papeleta en la urna; cuya operación una vez concluida, se hace el recuento de los votos, y el que reúne mayoría es aclamado obispo para la fiesta del Patrón. En seguida toma cada uno su instrumento, y formada la banda y el niño á quien ha tocado la suerte, vestido de manteleta con el bastón, guantes y anillo, es paseado por la Escolanía al son de marciales marchas. El nuevo obispillo elige de entre sus compañeros á uno para su vicario general y otro para secretario. Estos van siempre al lado del obispo, con traje talar negro y sombrero de teja.

El día del Santo, concluido Nona, salen los escolanes con el obispo detrás, y rompiendo la música, se dirigen á la Sala de Conferencias, en donde suelen hallarse reunidos los monjes, presididos por el Padre Abad. Una vez dentro, ocupa la presidencia el obispillo con sus familiares. Sentados todos, el vicario general lee la pastoral del nuevo obispo, concluida la cual vuelve á tocar la banda. El Abad toma la palabra, les felicita y concede un día de campo, y así acaba el primer acto, al que asiste también la familia del nuevo dignatario y otras personas invitadas al efecto.

En este día permite el Padre Abad que los niños recorran todos

los departamentos del Convento, entrando en las celdas, y haciendo en ellas un saqueo en regla. Recogen todo cuanto se les da. Después se retiran á la Escolanía, pasan revista de todo lo que han recogido, y separadas las golosinas, se reparten los objetos de devoción, que envían á sus familias.

Después de comer salen los niños nombrados mozos de la escuadra, con su traje peculiar, el alcalde con su vara, y el alguacil, y dan una corrida á la gente de mal vivir; traen siempre dos ó más fingidos malhechores (pobres) atados codo á codo, y no los sueltan sin darles una buena limosna. Sale en seguida la banda con el obispo al frente, y puestos todos en medio de la plaza, se pasa la tarde tocando piezas hasta la hora del refresco. No será por demás poner aquí un caso muy curioso que ha pasado uno de estos últimos años. Estaban los niños tocando con toda la formalidad de músicos consumados, y el obispo serio como si lo fuese de veras, cuando le ocurrió á una buena señora echarles á los pies una regular provisión de confites. Verlo, echar los instrumentos por tierra los niños, y el bastón de mando el obispo, fué cosa de un solo momento. No se acordaban más que de recoger dulces; olvidaron que representaban hombres y volvieron al ser de chiquillos. A media tarde se van ellos con la familia y convidados á un soberbio refresco que se les tiene preparado, el cual suele ser presidido por el mismo Padre Abad, con asistencia de los maestros de la Escolanía. Así concluye la tan celebrada fiesta de San Nicolás, patrón de la misma.

De esta inocente y angelical Comunidad falta mucho que decir. Son estos buenos infantillos los que dan, por medio de su inocente boca, la última mano y cumplida perfección á las alabanzas y culto de este devoto Santuario. Sin embargo, no he de concluir este párrafo sin dejar consignado, que lo que más pasma y confunde y edifica en estas criaturas, es la alegría, gusto y solicitud con que sirven á su estimada Madre y Reina; pues siendo los más de tan corta edad, levantándose tan de mañana, parece natural que se habían de caer luego rendidos de sueño, pero nada de esto; antes bien se les observa siempre despejo y viveza, como si fuesen ángeles del cielo para servir á su Señora, haciendo todos sus ejercicios con tanta perfección y acierto, que se conoce verdaderamente que superior dirección les gobierna. Fuertes valederos son estos chicos para alcanzar mercedes y gracias de la Reina que las tiene todas en su mano, decía un personaje distinguido que visitó este Santuario. Y hablando de estos niños con la Santísima Virgen el venerable Fr. José de San Benito, le decía estas palabras: «Dichosas criaturas, que de los pechos de sus madres

ya los tomáis Vos por hijos, Madre purísima.» De esta dicha y felicidad han querido gozar muchos padres distinguidos por su nobleza, ofreciendo sus hijos á la Virgen desde su más tierna edad.

VII

Vamos á concluir el presente capítulo citando aquí algunos personajes que ocuparon los primeros destinos del mundo después de haber sido escolanes y pajecitos de la Virgen de Montserrat. Decimos algunos, porque de todos es imposible ocuparnos en los muchos siglos que lleva de existencia esta Escolanía. Muchos de nuestros Abades y de otros Monasterios fueron primero escolanes, como el grande abad Garriga, que fué quien levantó este grandioso y magnífico templo. Cómo vino á parar en este Santuario siendo chiquitín, lo encontrará descrito el lector en el Abaciólogo: biografía del abad Garriga. El P. Tomás de Rajadell, que fué abad de este Monasterio y definidor de la Orden Benedictina en España, había sido también escolán. De la Escolanía salió el abad D. José Blanch, que llegó á ser General de la misma Orden. Y no diremos más, porque sería cosa de nunca acabar referirlos todos.

No han faltado hijos de reyes que han tenido á dicha haber llevado la saya de escolán. Ignoramos si los reyes antiguos, que tan devotos se manifestaron de la Virgen de Montserrat, llevaron algunos de sus hijos para ser pajecitos suyos; pero no podemos dudar que el hijo del rey Carlos IV, que después fué D. Fernando, rey de España, fué prometido por sus padres á Nuestra Señora. El caso fué como sigue. La madre de este Príncipe, la reina María Luísa, tenía la desgracia de que se le muriesen todos sus hijos, é hizo voto de dedicar el infante que llegara á la edad de cinco años á la Virgen, ofreciéndolo en calidad de escolán al Monasterio de Montserrat, hasta que llegase á la edad de diez años. Habiendo nacido el Príncipe de Asturias, don Fernando, y llegado á la edad que debía cumplirse el voto, trataron sus augustos padres de llevarlo á efecto; mas como el Consejo hiciese presente á S. M. que la ida y estancia del Príncipe en el Monasterio exigía tener un gran número de criados á su servicio, y esto podría acarrear no pocas dificultades, acordó el Rey consultarlo con el Sumo Pontífice, y éste resolvió: que los Reyes podían substituir al Príncipe su hijo, poniendo en su lugar á otro niño que tuviese la misma edad, y que fuese servido como si fuera el mismo príncipe D. Fernando. Al efecto comisionó el Rey al Capitán General de este Principado, que

lo era el Conde del Asalto, y éste propuso y fué aceptado el niño don Manuel Nicoláu y Rabasa, hijo de su Mayordomo Mayor, quien sirvió de escolán hasta la edad de once años. Al ser presentado al Rey, le preguntó S. M. qué carrera quería seguir, y contestó *la militar*. Ingresó en un regimiento de Húsares; á los dos meses era ya teniente, y á los tres había ascendido á capitán. Falleció en Solsona, después de haber sido Director del Colegio de Cadetes de Caballería.

A 30 de Septiembre de 1860, hallándose en este Santuario S. M. la reina D.^a Isabel, dignóse otorgar que su augusto hijo D. Alfonso, príncipe de Asturias, de tres años, aceptase el título de primer escolán y paje de Nuestra Señora; y el día siguiente otro escolán le entregó en una bandeja de plata el traje completo, consistente en una saya de marino muy fino, una correa de charol con broche de plata y corona real cincelada, y un roquete rizado con finísimos encajes. La Reina recibió este obsequio con sumo agrado, y dijo: que tendría á gran honor fuese escolán de Montserrat el señor Príncipe, cual lo había sido su augusto abuelo el rey D. Fernando VII.

Además de los muchos escolanes que han obtenido grandes dignidades eclesiásticas, y otros que fueron hijos de reyes, cuéntase un número extraordinario de ellos salido de la primera nobleza de Cataluña. Pondremos aquí algunos. Hizo vida de escolán en Montserrat, *D. Juan de Cardona*, de las primeras Casas de España en aquel tiempo. Este caballero llegó á ser Capitán General del rey D. Felipe II en las Galeras de Sicilia, y virrey de Navarra. Fué hombre muy valeroso y muy buen cristiano. Solía decir que el título que más apreciaba, entre los muchos que le enaltecían, era el haber sido escolán de Nuestra Señora.

Otra de las familias más reputadas en nobleza en aquellos días era la casa de *Setanti*. Aquí estuvo de escolán *D. Joaquín de Setanti*, de la Orden de Montesa, que fué señor de gran reputación y figura. Salió también literato de primer orden, pues escribió un célebre tratado que tituló *Frutos de la historia*.

D. Tomás Gargal de Collbató, fué escolán y más tarde Obispo de Malta por sus muchas letras y virtud. Fué también hombre de gobierno muy querido y apreciado de todos.

D. Francisco de Moncada, conde de Osona, hijo del Marqués de Itona, y heredero de aquel Estado. Fué Embajador del Emperador por el rey Felipe IV, Maestre de Campo, General en Flandes, quien repetía á menudo, que en medio de sus muchas ocupaciones no podía olvidar que había sido escolán de esta Soberana Señora y Casa angelical.

D. Miguel de Moncada, hermano de D. Francisco, que si fué menor en edad, no lo fué en mérito y virtud.

D. Rafael de Cardona, hijo del Conde de Prades y heredero de sus Estados.

D. José de Cardona, conde de Montagut, hombre ilustre y principal, á quien pertenecía de derecho el Ducado de Cardona. Hizo muchos donativos, en reconocimiento de haber sido escolán y paje de Nuestra Señora.

D. Alonso de Eril, conde de Eril, virrey de Cerdeña; y sus parientes D. Martín de Reguer y Eril y D. Ramón Mur.

D. Juan de Buxadós, hermano del Conde de Saballá, gran músico é insigne poeta. En esta Casa aprendió el órgano y se perfeccionó en las ciencias y artes. Tenía particular satisfacción los días que podía ejercitar su habilidad en el órgano, más que en los regalos y entretenimientos que le ofrecía su madre para distraerle de quedarse en el Convento.

D. José de Pinós y de Cardona, capitán de caballería de los principales y más antiguos caballeros de este Principado. Estuvo dos veces de escolán. Dió un manto bordado de oro y una fuente de plata, en reconocimiento de los favores que había recibido de la Virgen. Fué Maestre de Campo en el ejército del rey Felipe IV y gentil-hombre de Cámara de D. Juan de Austria, su hijo.

D. Francisco de San Climent y de Corbera, barón de Llinás. Por no hacernos demasiados difusos, continuaremos este catálogo abreviando y poniendo sólo el apellido de las personas nobles que visitieron la saya de escolán de la Virgen.

D. Antonio de Aro. D. Agustín de Pons y de Mendoza, marqués de Villena y conde de Robles. D. Alejo de Sentmanat. D. Francisco Bournonoillo, marqués de Rupit; y su hijo D. Francisco, barón de Orcáu. D. Juan de Marimón, caballero del Orden Militar de San Juan, Maestre de Campo del Tercio de la Diputación de Cataluña. Dos hijos del Marqués de Villars, gran señor de Francia. D. José Ferré y de Pegueros. D. José Rocaberti, marqués de Argensola, sujeto bien conocido por su literatura, consumada prudencia y ejemplar virtud. D. Juan de Cardona y Espinola, hermano del Duque de Medinaceli, quien por muchos años mantuvo un niño escolán á sus expensas. Don Ramón Pedro. D. Antonio Jordana, hijo único del Barón de Senaller. D. Benito de Sagarra. D. Juan de Pax y Orcáu, gentil-hombre con ejercicio del emperador de Alemania Carlos VI. D. Isidro Aparregui, hijo de D. Baltasar de Aparregui y D.^a María Magdalena de Angulo, fué apuntado por escolán luego que nació, pero habiendo muerto de corta edad, no pudiendo servir vivo á la Virgen, se lo trajeron muerto, enterrándole en esta iglesia. Tuvieron otro hijo, llamado don

Narciso María de Montserrat de Aparregui, apuntándole también luego de haber nacido.

Estos y otros muchos célebres en música, letras, armas, y por haber ocupado elevadísimos puestos, tuvieron la dicha de vestir la saya de escolán de Montserrat, los cuales, con ser de nobilísimo linaje, se ilustraron más siendo pajes de la Soberana Reina de los cielos, que con los títulos y blasones que heredaron de sus mayores y sirviendo á los más altos y poderosos reyes de la tierra. ¡Dichosos los padres que han tenido los hijos puestos bajo la sombra de Nuestra Señora! ¡Felices los hijos que han sido escolanes de Montserrat!

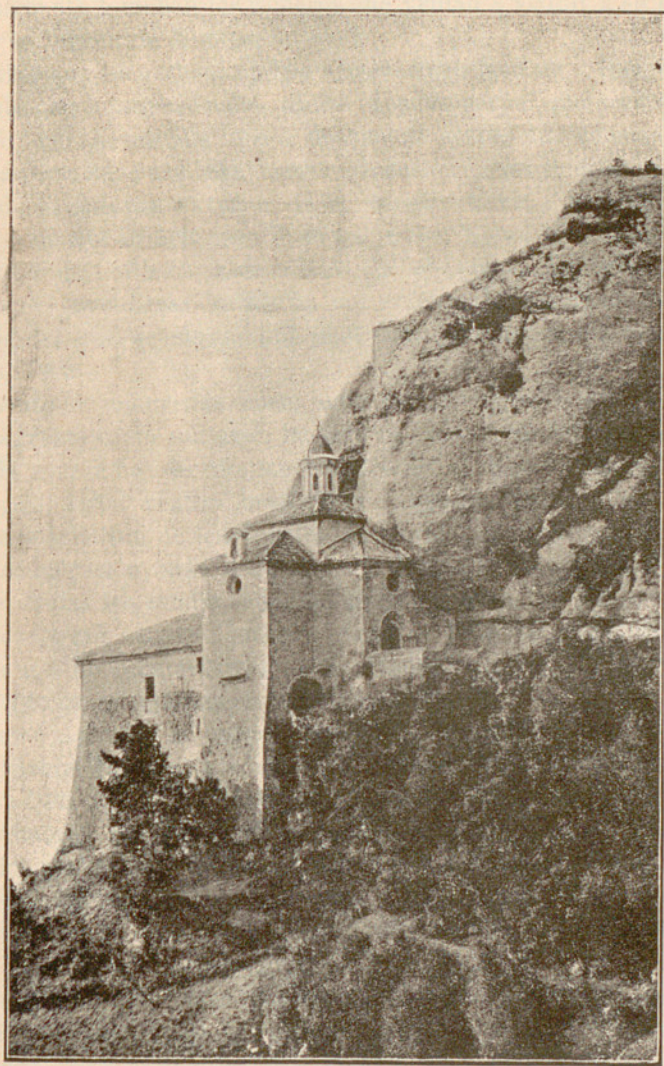
CAPÍTULO CUARTO

La Santa Cueva.—La Marquesa de Tamarit costea una hermosa capilla y un nuevo camino.—Incendio y restauración de la Santa Cueva.

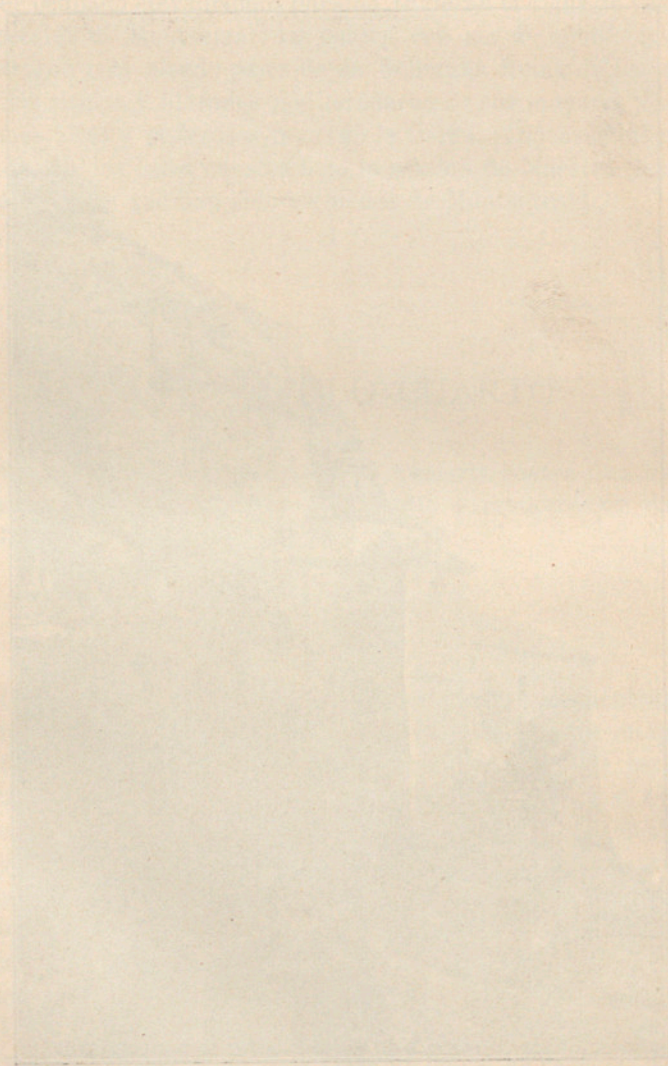
I

Dos lugares históricos y muy venerados se encuentran en esta Montaña: el Santuario levantado en el mismo lugar en que se hizo inmóvil la Santa Imagen, y la Cueva bendita en donde estuvo oculta cerca dos siglos, sin otro culto que el que le daban los Angeles del cielo y las avejillas del bosque. En todos tiempos ha sido objeto de la devoción de los fieles el lugar en que fué hallada esta perla preciosa, y los monjes que han cuidado desde un principio del culto de esta Señora, no han podido prescindir de aquella Cueva que tuvo la dicha de encerrar tan rica margarita. De aquí que desde un principio erigiesen ya capilla y venerasen lugar tan santo y sagrado.

Lejos de quedar en olvido la Cueva de la Virgen, ha sido de antiguo muy frecuentada por toda clase de fieles, en especial por los pueblos comarcanos. En tanto es así que las monjas, primeras moradoras de esta santa Montaña, se vieron con la precisión de abrir, á fuerza de pico, camino para visitar la Cueva de la Virgen. A esas escogidas Camareras de nuestra gran Reina se debe el antiguo camino que todavía lleva su nombre, y es conocido por la *Escala de las Monjas*,



CUEVA DE LA VIRGEN



ODVA DE LA VIERGE

no lejos de la capilla de los Apóstoles, por la cual se puede bajar hasta Monistrol, y tomando la senda llamada *dels pins*, se puede ir directamente á la Santa Cueva. Este era el camino común y ordinario que antiguamente tomaban los romeros que venían á visitar á su buena Madre, la Virgen de Montserrat.

El camino que recorrió el obispo Gotmár con la Santa Imagen y demás gente que le acompañaba, ni fué ni pudo ser el que acabamos de describir, por la sencilla razón de que no estaba aún construído. ¿Qué senda tomaría, pues, esa devota procesión? Probablemente que partiendo de la cisterna exterior de la misma Cueva, y pasando por debajo del arco del edificio, se dirige hacia San Miguel hasta encontrar el camino de Collbató. Este mismo fué el camino que anduvo la procesión que tuvo lugar la vigilia del célebre Milenario de 1880, en memoria del que se siguió mil años atrás al ser descubierta la Imagen de María.

Fácilmente se comprende como esta Santa Gruta, á pesar de su lugar tan agreste como solitario, ha sido en todos tiempos uno de los puntos más venerados de Montserrat. Desde el feliz hallazgo de la Santa Imagen, aquel rústico oratorio de Nuestra Señora fué objeto de la piadosa solicitud de los devotos de María, atentos, no sólo á su material conservación, sino á su mayor pompa y ornato cuanto posible fuese, dadas las condiciones topográficas del sitio. En una palabra, túvose gran empeño en conservar el propio y característico aspecto de aquella *roca sagrario* de la Madre de Dios, sin permitir ni tolerar que se desfigurase en lo más mínimo.

Una vez construído el primer templo en el propio lugar en que se paró la Santa Imagen, y edificado á la vez el pequeño Monasterio que debía servir como de palacio para aquellas Religiosas, que fueron las primeras propagadoras del culto de la Virgen, no descuidaron abrir camino para facilitar á los devotos el acceso á la Cueva. Tampoco los monjes Benedictinos, que vinieron más tarde, podían dejar de trabajar en este sentido, mayormente cuando la devoción á la Virgen se había extendido y desarrollado bastante.

Hasta entonces sólo podía subirse la Montaña á pie. Era preciso procurar vencer las dificultades que se oponían á un viaje más cómodo de herradura. No sólo lograron los monjes este feliz resultado, sino que á fuerza de trabajo, y por medio de difíciles terraplenes, construyeron como una plazoleta para poderse reunir los romeros, y levantar una capillita adosada á la misma roca, en donde estuvo la gloriosa Imagen, en la cual es de suponer se celebraría el santo sacrificio de la Misa y se practicarían los demás actos del culto católico.

II

A medida que la devoción á la Virgen Montserratina se iba extendiendo y propagando, aumentaba también hacia la Santa Cueva donde fué hallada la Imagen de la Madre de Dios. Tuvo luego que renovarse su capilla, dándole mayor extensión en forma de cruz bizantina con hermosísimo cimborio central, construyéndose á su lado un pequeño claustro con habitaciones para el Monje Guardián y sus dependientes; todo esto en el reducido emplazamiento que permite lo quebrado de la Montaña, pero con un carácter tan cabal y tan completo en sus detalles, que bien puede darse á la construcción el nombre de *pequeño Monasterio*. Costeó la obra una ilustre dama de la nobleza catalana, tan insigne por su piedad como por su apellido, timbre que conserva aún hoy día, entre otros muchos preciosísimos, su religiosa descendencia. Fué aquella generosa señora *la Marquesa de Tamarit*.

Y no se contentó esa noble señora con levantar á la Virgen tan digna capilla, que era la admiración de nacionales y extranjeros, sino que quiso dotarla con una pensión, para que viviendo un monje en ella, pudiese celebrarse todos los días á su intención el santo sacrificio de la Misa (1). Quiso también que se abriese un nuevo camino más breve y no tan dificultoso, para que la Cueva de Nuestra Señora pudiese visitarse con más comodidad. El camino que se construyó á expensas de tan generosa señora es el que conduce ó va directamente desde el Monasterio al lugar donde fué hallada la Santa Imagen, distante como unos dos kilómetros, abierto en 1691, para cuya conservación señaló la renta necesaria. Todos convendrán en que su ejecución debió ser obra de mucho tiempo y muy costosa; de aquí que le haya valido el nombre de *camino de plata*, aludiendo con esto á cierta frase que en tono de broma soltó la señora Marquesa, viendo que se pasaba tanto tiempo y nunca se concluía. Para hacer practicable este camino, fué preciso cortar grandes peñas y levantar gruesas paredes y antepechos á cal y canto de una altura extraordinaria, pues que la parte más estrecha es de un metro cuarenta centímetros.

(1) En Junio de 1631 pidió á esta Comunidad dicha señora que se dignase señalar la cantidad que se necesitaba para mantener un monje en la Cueva, y por una Misa que quería se celebrase; y á 10 del mismo mes le fué contestado, que por la manutención diese cinco reales y tres por la Misa.

Es este un camino muy bien acondicionado, que serpenteando, y sorteando las fragosidades del precipicio inmenso que se abre á sus pies, conduce al viajero sin riesgo alguno, y casi sin fatiga, en menos de una hora, al Santuario de la Cueva. El trayecto es delicioso; y desde los diversos recodos de la hondonada que se sigue, pueden contemplarse variadísimos puntos de vista, siempre con la corriente rumorosa del río Llobregat que pasa á sus pies, y los gigantescos conos de la Montaña, á la cual parece pegada la inmensa mole de la iglesia y Monasterio, cerniéndose pavorosamente sobre la cabeza del devoto peregrino. Una pequeña parte de este camino es del atajo de Monistrol, que se deja á la primera revuelta, donde hay un mojón que lo indica.

III

Este antiguo edificio, en que había vivido un monje desde el año 1705, y la magnífica capilla en que se celebró la Santa Misa hasta el 25 de Julio de 1811, tuvieron también que sufrir las consecuencias de la triste ocupación francesa. No se contentaron las tropas de Napoleón Bonaparte con derribarlo casi todo, sino que á 30 de Julio de 1812 acabaron por pegar fuego á lo poco que quedaba. Esto y el haber quedado abandonado este lugar por la fuerza de las circunstancias, fué causa de que se vinieran al suelo los techos, pisos y bóvedas existentes. No pudiendo el Monasterio, á causa de lo calamitoso de los tiempos, hacer ninguna clase de reparos en este lugar tan venerado, tenía que presenciar como todo se iba convirtiendo en un montón de ruínas; y esa pena era tanto mayor, en cuanto los fieles no dejaban de ir á venerar el lugar en que quiso la Divina Providencia custodiar la Patrona de Cataluña, ansiando el momento de verlo todo restituído á su primitivo ser y estado.

Esta pobre Comunidad lloraba sin consuelo tan triste estado de cosas, y no podía llevar con paciencia que lo que había sido como la cuna del culto de María en esta Montaña, continuase en ruínas tantos años; por esto, después de la penuria y estrechez con que tuvo que atender á las necesidades del primer momento, vino la hora en que pudo dedicarse á la restauración de la Santa Cueva, logrando con los esfuerzos del devoto pueblo catalán ver por fin realizados sus deseos.

Llegó el año 1857, y con ocasión de hallarse en este Monasterio los Duques de Montpensier, fué creada una Junta para la *restauración de Montserrat*. Arbitráronse medios, y dióse principio á la obra

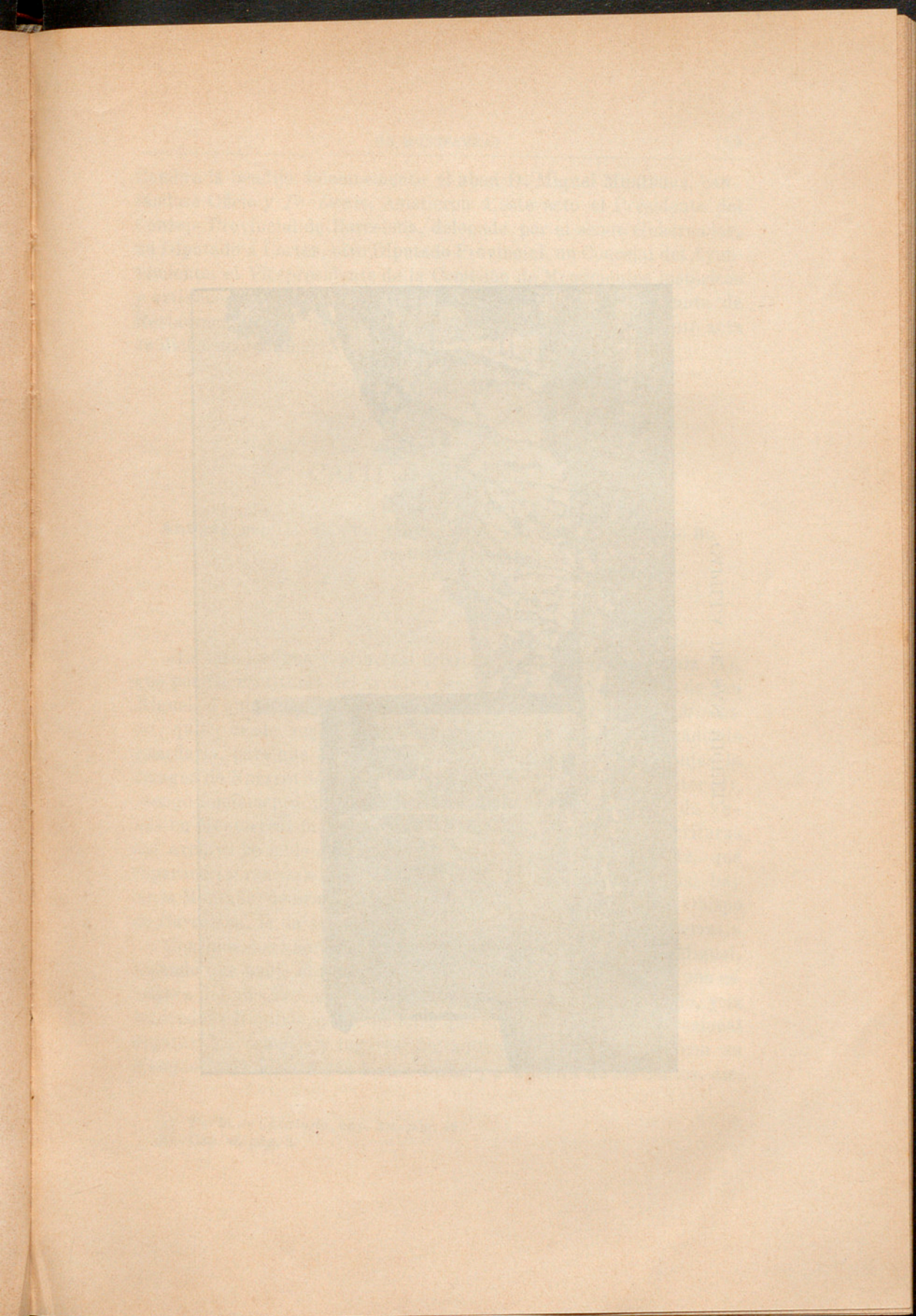
con verdadero entusiasmo. A esta Junta se debe la nueva capilla y edificio que la honra sobremanera. El edificio se presenta exteriormente formando cuatro cuerpos cobijados por una enorme roca. En esta restauración se le dió el estilo románico. Ante todo fué construída la portada de la pequeña iglesia de mármol blanco, extraído de la misma Montaña, en el término de Marganell, en donde se hallan las canteras. Se quitó un balcón impropio del sitio que ocupaba. Se construyó el cimborio con su linterna, en la cual se colocaron pequeñas vidrieras de colores, que con sus luces y las de los tres ojos ó pequeños rosetones, han substituído á la blanca claridad que entraba por dicho balcón, mejorando la severidad de la capilla. El plano de esta construcción conserva la forma de cruz, cuyo brazo principal no tiene decorado alguno, por formar lo la peña viva del sitio donde fué encontrada la Santa Imagen, y viene á ser como un pequeño presbiterio.

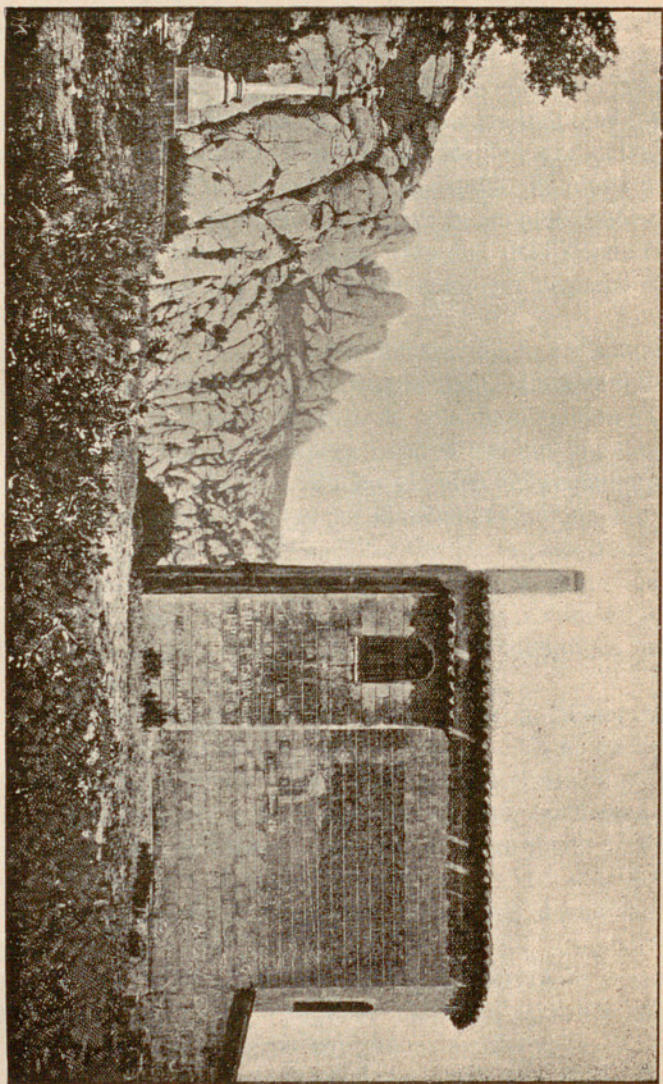
Por retablo hay un bajo relieve de Carrara, fijado en la tosca pared, que representa el acto de encontrar la Santa Imagen en aquel mismo sitio el obispo Gotmár. Encima de este bajo relieve hay una hermosa copia en mármol de la misma Imagen con dos ángeles, también de mármol, uno á cada lado. En las paredes del pequeño presbiterio se ven otros dos bajo relieves por el mismo estilo que el central, también de mármol, todo obra del escultor Cerdá. Representan, el uno la aparición de las luces á los pastores; y el otro, la procesión para conducir la Santa Imagen. La desnudez misma de la roca viva habla mejor á las personas que visitan este lugar, que cualquiera inscripción que se hubiese allí colocado.

Las paredes, bóvedas y cúpula de la capilla están ricamente pintadas al policromo, y doradas al estilo bizantino. En el anillo de la cúpula se leen aquellas palabras de la Sagrada Escritura, *nigra sum, sed formosa*. En los adornos de la pintura campean emblemas y versículos de la Letanía, hábilmente combinados sobre fondo de oro. En la cúpula y bóvedas está significada, por medio de estrellas doradas, la lluvia de luces que indicó á los pastores el sitio donde estaba la Santa Imagen.

Por el brazo de la cruz que viene frente la puerta de entrada se pasa á la sacristía y al patio, ó pequeño claustro, decorado con ocho columnas románicas. La cisterna antigua está reformada, y también los dormitorios y el salón de la parte interior. Esta capilla es digna de ser visitada; pocas son las personas que vengán á Montserrat y no lo hagan.

Su restauración quedó terminada en 1864, y el día 11 de Sep-





CAPILLA DE SAN MIGUEL

tiembre la bendijo solemnemente el abad D. Miguel Muntadas, cantándose Oficio y *Te Deum*. Asistieron á este acto el Presidente del Consejo Provincial de Barcelona, delegado por el señor Gobernador, un Diputado á Cortes, otro Diputado Provincial, un Concejal del Ayuntamiento, el Vicepresidente de la Comisión de Monumentos históricos y artísticos, el arquitecto Sr. Villar, el Secretario de la Junta de Restauración, y el notario D. Cayetano Anglora, quien levantó acta de dicha inauguración, que se halla en el Apéndice n.º 4.

CAPÍTULO QUINTO

Antigua capilla de San Miguel.—Es derribada en 1811.—Su reedificación.

I

«La más antigua y principal ermita, dice el cronista Argaiz (1), que por las escrituras del Archivo conozco, es, en mi sentir, la de San Miguel, á quien llaman los dichos instrumentos *Patrón de la Montaña*; quien desde sus principios parece que se había encargado de guardarla, para que allí fuese venerada y servida por los monjes la Imagen de Nuestra Señora.» Y antes había ya dicho el citado autor (2), «tengo fundamento para creer, que quien derribó el templo de Venus en Montserrat fué el Arcángel San Miguel, porque en escrituras del Archivo he leído que era Patrón suyo; una es del año 1042, que reparando y renovando una capilla, que de tiempo inmemorial hay en la Montaña, dedicada al dicho Arcángel, y consagrándola el Obispo de Barcelona, le da á San Miguel el título de Patrón de Montserrat.»

Continuemos ahora la historia de la antigua capilla de San Miguel, dejando que hable el propio historiador Argaiz. «Hállase, dice, una escritura del año 999, en que el vizconde de Barcelona, Udalarlo, y la vizcondesa Riquilda, pareciéndoles que era cosa muy justa y racional reparar los templos y lugares sagrados y convidar á otros con su ejemplo, para ofrecer sus bienes á Dios y á la honra de los Santos, die-

(1) *Perla de Cataluña*, cap. xii, pág. 49.

(2) Cap. ii, pág. 8.

ron á la capilla de San Miguel, que ya estaba edificada, *cuatro medietas de viñedo*, con otras tierras yermas que allí había, diciendo: que daba esto, junto con la casa ó capilla de San Miguel, sita en el condado de Barcelona y dentro los términos del castillo de *Bonifacio*, que llamaban *Guardia*. Y aun especificando más el lugar, añade: que era en el llamado *Torrello*. Todavía más, dando el Vizconde razón del título que tenía, dice: que lo poseía por herencia y posesión de sus antepasados. *Et advenit nobis, et ad me Udaldardum Vicecomitem per genitores meos, et ad me Riquildam Vicecomitissam per meum decimum. Facta ista donatione tertio Nonas Martii, anno tertio regnante Roberto Rege*. Firmanla entrambos, y son testigos Eldouara, Senieldo, Bonus homo; y notario el presbítero Erui-na. Está en el libro del Archivo, llamado Rubeo, fol. 37.

Cuidaron mucho de esta capilla los Vizcondes, hasta edificarla de nuevo. Dióles Dios vida para verla acabada; y á 14 de Junio de 1042 la consagró el obispo de Barcelona Vislaberto, en presencia de Udaldardo y Riquilda, y de Juan Udaldardo, al parecer hijo suyo. Viendo más tarde el vizconde Gilaberto y Ermesinda la vizcondesa, que si esta iglesia se daba á personas privadas, no se tendría en mucha veneración, acordaron ofrecerla al Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, *ut reedificaretur locus ille*. Y donáronla con todas las tierras anejas con título de venta por precio de ocho onzas de oro de Valencia, á la cual llaman ciudad suya.

II

A medida que este Monasterio fué creciendo y desarrollándose, fuéronse á la vez perfeccionando sus caminos. El primero y principal camino para venir á Montserrat fué, durante muchos siglos, el de Collbató, que pasa por San Miguel. Por él pasaron reyes, principes y otros personajes de la más alta y distinguida sociedad, y á pie hasta alguna de las reinas de España. La circunstancia de pasar este camino por la capilla del Santo Arcángel, y de que se descubra el Monasterio desde este lugar, hizo que este Santo fuese más venerado de los peregrinos ó romeros. Aquí solían ellos detenerse para descansar de las fatigas del viaje; aquí empezaban á limpiarse el sudor de la frente y cara; aquí se aliñaban y preparaban para hacer su entrada digna de la Virgen de Montserrat; aquí las mujeres, de un modo muy particular, ponían sobre su cabeza la tradicional mantilla blanca; aquí empezaban los cánticos en honor de María; aquí se quitaban el calzado

muchos y seguían descalzos hasta entrar en el templo; aquí tomaba cada uno su instrumento de penitencia y mortificación para expiar sus pecados; aquí empezaban á andar unos de rodillas, otros disciplinándose; éstos cargados de cadenas, aquéllos con pesadas cruces; quien con enormes barras de hierro, quien, por fin, derramando lágrimas hasta entrar dentro de la iglesia. ¡Ah! si esas mudas peñas que se encuentran camino de San Miguel pudiesen hablar, ¡qué buenos predicadores serían! ¡A cuántos que parecen muertos, volverían á la verdadera vida!

Mas, ¡oh triste condición la de los tiempos! Esa capilla de tan felices recuerdos; ese Arcángel tan querido y venerado por tantas generaciones; esa iglesia que tantos suspiros y lágrimas había arrancado, debía desaparecer un día. Y lo más lamentable es, que no había de caer á manos de extranjeros, sino de los mismos españoles. Durante la guerra de la Independencia, no faltó quien por desgracia tuvo el mal acuerdo de declarar esta Montaña *Plaza de armas*. A 13 de Mayo de 1811 llegó la primera fuerza, consistente en una compañía de Ingenieros, bajo el mando del coronel Rey. Bajo pretexto de que la capilla de San Miguel se hallaba dentro de la zona militar, y podía servir de parapeto á las tropas francesas en caso de presentarse, sin respetar lo sagrado, ni que fuese la fiesta de la Santísima Trinidad, mandó el coronel derribar la capilla, siendo la orden inmediatamente ejecutada, sin quedar señal de ella, ni de la imagen del glorioso Arcángel. Todo desapareció en menos de un día. Hay cierta clase de pecados que con dificultad se borran en este mundo. Muchas veces se ven desgracias, ó suceden hechos lamentables, sin que se pueda atinar á las causas que los han producido. ¿Podría ser este hecho que lamentamos, como la llave por descubrir ó explicar muchos secretos que están aún por revelar?

No contento el jefe de la referida fuerza con haber derribado un edificio respetado por tantos siglos y generaciones, empezó por derribar también muchísimos ó la mayor parte de los árboles que estaban por aquellos alrededores, y por abrir grandes fosos y zanjás, desfigurando completamente aquel hermoso camino salpicado de tanta sangre cristiana. Por fin, se había consumado el sacrificio. La tan venerada capilla de San Miguel ya no existía. Montserrat acababa de perder, no sólo una joya artística, sino su más antigua iglesia.

III

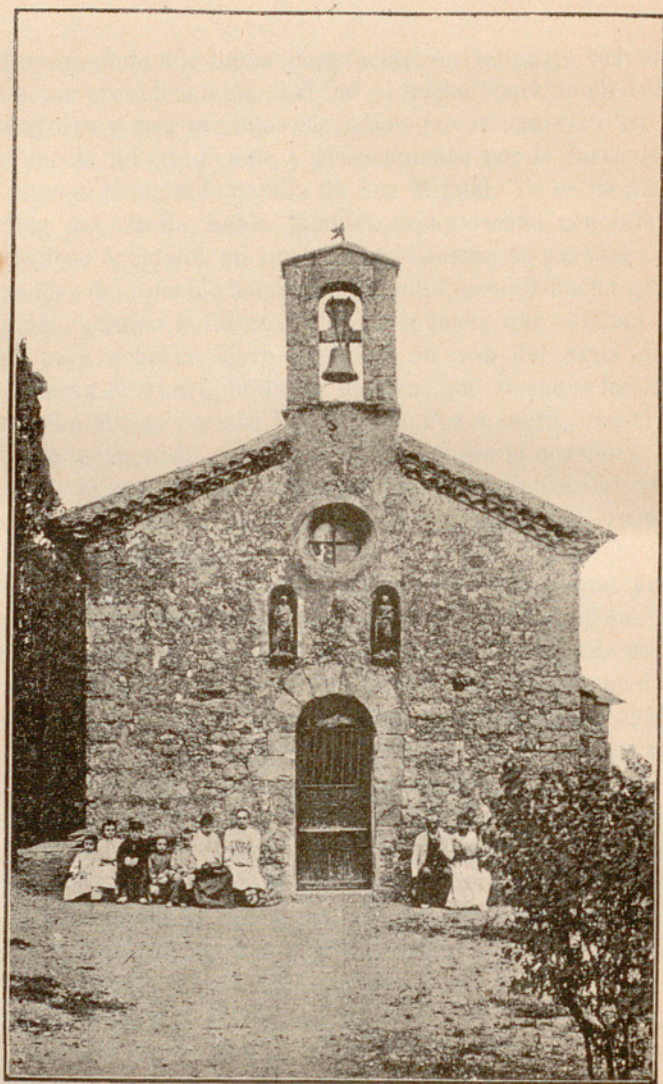
Lo que el mundo llama desgracias, en lenguaje cristiano se llaman actos providenciales. Tal fué el hecho ocurrido en 1861. Uno de los mayores y más terribles incendios que se han visto en esta Montaña, fué el del citado año, y precisamente por la parte de lo que en otro tiempo había sido capilla de San Miguel. Ya se ha dicho como al derribar esa capilla, había también desaparecido con ella la imagen del glorioso Arcángel, sin que pudiese saberse su paradero. Pues bien; con motivo del referido horroroso incendio, acudió mucha gente para su extinción. ¿Quién lo dijera? Algunos peones que estaban cavando la tierra para echarla sobre el fuego, en vez del agua que faltaba, encontraron el tronco de dicha imagen, que después fué colocado en el pequeño Museo de este Monasterio. Por manera, que el Señor dispuso que el incendio de esta Montaña fuese la ocasión ó causa para descubrir la grande hazaña del tristemente célebre Coronel de Ingenieros. Cuando no fué respetada la imagen del Santo, ¿cómo había de ser respetada su capilla?

En este estado duraron las cosas nada menos que unos sesenta años, esperando siempre en la misericordia del Señor que nos otorgaría el consuelo de verla reedificada. Y no podía menos de ser así. Aquel campeón valiente, que en el cielo empiéreo supo librar un día la mayor y más terrible de las batallas que han visto los siglos, ¿había de permitir que esta Montaña permaneciese más tiempo sin su antiguo Patrón y defensor? Y nuestras esperanzas no salieron fallidas. Sobre los cimientos de la anterior fué levantada la nueva capilla. Era el año 1870, cuando el Monasterio, pudiendo disponer de algunos medios, ayudado de las limosnas que ofrecieron unos devotos, que se hallaban aquí con motivo de la fiebre amarilla que hacía estragos en Barcelona, tuvo el consuelo de ver reconstruido ese pequeño templo, dedicado en honor del más ilustre de los Príncipes, el Arcángel San Miguel. Fijóse su bendición para el día de su fiesta. Celebróse un Oficio, ejecutado por la Escolanía, con asistencia de la Comunidad, del Rdmo. P. abad D. Miguel Muntadas, y del arquitecto D. Francisco Villar.

Fué muy del agrado del público y pueblos comarcanos el levantamiento de esa capilla, porque la devoción á San Miguel es muy general y popular. Todos los forasteros tomaron parte en esta fiesta con particular satisfacción y alegría. Esta reparación era tanto más necesaria, en cuanto el lugar que ocupa es de los más concurridos, y el



LIBRARY OF THE



CAPILLA DE SAN ACISCLO

camino que conduce á él uno de los mejores y más frecuentados. Por otra parte, en defecto de las ermitas que hoy no existen, muchas personas devotas se contentan con visitar esta capilla, como visitan la Santa Cueva, para seguir las Estaciones y ganar las indulgencias concedidas. De todos modos, así como era una necesidad abrir al culto la Santa Cueva, profanada por las tropas francesas, también era necesario abrir la capilla de San Miguel, derribada por tropas españolas. No, una vez adquiridos los derechos de Patronato sobre esta Montaña, no podía el glorioso Arcángel despreciarlos ni perderlos. Dios quiere que aquel que había velado y protegido á los peregrinos durante tantos siglos, sea el protector y velador de los cristianos de nuestros días. Y bajo la égida de tan poderoso defensor, ¿quién temerá? ¿qué mal nos ha de venir? El que supo vencer y arrollar á los enemigos de Dios en el cielo, ¿no sabrá ó podrá arrollar y vencer á los enemigos del hombre sobre la tierra? Glorioso y poderoso Arcángel, si un día, lo que el Señor no permita, cambiasen los tiempos, y el demonio pretendiese arrancaros de nuevo del lugar que ocupáis, sednos propicio, no lo permitáis, haced valer vuestros derechos, que por algo tenéis al enemigo á vuestros pies y la espada desnuda en vuestras manos. No permitáis que se rompan sus cadenas y que ande más suelto sobre la tierra.

CAPÍTULO SEXTO

Capilla de San Acisclo.—Su restauración y su mirador.—Capilla de los Apóstoles y el tan popular «Safreig.»

I

El historiador y abad D. Miguel Muntadas, al hablar de la capilla de San Acisclo y Santa Victoria, dice (1): «Arrojados los gentiles de la Montaña de Montserrat, y posesionados de ella pacíficamente los cristianos desde el año 253 de Cristo, el sacrificio que no podían ofrecer al verdadero Dios en las poblaciones dominadas por los enemigos de la fe, venían á ofrecerlo al abrigo de estas enormes masas de gra-

(1) *Historia de Montserrat*, pág. 44, edición de 1871.

nito y árboles seculares de que tanto abunda esta Montaña. El número de fieles iba cada día en aumento; de ahí que apenas llegaba á su noticia la seguridad que ofrecía Montserrat para dedicarse á los actos del culto cristiano, abandonaban los pueblos vecinos, y venían aquí á establecer su morada. Al saber el heroísmo de los hermanos Acisclo y Victoria en confesar la fe en medio de tormentos inauditos, en la ciudad de Córdoba, erigiéronles una capilla en su honor á la parte del Oriente, así como San Miguel la tiene al Mediodía.

«Aquí venían los cristianos de los pueblos vecinos, y todos ofrecían al Señor el sacrificio de expiación y alabanza en sus respectivas capillas, cosa que no les era posible en sus propios lugares. Aquí, continúa diciendo el propio autor, limpiaban sus almas con el santo sacramento de la Penitencia, eran bendecidos los matrimonios y regenerados en las aguas del bautismo los hijos de familias cristianas.»

Al leer tan bellas y hermosas páginas, á cualquiera se le ocurrirá la duda siguiente. ¿Cómo era posible todo esto en tiempos y lugares tan difíciles? ¿Qué sacerdotes podían acudir á socorrer semejantes necesidades? El mismo historiador cuida de resolver en parte estas dificultades, añadiendo: que «ambas capillas se resentían del mal de la época, que era no tener custodio fijo; toda vez que los sacerdotes tenían necesidad de ausentarse con harta frecuencia para acudir á las necesidades de los demás cristianos.»

Sumamente interesante sería cuanto acabamos de copiar á existir documentos para comprobarlo. Mas no es esto fácil, remontándose á épocas tan lejanas, y después de los varios sucesos, harto tristes por desgracia, porque ha tenido que pasar este Monasterio. Quisiéramos y suplicamos al lector tenga muy presente esta observación en el decurso de esta obra; pues que en caso muy semejante nos hemos de encontrar más de una vez. Dicho Padre Abad no ha descuidado apoyar sus opiniones con el escudo de la tradición, que es el único baluarte en que podemos defender muchas de las noticias de nuestra historia, después que desaparecieron el Archivo y la biblioteca de este respetable Monasterio.

Tras esta ligera digresión, deber nuestro es manifestar, que hasta ahora ha sido opinión común, que la capilla de San Acisclo es más antigua que el mismo Monasterio; pues siempre se ha creído que al descubrirse la Santa Imagen estaba ya edificada, del contrario sería contradictorio asegurar, que cuando se hizo inmóvil y no pudo la procesión continuar su curso hasta Manresa, dicha Santa Imagen fue depositada en esta capilla. También parece consecuente creer, que al sentar sus reales aquí las monjas de San Pedro de las Puellas de

Barcelona, debieron servirse de esta pequeña capilla, por ser la única de que podían disponer. Lo que parece fuera de toda duda es, que estuvo enclavada dentro de los antiguos muros que, según tradición, mandó construir el Conde de Barcelona, padre de la primera Abadesa, á fin de asegurar el Convento de toda invasión por parte de los sarracenos, según las señales que existen aún hoy día. Se sabe que en 1224 fué reedificada por los caballeros Oliveres, los cuales la dotaron con mil libras de renta, moneda barcelonesa, con obligación de una Misa perpetua el día de los santos mártires San Acisclo y Santa Victoria.

Antiguamente estaba colgada en ella, en medio de dos pilares, la campana llamada del *Milagro* (1). El sitio que ocupa esta capilla, lo señalaba antes un manuscrito en una curiosa relación que hacía de San Dimas, y lo colocaba precisamente debajo de ella, como ha sido siempre. «Desde la dicha ermita, decía el manuscrito, se comienza por Levante á derribar una muy grande caída y despeñadero, aunque apacible á la vista por la mucha arboleda que tiene, que es por donde los que fueren de buen ánimo ó industria, podrían bajar desde dicho castillo y subir á él desde el eremitorio de San Acisclo y Santa Victoria, como se tiene memoria sucedió habrá trescientos años, por haber echado de allí á unos ladrones que se habían apoderado de aquel sitio.» Y luego añadía: «El puesto de este eremitorio es en forma de baluarte, con sus muros y edificio que denotan grande antigüedad, y en cuya plaza solía estar antiguamente sobre unos pilares colgada una campana, que llamaban del *Milagro*, que es la que ahora sirve para dar los cuartos más arriba del reloj.»

II

En esta capilla de San Acisclo se hizo fuerte la Junta de Defensa de Cataluña en 1811, fué cerrada con fuerte muralla, y fueron en ella colocados algunos cañones. Todo, empero, fué inútil y sin resultado. Apenas aparecieron las tropas francesas por la carretera de Santa Cecilia, cuando los españoles destinados á defender este punto huye-

(1) No sabemos por qué se le daba este nombre. Recordamos haber leído en la Crónica de Cataluña del Dr. Pujadas, que en 1351 fué asesinado en San Cucufate del Vallés, en la noche de Navidad, mientras se celebraban los Maitines, el abad D. Arnaldo Ramón de Viura; y que al ocurrir este triste suceso tocó por sí misma la campana que llamaban *el Gallet*; haciendo otro tanto otra campana de Montserrat, que llevaba el mismo nombre. ¿Podrá ser esta la causa de llamarse á dicha campana de San Acisclo, la campana del *Milagro*?

ron despavoridos, dejando los cañones y demás en poder del enemigo, sin hacer la menor resistencia.

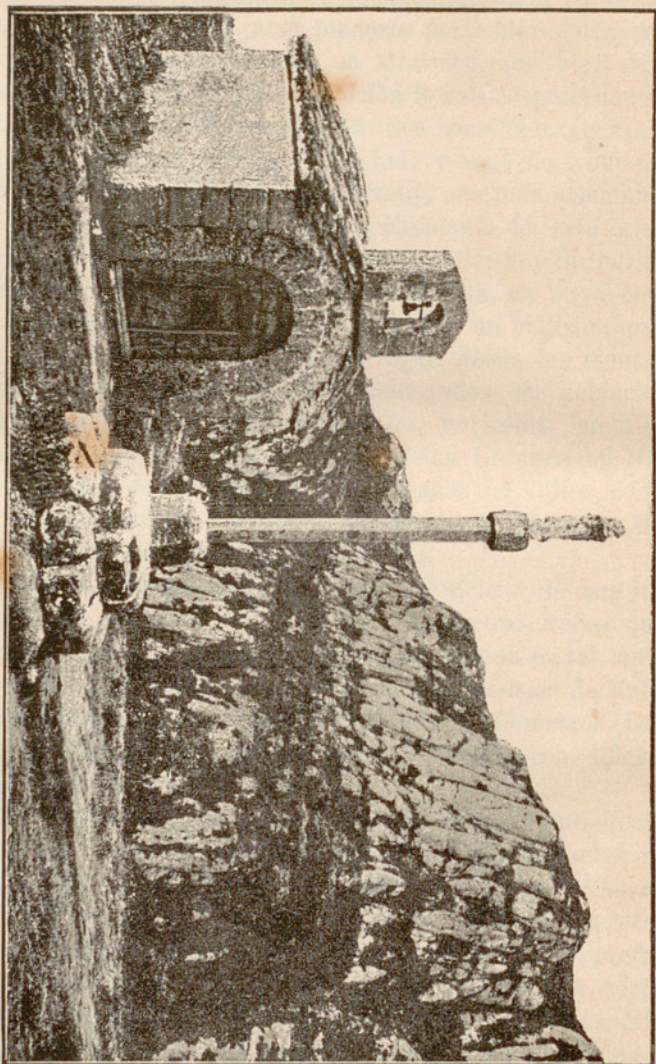
Volvieron luego los monjes, y al hallar tanta destrucción y ruína por todas partes, no les fué dable atender á tantas necesidades. A esta pobre capilla le tocó la triste suerte de quedar cerrada al culto hasta el año 1858. A expensas de algunos piadosos particulares hiciéronse las reparaciones necesarias, colocóse un altarcico, que bien se conoce no tener nada de moderno. La tradición lo estima procedente de la iglesia vieja que fué derribada en 1755. Sea como fuera, la restauración llevóse á cabo con celo y actividad, y á 17 de Noviembre de 1858 el abad D. Miguel Muntadas la bendijo con toda solemnidad, cantándose á continuación un Oficio por la Escolanía de esta iglesia.

En el mismo sitio en que se halla esta capilla, hay un hermoso paseo de cipreses, que termina con una plazoleta, en cuyo centro hay una mesa de piedra. Desde aquí se descubre un bellissimo panorama que abraza toda la cuenca del Llobregat, desde las montañas donde nacen los Pirineos, hasta el mar, destacándose las poblaciones ribereñas á larga distancia. Preséntanse por horizonte, en último término, los Pirineos y Montseny; más cerca San Lorenzo del Munt, la cordillera del llano de Barcelona y las montañas del Vallés, pudiendo seguirse con la vista las carreteras de Monistrol, Tarrasa, Manresa, Madrid, Olesa, Esparraguera y Martorell.

Pálida sería cualquiera descripción que se hiciese de este lugar admirable. Es un mirador tan solicitado, que raras veces queda sin concurrentes. La extensión de terreno que domina es tal, que en tiempo claro y despejado se distinguen desde allí las islas de Mallorca y Menorca, distantes unos trescientos treinta kilómetros. Desde este delicioso balcón parece que se domina el mundo; con dificultad se encontrará otro igual.

Uno de los fenómenos atmosféricos más curiosos de Montserrat, es la niebla. Posada de ordinario en las altas cimas, que envuelve como tupido velo, ó prendida en las laderas como vago y ligerísimo cenital, desde allí se corre en blancos copos, ya arrastrándose perezosamente, ó deslizándose con velocidad hasta rodar á lo más profundo del valle, ó descorrerse por el espacio, á manera de diáfana cortina, en la cual se transparentan célicos reflejos y mirajes boreales. El forastero á quien desde un punto cualquiera de la Montaña sobrecoge esta rara visión, créese suspendido en mitad de los aires, y casi instintivamente aférrase vacilando á la roca que le sostiene. Peñas y malezas, hondonadas y primeros términos, todo se hunde en aquel mar de bruma que parece tragarse la obra de la creación; mas no ce-





CAPILLA DE LOS APÓSTOLES

sando por ello las voces confusas del bosque y de la Montaña, su murmullo repetido en aparente vacío, produce ilusiones acústicas muy singulares.

III

A espaldas de la capilla de San Acisclo, á un tiro de fusil, á cincuenta metros de distancia, hay otra llamada de *los Apóstoles*. Lo poco que consta de esta capilla es, que un clérigo devoto de dichos santos Discípulos del Señor quiso consagrarles un monumento en esta Montaña, y una vez obtenida la venia del Convento, edificó esta capilla, que en la infausta fortificación del año 1811 fué también transformada y convertida en almacén de municiones y pertrechos de guerra, habiendo quedado también inhabilitada hasta el año 1858, en que á 21 de Diciembre, día del apóstol Santo Tomás, fué otra vez solemnemente bendecida é inaugurada.

Esta capilla, como la de San Acisclo, no tiene mérito alguno artístico; pero á su antigüedad debe añadirse una especial devoción, que en todos tiempos ha tenido de parte de los romeros que visitan el Santuario. También á esta capilla vienen los fieles á fin de ganar las indulgencias por medio de las Estaciones. Con motivo de los trabajos hechos para la explotación del ferrocarril, debajo de la misma capilla se construyó un ingenioso túnel, y por él pasa la locomotora con los coches y viajeros que vienen á Montserrat. Es también una obra admirable. Junto á la capilla, y al borde de horrendos precipicios, se ven aún algunos restos de fortificación, que el vulgo ha bautizado con el nombre de *Fortins*. La vista desde este lugar no es de mucho tan despejada, ni tan deliciosa. Hoy queda una regular plazuela detrás de los Apóstoles, compuesta con la tierra y escombros de las obras que se están practicando.

Lo que falta de vista á esta capilla le sobra al antiguo balcón del tan popular *Safrèig* de Montserrat. Refiriéndose á las grandes estatuas que hay en él, escribió el poeta D. Víctor Balaguer á un amigo suyo desde este Santuario: «Permanecen, dice, allí inmóviles y mudas, condenadas á contemplar eternamente el magnífico espectáculo que se desarrolla á su vista (1). No sé explicarme, aunque bien lo comprenderás tú, la impresión mezclada de terror y de respeto que me infunden, siempre que á ellas me acerco. Esos impasibles monjes

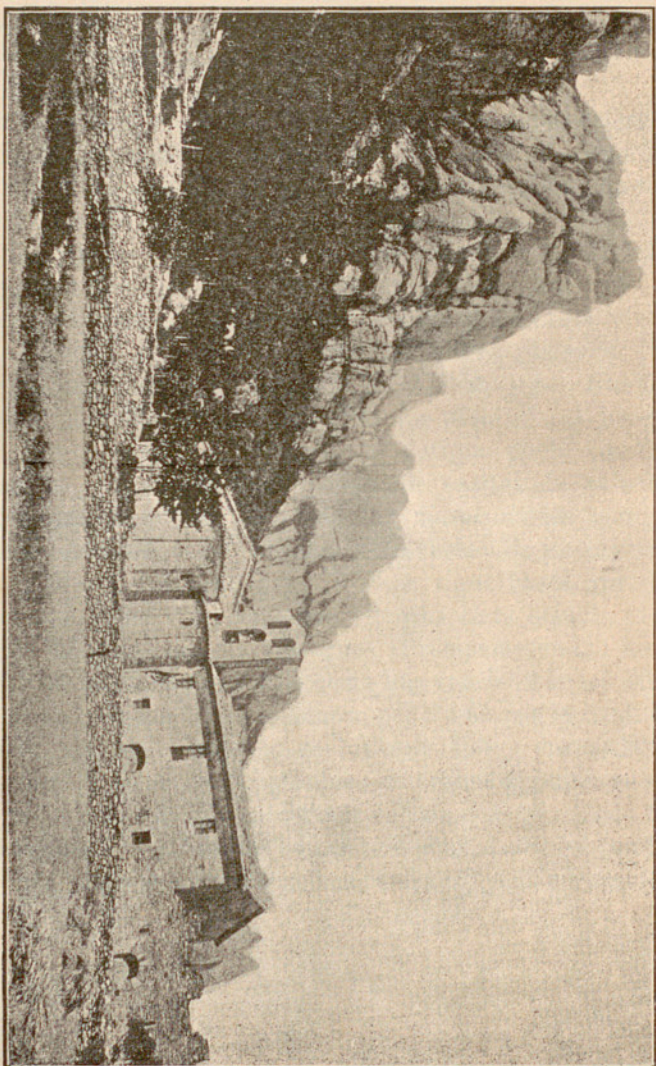
(1) Los franceses derribaron y mutilaron algunas de estas estatuas.

de piedra, mudos y eternos centinelas del Monasterio, inclinados casi sobre un abismo sin fondo, á cuyos pies vuelan las águilas, sobre cuyas frentes se desencadenan esas horribles y misteriosas tempestades de la Montaña, y que con la misma impasibilidad han asistido, lo propio á la época de esplendor y de pujanza, que á la de devastación, de ruínas y de miseria del viejo Monasterio, de que se han constituido perennes é incansables guardadores.

«¡Magnífico espectáculo el que se ha desplegado á mis ojos desde el *balcón de los Monjes*! Cien veces he asistido á él en mis repetidas romerías á Montserrat, y siempre se me ha presentado bajo una nueva faz. Te escribo aún bajo la impresión del momento.

«He visto á mis pies las crestas de los montes que desde Barcelona se nos presentan tan altos, y que hoy me han parecido á flor de tierra. Frente de mí, pero pudiéndolo abarcar todo de una sola mirada, estaba San Lorenzo, al Norte la misteriosa cueva Simanya; más allá Montseny, tan poéticamente cantado por Aribáu y por Rubió; á lo lejos, como un sencillito montón de tierra, que parecía que un niño podía saltar, estaba el elevado Tibidabo; el antiguo pueblo de Monistrol se me ha presentado como puñado de casitas de un belén; las torres, las casas de campo, las opulentas masías de las montañas se me han aparecido sólo como cabrillas extraviadas de un esparcido rebaño; el caudaloso Llobregat, cuyo curso se sigue hasta que desemboca en el mar, lo he visto como una estrecha cinta blanca; el rugido eterno de dolor que arrojan sus aguas al romperse en las esclusas de Monistrol, ha subido hasta mí como una voz débil de los valles; y he visto, en fin, cerrado este majestuoso panorama por la cordillera de los Pirineos, con sus montañas casi inaccesibles y coronadas de nieve, apareciéndose como una triple línea de árabes gigantes envueltos en sus pardos alquiceles, y cubierta la cabeza con un blanco turbante. ¡Qué pequeño es el hombre en las montañas, Luís; los hombres somos sólo unas hormigas, unos gusanos, quizá lo más miserable de la tierra!»





SANTA CECILIA Y PICO DE SAN JERÓNIMO

CAPÍTULO SÉPTIMO

Antigüedad de la iglesia de Santa Cecilia.—Fundación de su Monasterio.—Su incorporación á Montserrat.

I

Santa Cecilia no es ermita, ni simple capilla como las que acabamos de describir, sino que ha sido un respetable Monasterio de monjes benedictinos, anterior al de Nuestra Señora de Montserrat. Dista como unos cinco kilómetros de esta gran Basílica; su iglesia es románica, sin otro mérito que su mucha antigüedad. Hállase situada en lo menos accidentado de la Montaña y á la parte del Norte. Es opinión común que á poca distancia de esta iglesia existió un castillo llamado *Marro*, uno de los cinco que en tiempo de la Reconquista se levantaron en esta Montaña. El abad D. Miguel Muntadas asegura en su historia haber visto desaparecer las últimas señales, y que las personas más ancianas de aquellos contornos le señalaron más de una vez el lugar donde había existido por muchos siglos, añadiendo que con los años que llevaban de vida le habían visto ir desapareciendo poco á poco.

Las noticias más antiguas que se tienen de Santa Cecilia son del año 730, en que abandonado el castillo por los cristianos, cayó en poder de los moros, los cuales lo poseyeron sesenta y más años, porque lo consideraban como llave de la Montaña, al menos por aquella parte. En 797 se lo quitó Carlo Magno, haciéndose dueño de la Montaña; y á 22 de Noviembre del mismo año hizo voto de dedicar aquel lugar conquistado á la virgen y mártir Santa Cecilia. Dícese que en el mismo campo de batalla hizo donación de todo aquel territorio á Rodolfo, uno de los valientes caballeros que más se distinguió en ella. Muy cerca de esta iglesia hay una roca llamada *roca de Carlos*, bautizada así por haber estado allí Carlo Magno, según reza la tradición.

Los descendientes de Rodolfo siguieron al ejército cristiano, y como la guerra no se hacía ya en los castillos, sino en las llanuras, de ahí que el castillo *Marro* quedó casi abandonado, y en 871 fué cedida á Ainsulfo y Druda, su mujer, la iglesia y manso contiguo. Viuda Druda en 942, vendió la iglesia y casa, ésta medio arruinada, á un sobrino suyo, llamado Cesáreo, presbítero, junto con su hacienda,

lindante al Sur con la *roca de Carlos, ad ipsam rocam nominatam Charol*. En 943 Cesáreo reedificó la iglesia y edificio contiguo. Obtenida licencia del Conde de Barcelona para fundar un Monasterio en este lugar, y confirmada que fué la fundación por Jorge, obispo de Vich, que le dió algunos bienes *ad restorationem hujus cenobii*, empezó Cesáreo á reunir algunas personas para retirarse á la vida solitaria; y en 945 dejó acabada la obra de esta fundación. Fué restaurada en obsequio á San Pedro, San Pablo, San Miguel y Santa Cecilia. Dícese que antes existía una escritura que decía haber hecho esta restauración los mismos Condes de Barcelona, Sunza y Riquilda, su esposa, que se cree fueron ellos quienes dieron el permiso, y además varias rentas sobre los lugares de Engilida y Ortono, como también sobre los castillos de Ortono y Masquefa.

II

Las noticias anteriores son extraídas de la *Perla de Cataluña*, escrita por el cronista P. Argaiz, quien añade que en el referido año 945 vinieron monjes de Ripoll á instalar la vida monástica en Santa Cecilia, y que el presbítero Cesáreo quedó dueño y señor de toda la Montaña en 951, y que obtuvo el título de Abad, aunque sujeto al de Ripoll.

Seis años después, 957, el obispo de Vich, Valdamino, consagró esta iglesia y confirmó sus posesiones. Dice Villanueva, en su *Viaje literario por las iglesias de España*, que el Monasterio de Santa Cecilia era antiguamente la principal Abadía de toda la Montaña. Añaden algunos autores que el abad Cesáreo fué nombrado arzobispo de Tarragona, y que los condes de Barcelona, Borrell y Riquilda, su madre, le señalaron para su congrua la Montaña de Montserrat, desmembrándola del Monasterio de Ripoll, conservando la Abadía de Santa Cecilia hasta el año 970, en que falleció. Mas no faltan otros que niegan haya obtenido jamás semejante arzobispado.

El abad Cesáreo, sin embargo de tener su congrua en esta Montaña, no llegó jamás á absorber los bienes de las monjas que se hallaban establecidas también aquí; éstas vivían independientemente de lo suyo, hasta el año 986 que fueron trasladadas á Barcelona. El abad de Ripoll, Oliva Capreta, siendo al mismo tiempo obispo de Vich, reclamó la posesión de Santa Cecilia ante Berenguer Borrell, conde de Barcelona, el cual en el año XXVII del rey Roberto, ó sea en 1023, lo declaró sujeto á la Abadía de Ripoll, según dice Villanueva. En 1104 el conde Bernardo Sunyer, su mujer Adelaydis y sus hijos

dieron la iglesia de San Jaime de Marganell, término de Castellvell y Condado de Manresa, al Monasterio de Santa Cecilia.

En 1108 se promovió una cuestión muy ruidosa entre los Abades de San Cucufate del Vallés y el de Santa Cecilia. Se pretendía nada menos que este Monasterio debía estar sujeto á aquél. Estuvieron cuestionando y sosteniendo sus respectivos derechos mucho tiempo, sin llegar á una solución definitiva. Propúsose por fin dejar la resolución de este pleito en manos de sujetos autorizados y de los que más descollaban en aquellos días. En efecto, las personas elegidas fueron los obispos de Vich y Barcelona, D. Arnaldo y D. Ramón respectivamente, y el Prior del Monasterio de San Adrián de Besós, hoy San Olegario, y el lugar para reunirse fué el pueblo de Matadepera. Enterados del objeto de la reunión y discutidas las razones que alegaban las partes litigantes, concluyeron por fallar á favor del Abad de San Cucufate, obligando al de Santa Cecilia á prestarle obediencia. Esta sentencia nos parece muy justa, si recordamos que cuando á instancia del Abad de Ripoll y Obispo de Vich fué restituído el Monasterio de Santa Cecilia al de Santa María de Ripoll por el conde Berenguer I, su hijo el conde Berenguer II lo incorporó al de San Cucufate, cuya incorporación fué después confirmada por Berenguer III en 1097.

Los monjes que solían residir en este Monasterio eran pocos, según se desprende de las noticias que hemos ido recogiendo. Existen en nuestro poder algunos actos capitulares realizados en acto de santa visita, dispuestos todos por la Congregación Claustral Tarraconense. Empiezan en 1450 y terminan en 1537. No consideramos conveniente transcribirlos, porque casi todos se reducen á corregir abusos, á fin de afirmar más y más la santa Regla. En 1476 sólo vivían en este Convento el Padre Abad, un monje y un sacerdote secular. Poco más ó menos siempre fueron en corto número. En 1478 fué regalada á este Monasterio una rica custodia por la reina D.^a María, esposa de D. Alfonso V, rey de Aragón.

Más útil creemos será ocuparnos de los Abades que estuvieron al frente de este Monasterio, por las noticias que hemos podido recoger. ¡Lástima que en ninguno de los actos de visita referidos se hubiese consignado el nombre de los Abades que estaban allí presentes, que el abaciólogo de Santa Cecilia no estaría de mucho tan incompleto!

Antes se conservaban en nuestro Archivo algunas escrituras y un Necrologio manuscrito del siglo XIV, que desapareció en el incendio del año 1811. De estos documentos, que el respetable Villanueva (1) dice haber visto, resulta el siguiente Catálogo:

(1) *Viaje literario por las iglesias de España.*

Cesáreo, primer abad y fundador. Según Argaiz murió en el año 970. Otros dicen que en 981 se hallaba gravemente enfermo. El citado Necrologio refería su muerte en los siguientes términos: *VIII idus Augusti obiit Cesarius qui primo fuit Archiepiscopus Tarraconæ, secundo vero Abbas, qui istam domum edificavit.*

Ferreolo, de 994 á 995.

Fochearo ó **Folcher**, en 999.

Bonifilio, de 1026 á 1031.

Guillermo, de 1040 á 1043.

Pedro, en 1056.

Dalmacio, de 1088 á 1103.

Geraldo, en 1120.

Arnaldo, en 1122.

Mirón, pertenece á este siglo. El Necrologio pone su óbito en 18 de Octubre.

Guillermo, en 1143.

Guillermo, murió en 1200.

Geraldo, en 1219, y murió en 1220.

Arnaldo, de Calders, en 1220.

Raimundo, murió en 1281.

A esta época pertenece la siguiente nota del Necrologio: *VII Kalendas Martii eodem die fuit dirutum Castrum de Castelleto, et Guillermus domus ejusdem interfectus, anno 1277.*

Raimundo, en 1290. El Necrologio lo apellidaba Briz (Briccii).

Bartolomé, de Castelloli, en 1327, y murió en 1343.

El Necrologio decía: *III Kalendas Maii ob. Fr. Bartolomeus de Castroulino, qui fuit Monachus S. Benedicti de Bages et Abbas istius Monasterii: fecit multa bona: anno 1345.*

Bernardo, de Castelloli, electo en 1347, cuya elección confirmó Hugo, obispo de Vich.

Andrés, en 1381.

Pedro Andrés, murió en 1399. El Necrologio decía: *XIV Kalendas Octobris ob. hora vesperarum Rev. D. Fr. Petrus Andreus Abbas istius Monasterii qui huic Monasterio multa bona fecit, anno a Nativitate Domini 1399.*

Berenguer March, electo en 1399.

Villanueva cree que aquí dió fin á la serie de estos Abades, porque, dice, que en 1410 fué incorporado este Monasterio al de Montserrat, y no es así. En este mismo año vino á este Santuario el Papa Benedicto XIII, dicho de Luna; elevó á la dignidad Abacial este Priorato, é hizo la incorporación del Monasterio de Santa Cecilia al de

Montserrat; pero esta disposición no tuvo efecto hasta el año 1539 por Bula del Papa Paulo II, habiendo sido su último abad comandatario Fr. Miguel de Cordellas. También es innegable que en 1471 era abad Fr. Lorenzo Marull.

Cuando el cardenal Julián de la Rovere, después Papa con el nombre de Julio II, fué abad comandatario de Montserrat, nombró por vicario general al abad de Santa Cecilia, D. Lorenzo Marull, que fué el que ejecutó el claustro gótico en nombre del Cardenal y Abad. Su administración duró trece años, desde 1471 á 1494.

El Abad de Santa Cecilia tenía á su disposición cárcel, grillos, cadenas y cepo para los delincuentes, con privilegio de poner baile en la parroquia y su término, y tomar pleito homenaje á sus vasallos, percibiendo de ellos diezmos, censos, tercios, luismos, alcabalas y otras prestaciones feudales y dominicales, provenientes tal vez del antiguo castillo del *Marro*, que estaba á un tiro de fusil del mismo Monasterio.

III.

Pocos Monasterios pueden presentarse que en el transcurso del tiempo no hayan degenerado, habiéndose hecho del todo necesaria su reformatión. El de Santa Cecilia ha sido una excepción, y excepción muy satisfactoria y honrosa. Con seis siglos que tuvo de existencia, no se sabe que la disciplina monástica se hubiese relajado en él, ni consta un solo hecho que pueda desfigurar su limpia historia. Esos dichosos monjes supieron conservarse perfectos religiosos, siempre sujetos y esclavos de la Regla de nuestro glorioso Padre San Benito. Llegó, sí, la hora de extinguirse su verdadera autonomía, mas no á impulsos de faltas é inobservancias, sino por la fuerza de la obediencia. Cuando el Papa Benedicto XIII visitó á Montserrat, creyó conveniente unir los dos Monasterios, por estar ambos en la misma Montaña, y á poca distancia el uno del otro. He aquí la única causa porque dejó de existir el Monasterio de Santa Cecilia.

Con esta incorporación adquirió Montserrat todos los derechos del Convento agregado, como son: las iglesias de Marganell, Matadás, Ambigans, Santa María del Camí y el Priorato de Paganell, junto con los censos de Manresa, Salellas, Tarrasa, Piera, Pierola, Vallformosa, Olérdola, Santa María de Camps, Castelltallat, Campins, Folgás, Palautordera y Riells.

Al fundirse en uno los dos Monasterios, quedó extinguida de de-

recho la Comunidad de Santa Cecilia, mas no de hecho; pues fué permitido á los monjes continuar en dicho Monasterio hasta la muerte de su último Abad, después de la cual sólo quedó el personal necesario para la dirección de la parroquia. Era privativo del Abad de Montserrat el nombramiento de párroco de Santa Cecilia, que fué costumbre confiarlo á uno de los monjes que la administraban sólo *ad nutum*, no en propiedad. Así continuó el servicio parroquial hasta el año 1718, en que en virtud de un nuevo plan parroquial cesaron los párrocos actuales y fueron substituídos por vicarios perpetuos. Desde esta fecha continuó nombrando el párroco el propio Abad, que debía ser un sacerdote secular y no monje. El culto parroquial dejó de existir en Santa Cecilia y fué trasladado á la sufragánea de San Esteban de Marganell. Fué parroquia Santa Cecilia por espacio de unos doscientos treinta y nueve años.

La actual iglesia debe remontarse á la época de la primera construcción, pues ofrece una idea aproximada de lo que pudo ser; tosca, ruda y sencillísima, con bóveda de cañón y arcadas de plena cimbra. Es una de aquellas construcciones del género bizantino que recuerdan las primeras basílicas cristianas. Merece notarse una pila bautismal encajada en el muro, y junto á la antigua entrada del ábside unas filas de nichos.

El abad D. Benito de Tocco la modificó en 1558. Cuando las tropas francesas incendiaron el Monasterio, pegaron fuego también á esta iglesia y casa rectoral en dos veces distintas; la primera á 11 de Octubre de 1811, y la última á 31 de Julio de 1812, quedando después en tal abandono, que el Obispo de Vich, al pasar la santa Visita en el mes de Noviembre de 1856, prohibió se celebrase en ella hasta que se pusiese en estado más decente.

En vista de este decreto, y careciendo el párroco de Marganell de recursos para practicar las obras necesarias, el digno abad Muntadas acudió á la piedad de algunas buenas personas, y tuvo el consuelo de emprender su restauración bajo la dirección del arquitecto D. Francisco Villar. Quitóse el cementerio parroquial, que obstruía la puerta de entrada, y se tapió la que en mal hora se había abierto en el ábside del templo; se agregaron las dos naves laterales, que por medio de tabiques estaban separadas de la principal, y destinadas á usos profanos. Se reconstruyeron el coro, púlpito y sacristía. Se renovó el pavimento, se puso una verja á la entrada, para que el público pudiese visitar el templo estando ausente el custodio. En cada una de las tres ábsides colocóse un altar, y al dejar la restauración completada, fué fijado el día para su inauguración, que fué á 22 Noviembre

de 1862, festividad de la Santa titular. El abad D. Miguel Muntadas bendijo solemnemente esta iglesia, y celebró de pontifical con asistencia del párroco de Marganell, monjes y la Escolanía, que cantó el Oficio con toda solemnidad. No faltó gran concurrencia de fieles para dar testimonio de lo bien que había recibido el público esta notable mejora.

CAPÍTULO OCTAVO

Únese el Priorato de San Pablo del Campo de Barcelona con Montserrat.—Permuta de este Priorato con la Abadía de San Benito de Bages.—Incorporación de San Ginés de Fontanes con este Monasterio.

I

En 1574, durante el abaciato de D. Felipe de Santiago, tuvo lugar la unión del Monasterio de San Pablo de Barcelona, llamado del Campo, con este de Montserrat. La causa de su incorporación no la hemos apuntado todavía. Nosotros creemos, que esto pudo tal vez obedecer al favorable vuelo que iban tomando las cosas á favor de este Monasterio desde la llegada de los Benedictinos de Valladolid. Montserrat con su rígida observancia empezaba á imponerse á los demás Conventos. No sabríamos hallar otro motivo más plausible para juzgar del proceder de la respetable Congregación Claustral Tarraconense, que tan generosa hubo de mostrarse con nuestro Monasterio, entregándole un Priorato que fué siempre tenido en tanta consideración y estima.

Créese que uno de los condes de Barcelona, Wifredo III, hijo de Wifredo el Velloso, segundo de este nombre, dió principio al Monasterio de San Pablo, dicho del Campo, porque cuando se edificó estaba fuera de la ciudad; y que San Paulino, obispo de Nola, discípulo de San Agustín, lo perfeccionó y dedicó al apóstol San Pablo, ó que los discípulos y sucesores de San Paulino, levantado aquel sagrado eremitorio, lo hicieron Monasterio, dedicando la iglesia á su maestro, que por llamarse Paulino, le quedó el nombre de iglesia de San Pa-

blo. Esta por lo menos es la opinión del autor de la *Perla de Cataluña* (1).

Este célebre Monasterio corrió diversas suertes en tiempo de los romanos y godos, siendo destruído y asolado varias veces por los moros. Sobre el año 1117, como estuviese de nuevo echado por el suelo, fuera de los muros, y en medio de la campiña, un caballero llamado Gilberto, y su mujer Rolanda, volviéronle á levantar declarándole sus patronos. Pusiéronle con sujeción inmediata á la Silla Apostólica, mas los sucesores, que en el poder eran desiguales y no podían conservarlo con la grandeza que ellos querían, lo entregaron á la Provincia Tarraconense, compuesta de diferentes Abadías exentas, por mandato del Papa Benedicto XII. Así debió continuar este Priorato hasta darlo en posesión á nuestros monjes.

El principal y primer destino que dieron á esta Casa nuestros Abades, fué trasladar á ella el colegio y noviciado, en donde se enseñaron las ciencias y las artes. Allí fueron destinados los hombres más eminentes en las letras, que no faltaban en aquellos florecientes días, para formar el espíritu de la juventud. La experiencia, empero, demostró luego que no son las ciudades los lugares más á propósito para hacer hombres sabios y virtuosos. Sabido es, que entre el bullicio del mundo no suele residir ni encontrarse el espíritu del Señor. De modo, que así como Montserrat no era punto á propósito para colegio y noviciado, á pesar de hallarse tan distante y retirado del mundo, la experiencia demostró que mucho menos lo era la ciudad de Barcelona, por más que San Pablo fuese en extremo tan apartado.

Esto fué causa de que se fijasen las miradas en otros puntos para dejar el Priorato y trasladar el personal fuera de la ciudad. Dios quiso escuchar tantas plegarias y que se saliese de la dificultad fácil y honrosamente.

II

Había dispuesto el Señor que el abad D. Plácido de Salinas fuese el ejecutor de este gran pensamiento. En 1590 fué nombrado abad, y una de sus primeras disposiciones fué, que en un Santuario en donde vienen á desahogarse tan cargadas conciencias, no faltaran monjes doctos y discretos para curarlas y guiarlas; esto es, quiso reintegrar aquel célebre Seminario que el P. Fr. Pedro de Burgos había levan-

(1) Argaiz, cap. LVIII, pág. 202.

tado en su tiempo, para que en él estudiasen los monjes de más talento. Mas no le pareció conveniente que estuviesen en el propio claustro de Montserrat, porque solían apegarse demasiado á sus paredes los colegiales que habían vivido mucho tiempo en ellas; de ahí procuró que el Seminario estuviese separado de esta Montaña.

Puso primero sus ojos en San Pablo de Barcelona, y no le gustó, porque lo delicioso y regalado de la ciudad es siempre ocasionado y expuesto á tentaciones y lazos para la juventud. Lo que más le satisfizo fué el Monasterio de San Benito de Bages, Abadía rica y solitaria, situada á unas dos horas de la ciudad de Manresa, que tenía cuanto era menester para el aprovechamiento en la ciencia y en la virtud. Mediaba, no obstante, una dificultad, y no de escasa importancia; y era que esta Abadía pertenecía á la Corona, y era por tanto de patrimonio real.

En vista de estas dificultades, y persuadido de que el Seminario de Montserrat no sería lo que debía ser sin este requisito, no descansó hasta que hubo representado sus deseos al rey Felipe II. Enterado éste del recurso del Abad de Montserrat, fué de su agrado el plan propuesto, y dió las órdenes convenientes para que lo antes posible se efectuase la deseada permuta; esto es, que el Priorato de San Pablo de Barcelona quedase para el Rey, y la Abadía de San Benito de Bages pasase á Montserrat para establecer en ella un colegio, en donde los Lectores de mayor fama enseñasen Lógica, Filosofía y Teología. No se contentó el Rey con esto, sino que dió orden para que á su cuenta se pagasen cinco mil ducados en Roma por las Bulas de la unión, como se pagaron. De lo que resulta, que en virtud de la Bula del Papa Clemente VIII, dada en el año 1594, y decreto del rey Felipe II, fué unida á Montserrat la Abadía de Bages, habiendo quedado en consecuencia filial suya, y otra de las tres que de tiempo inmemorial tuvo en Cataluña.

No pasó mucho tiempo en palparse los resultados de esta feliz permuta. Pronto el nuevo Seminario fué un plantel de hombres sabios y varones ilustres. Pronto salió de este lugar solitario una pléyade de talentos de primer orden, que pusieron el nombre de Montserrat en el lugar más elevado y distinguido. De ahí salieron aquellos oradores famosos, que, honrando el púlpito, fueron á la par el honor de la Casa; de ahí aquellos tan reputados confesores, que eran la admiración de nacionales y extranjeros; aquí se formaron aquellos varones tan esclarecidos, que se abrieron paso entre los más doctos de aquella época; aquí crecieron y se desarrollaron aquellos admirables escritores que dieron á luz sus obras llenas de erudición y doctrina.

Bendita, pues, una y mil veces la hora en que se dignó el Señor inspirar una permuta, de la cual habían de resultar frutos tan abundantes y ópimos.

III

Además de la Abadía de San Benito de Bages, tuvo también este Monasterio otra Abadía, llamada *Sant Genís de Fontanes ó de las Fonts*, sita en el Condado del Rosellón y obispado de Elna. He aquí el motivo porque algunos de nuestros Abades tuvieron tres mitras en sus respectivos escudos. La Abadía de San Ginés estaba situada en un llano muy hermoso, llamado *Vallespi*, á una legua de la ciudad de Elna, dos y media de Perpiñán, y dos de la villa de Colliure.

El modo como vino á poseerse esta Abadía fué al parecer el siguiente. A 9 de Marzo de 1504 fué nombrado reformador, visitador y administrador de dicha Abadía el abad García de Cisneros por don Bernardino de Carvajal, cardenal presbítero y abad comandatario de San Ginés. No se contentó con esto el Cardenal, sino que habiendo hecho renuncia de dicha Abadía en 1507, en manos del Pontífice Julio II, que también lo fué de este Monasterio y había renunciado, quiso unirla y anejarla á Montserrat, sujetándola en cuanto al gobierno, visitación, corrección y provisión de Abad. El primero que fué elegido después de esta disposición fué Fr. Pedro Camps, que en 1507 de monje de Montserrat pasó á ser abad de San Ginés de Fontanes.

En 1641, en que por razón de la guerra no podían ser enviados los jóvenes de provecho á los colegios de Castilla, fueron distribuídos entre las Abadías de Bages y San Ginés. En ésta fué abierto colegio de Artes, Lógica y Filosofía, poniéndose al frente Fr. Jaime Vidal, sujeto muy á propósito y de mucho ingenio, dejando la Procura de Barcelona para desempeñar este cargo; y en San Benito de Bages se puso la Teología, nombrándose por Maestro y Lector el P. Fr. Gaspar de Tapias, ingenio muy bien cultivado en otras ciencias y artes. Fué esta acción muy acertada; pues salieron de ambos colegios, y con tales Maestros, muy buenos y aprovechados discípulos. Todo esto fué debido á la prudencia y talento del P. Francisco Batlle, abad de este Monasterio.

No podemos pasar por alto un hecho muy lamentable ocurrido en la Abadía de San Ginés. En 1667 el abad Fr. Mauro de la Rea fué muerto de muerte desgraciada, por sospechas que de él tuvo el rey de Francia Luis XIV. El Abad era castellano, según la costumbre obser-

vada en Montserrat de dar la Abadía de San Ginés á monjes castellanos, como la de Bages á catalanes. El Rey de Francia, que tenía el Condado del Rosellón, vino en sospechas de que el Abad de San Ginés tenía correspondencia con el Rey de España; y recelándose de alguna sublevación, le mandó matar, y á otro monje, sobrino del Abad, le tuvo preso algún tiempo en el castillo de Perpiñán, aunque después le soltaron.

Temiendo después el Abad de Montserrat que el Rey de Francia quitara la Abadía de San Ginés, no nombró de allí en adelante Abades castellanos; sino que puso catalanes con sólo el título de Presidentes, para que los castellanos no perdiesen su derecho.

CAPÍTULO NONO

Guerra en defensa de los fueros de Cataluña.—Manda la Diputación que las alhajas de este Monasterio sean llevadas á Barcelona.—Son desterrados fuera de Cataluña todos los monjes castellanos.

I

Era el año 1640, en que comenzaron las guerras de Cataluña contra Castilla sobre la conservación é inviolabilidad de los fueros; y como Barcelona en aquellos días era donde residía lo grave de los consejos, y la que marcaba el rumbo que debían seguir los demás pueblos del Principado, por el sesgo que llevaban las cosas, pues lejos de aquietarse los ánimos, íbase avivando y encendiendo cada día más la tea de la discordia, temieron con razón y recelaron los monjes de Montserrat los males que les podían sobrevenir, y que en un instante podía desaparecer y perderse para siempre lo que en muchos siglos se había adquirido.

A fin de sosegar los ánimos y tumultos de los pueblos, envió el Rey desde el principio algunos tercios de infantería y caballería con el capitán D. Juan de Arce y el italiano D. Leonardo Moles; y como algunos soldados, deshonrando la milicia, cometieron varios excesos con los pueblos y casas donde se alojaban, quemando una iglesia, y robando la plata y demás ornamentos, los catalanes no pudiendo ya

sufrir con paciencia tales desafueros y profanaciones, se lanzaron á la lucha con denuedo y energía. Levantóse en armas Cataluña entera; no se oía otra cosa que trompetas y todo género de instrumentos militares. Acudió al Rey de Francia, poniéndose bajo su protección. Este admitió gustoso la oferta, enviando tropas desde aquel mismo momento. Entró por Gobernador de Barcelona y Virrey de Cataluña el Duque de Mercurio, luego el Marqués de San Magrín y el obispo de Coserans, D. Pedro de Marcá, que murió arzobispo de París, á donde fué enviado de embajador, y agente de los negocios de este Principado el Dr. D. Magín Sivillá, abad electo de Bañolas.

Diéronse cita todos los Prelados y Abades en Barcelona para concurrir á la defensa de los fueros, bajo pena de privación de todas las Baronías y jurisdicciones que poseían; y como este Monasterio gozaba de algunas, hubo de acudir el Abad, que lo era Fr. Juan Manuel de Espinosa. Por las palabras que dijo se vino en conocimiento que no sólo era castellano, sino bastante afecto á la persona del Rey. Como no era un secreto que la mayor parte de los Monjes de Montserrat eran castellanos, empezaron á tenerlos por sospechosos. Añádase á esto cierta imprudencia cometida por uno de ellos, que se tomó la libertad de reprender é increpar á otro, que era de nación francés, porque en el *Et famulos* de la Misa mayor nombró al Rey de Francia. El castellano le reprendió mandándole que nombrase al rey Felipe de España. Esto se supo luego en Barcelona, juntamente con algunas otras muestras de afecto al Rey dadas por el mismo Abad y otros monjes castellanos; lo que fué causa de que los Concelleres y Consejo de Ciento les mandasen salir del Convento y de Cataluña, persuadidos de que en Montserrat tenían tantos espías cuantos monjes castellanos había. Fué este un golpe que le llegó al corazón al Abad, pues comprendió que no le quedaba otro recurso que complimentar esta disposición tal como se hallaban los ánimos en aquellas críticas circunstancias. Lo mismo sintieron los monjes á quienes tocaba de cerca la triste ley del destierro. Sensible y muy sensible debía serles tener que abandonar no sólo Cataluña, sino lo que más estimaban en el mundo: la Virgen de Montserrat.

Podría muy bien ser que la pasión, hija de las circunstancias, exagerase algún tanto los cargos acumulados contra los monjes; nosotros, empero, no podemos dejar de reconocer, que en el fondo habría algo de verdad, y por tanto, motivo de queja. A principios de esta lucha fratricida, los Concelleres de Barcelona estaban en todo y por todo al lado del Abad de este Monasterio, llegando hasta el caso de facilitarle personas y armas para su defensa, como podrá verse en el

Apéndice n.º 5, con los documentos que nos han sido facilitados por nuestro estimado amigo, D. Luís Gaspar, archivero de la Casa de la Ciudad de Barcelona.

II

Un rasgo debe citarse de la Diputación de Cataluña, que prueba el singular afecto y fina atención que le merecía este Santuario. Ardió con furor la lucha entre castellanos y catalanes; Montserrat se hallaba sin fuerzas ni guarnición: fácil era, por tanto, que en medio del encarnizamiento de la guerra sufrieran algún detrimento las joyas y demás riquezas que habían ofrecido á la Virgen tantos reyes y príncipes devotos. Mandó, pues, la Diputación un mensaje al Abad por personas de autoridad, cuya cabeza era D. Fr. Gispert Amat, abad de San Pedro de Galligans, en Gerona, para que con cuenta y razón fuese llevada á Barcelona toda la plata. Hablaron de esto primero al Abad, el cual se resistió cuanto pudo, porque sospechaba ó temía sirviese para los gastos de la guerra. Los enviados se hicieron cargo de sus razones, y las encontraron justas, y aplaudieron su celo; mas contestaron que, sin embargo, era fuerza obedecer la orden dada, y llevarlo todo á Barcelona para satisfacer á la Diputación.

En vista de una resolución tan formal, no le quedó al pobre Abad otro recurso que llamar á la Comunidad y manifestar lo que acababa de serle ordenado. Entonces apeló á un acto verdaderamente heroico y digno de un Prelado, fiel guardador de sus derechos y cumplidor de sus promesas. Mandó al sacristán que pusiese en el altar mayor todas las joyas y piezas de oro y plata que había en la sacristía; y los diamantes, perlas y cadenas de oro se zurciesen en el manto de Nuestra Señora, y que al instante se pusiese descubierto el Santísimo Sacramento. Así las cosas, llamó el Abad á los enviados, protestó de nuevo de lo que se le exigía, y les requirió cuanto le dictó su celo en aquel supremo momento. Los enviados por toda contestación repitieron lo mismo que habían dicho antes. Entonces el Abad mandó al sacristán que lo entregase todo bajo inventario y peso ante notario público. Era sacristán en aquella ocasión Fr. Jaime de Zaragoza, monje de mucho valor, quien respondió con la debida cortesía, que en aquel mandato no le podía obedecer, que su reverendísima Paternidad le tuviese por excusado y le mandase otra cosa. Todo, empero, fué inútil. A pesar de todas estas protestas y de los medios á que se había apelado para rehuir esa superior disposición, las joyas de este Santuario fueron trasladadas á Barcelona, sin que conste el uso á que fueron destinadas, ni si fueron devueltas al cesar la guerra y pacificarse el país.

III

Después que los enviados de la Diputación hubieron cumplido la primera parte de su misión, pasaron á desempeñar la segunda, no menos dolorosa que la primera, y fué, la de ejecutar la orden del destierro de los monjes castellanos. En efecto, así lo hizo el Abad de San Pedro de Galligans en nombre de la Diputación. A esta nueva notificación, respondió el Abad de esta Casa que sus Religiosos, por servir á Dios y á la Virgen, habían renunciado su patria, padres y parientes; tomando por padres y patria el Monasterio de Montserrat, en donde habían profesado, connaturalizándose con aquellas peñas, ni se les había podido conocer cosa alguna que ellos hubiesen obrado contra la Diputación, ni mucho menos contra el bienestar y sosiego de la república; y que por lo mismo, siendo como eran Religiosos, y de fuero diferente, no se les podía mandar salir del Convento, á no ser por sus legítimos Prelados, y que así requerían á la Diputación en la persona del señor Abad de Galligans que se hallaba presente, y por quien y en cuyo nombre se les imponía y notificaba aquel acto, que esperaban se dignaría reformarlo; y de lo contrario, protestaban, por sí y por su Convento, quejarse del agravio ante quien debiese.

A esto respondió el Abad de Galligans, que todo lo oía y lo admitía; sin embargo, que se obedeciese á la Diputación. Viendo y oyendo esta respuesta, el Padre Abad llamó á la Comunidad, puso de manifiesto las órdenes tan terminantes que se le acababan de comunicar, y que era preciso disponerse para la jornada; de lo cual tuvo apenas noticia la Diputación, envió las caballerías necesarias para los que estaban sanos, carros para los viejos enfermos, y gente de caballo para acompañarlos.

Dispuesto todo para la partida, fué nombrado presidente el Padre Fr. Juan Marqués, el cual gobernó la Comunidad que quedaba en Montserrat en nombre del Padre Abad que salía para el destierro; y á 24 de Febrero de 1641, día del apóstol San Matías, se pusieron en marcha cincuenta y cinco entre monjes, ermitaños y frailes legos, con tres niños escolanes que les siguieron. Iba con ellos el abad de Galligans D. Gispert Amat, para que con su autoridad fuesen respetados y tratados con la reverencia y cortesía que se merecían. De este modo continuaron el camino hasta Fraga, término de Cataluña, habiendo corrido los gastos á cargo de la Diputación.

Luego que llegaron á la raya de Aragón, salió la milicia de Fraga

á recibir á los desterrados; éstos fueron entregados á los capitanes, que les recibieron con toda la atención y respeto. Los representantes de la Diputación regresaron á Barcelona, mientras los demás penetraron en el reino de Aragón hasta llegar á Zaragoza, en donde la nobleza se esmeró en servir y agasajar á los pobres y afligidos monjes. Fueron después y prosiguieron su viaje hasta Brañegal, á donde les tenía el Rey preparada una hermosa quinta para descansar. Luego continuaron hasta Alcalá, y al entrar en Madrid fueron recibidos por el Convento de San Martín en procesión. Los monjes de San Martín iban con cogullas, y los de Montserrat con serreruelos, para que fuesen mejor conocidos del público. Fueron á besar las manos del Rey y de la reina Isabel de Borbón, que con todas sus damas les esperaba. Pasaron también al cuarto del Duque de Olivares, donde fueron recibidos y consolados por el Duque y la Duquesa. El abad D. Juan Manuel de Espinosa suplicó y alcanzó de S. M. que todas las rentas de Méjico, Castilla, Aragón y demás que eran de la pertenencia de Montserrat, pasasen á esa Comunidad para su manutención. Este es el verdadero origen del Convento de Nuestra Señora de Montserrat en Madrid.

CAPÍTULO DÉCIMO

Personal numeroso que se necesitaba antes en Montserrat.—Estado comparativo de lo que hoy se gasta con lo que se gastaba antes.—Variaciones que ha sufrido este Monasterio.

I.

Bueno será recoger algunas noticias que con harta dificultad se encuentran ya hoy día, que cuando menos son fiel testimonio de lo que ha sido en todos tiempos nuestro célebre Santuario y Monasterio, tan conocido y estimado en todas las naciones donde han llegado las armas de Cataluña y Castilla, ofreciendo esta relación á los lectores que no han visto ni pisado esta tierra santa ni venerado nuestra preciosa Perla.

En 1676 componíase esta Comunidad de ciento setenta y cinco

monjes. De éstos, sesenta y seis, poco más ó menos, residían en Montserrat para el coro y demás oficios. Los demás vivían en las Abadías y Prioratos de las haciendas y colectación de limosnas. Tenía también veintidós Hermanos legos, dieciocho ermitaños y veinticuatro escolanes. Los monjes que estaban fuera del Convento vivían dos en Nápoles, uno en Palermo, uno en Cerdeña, uno en Mallorca, tres en Lima y en el reino del Perú, dos en Méjico, uno en Madrid, uno en Zaragoza, uno en Huesca, uno en Puente de las Navarras, uno en Girona, tres en Barcelona, uno en Valencia, uno en Valls, uno en Alcaniz, uno en Vich, uno en Tortosa, uno en París, uno en Perpiñán, doce en la Abadía de Bages, diez en la de San Ginés, dos en Artés, dos en los Arquells, uno en el Condal, dos en Riudevitlles, uno en San Sebastián dels Gorchs, dos en Olesa, tres en Monistrol, tres en Castellfullit y uno en la Viña nueva. En Santa Cecilia no había monje, sino clérigo.

Fuera del Convento, pero en sus mismas dependencias, estaban la barbería, herrería, carpintería, una casa para labrar la cera, otra para guardar la ropa á los peregrinos, otra donde se recibían los recaudos para las caballerías; había también médico, farmacéuticos, barberos, herreros, carpinteros, cereros, panaderos, trageros, mozos de espuela y otra multitud de gente de servicio y labranza, que formaban un total de cuatrocientas personas.

Tenía sin esto el Monasterio más de doscientas caballerías, ciento ochenta de las cuales se ocupaban en traer provisiones y demás cosas necesarias para el sustento de la casa y peregrinos. Era cosa admirable, por no decir milagrosa, que en medio de tantos despeñaderos y lugares peligrosos de la Montaña no se conocían desgracias, á pesar de que tres horas antes de amanecer salían ya del Convento, y no volvían hasta mucho después de haber anochecido.

Para sostener y alimentar un personal tan numeroso, sólo se contaba con la renta anual de nueve mil libras catalanas, equivalentes á unos cinco mil duros escasos; y para que se vea más el milagro continuo de Dios, téngase en consideración que en aquel tiempo se daba hospitalidad y sustento gratis á toda clase de personas, que por término medio no bajaban de mil doscientas diarias.

Hoy ha cambiado radicalmente todo, porque han variado también los tiempos y circunstancias. Hoy no vienen por miles los romeros, sino á razón de trescientas personas por día contadas por término medio. Tampoco hay necesidad de caballerías y mozos, porque no faltan buenas carreteras y ferrocarriles. No tenemos Prioratos ni haciendas como antes; en cambio se proporciona habitación gratis y

se recibe la limosna que cada peregrino da voluntariamente. No tenemos tan gran número de monjes como entonces para dar culto continuo á Dios y á la Virgen; pero hay en substitución estudiantes que cooperan y dan mucho realce á nuestro coro y demás funciones. No existen los antiguos Prioratos que absorbían mucho personal; tenemos, empero, cuatro Casas en nuestra Provincia de España y misioneros en Filipinas, cuyo personal ha de salir de este solo Monasterio. La Providencia Divina es tan rica y abundante, que cuando cierra una puerta, como generalmente suele decirse, abre otra mejor, de suerte que á cada necesidad acude siempre con oportuno remedio. ¡Loado sea Dios por todo!

II

Había antes un libro en el Convento en que constaba el gasto de cada año con toda especificación. Naturalmente no se explica como con tan pocas entradas podía hacerse frente á tantas salidas. El que no crea en milagros, venga y explique como con tan pocos medios podían ser subvenidas tantas necesidades.

El consumo de trigo llegaba un año por otro á *doce mil quinientas setenta y ocho* cuarteras de á doce celemines cada una. El del vino era de *cuatro mil* cargas de ocho cántaros cada una, con *ciento cincuenta* de vino blanco, *trescientas* de clarete, y tinto las demás para la bodega de los peregrinos y pobres. El de aceite era de *ciento treinta y siete* cargas, y algunos años llegaba hasta *ciento cincuenta*. De cebada se consumían *diez mil* cuarteras, que son *once mil* fanegas de Castilla. Para el acarreo de la paja, estaban señaladas ocho acémilas diarias. Gastaba el carnicero que proveía la Casa, para los huéspedes y demás, *dos mil* carneros al año, y de carne de cabra *diez mil doscientas trece* libras. No quisiera convertir este párrafo en libro de cuentas; mas todo ello es prueba de que esta Casa ha corrido siempre por cuenta de la Providencia Divina.

Gastábanse al año *dos mil* gallinas, *cuatrocientos* pollos, *treinta y dos* tocinos, y algunas terneras para gente principal, *catorce mil seiscientas* docenas de huevos. De pescado fresco tantas cargas, que sumaban al año *ochocientas* libras de á diez reales. De bacalao *ciento cincuenta* quintales; de atún *ciento cincuenta* barriles, y muchos millares de sardina fresca y salada. De queso de Mallorca *seiscientas cincuenta* piezas, que era la limosna que allí se daba para esta Casa. *Doce* cargas de arroz del Ampurdán, *ocho* arrobas de almendras, y

seis cargas de avellanas, *Treinta* cuarteras de legumbres, *treinta* arrobas de azúcar, *ciento veinte* cántaros de miel, *ocho* cargas de conserva de miel y *tres* de conserva de azúcar, *veinticuatro* quintales de cera blanca y *cincuenta y cuatro* en sebo.

Para todas estas partidas, y otras que no es necesario poner aquí, contaba el Convento la relativamente mezquina renta que antes hemos dicho. Pues bien, ¿cómo se había de sustentar esta grandeza con sólo nueve mil ducados? ¿Cómo tantos monjes, frailes, legos, ermitaños y escolanes y criados? ¿Cómo tantos oficiales, huéspedes y pobres? Este es el milagro. Esto era nuestra Abadía en 1676, siendo abad el P. José Ferrán.

Y ahora ¿qué diremos de nuestros días? ¿Cómo podrá equipararse el gasto de hoy con el de ayer, cuando la concurrencia ha disminuído tan notablemente, y las necesidades de entonces no tienen comparación con las de hoy? Sólo porque creemos que nuestros lectores verán con igual gusto las cuentas de nuestros días, como habrán visto sin duda las cuentas de dos siglos atrás, vamos á continuar los principales actuales gastos de este Santuario, según los datos que arroja el libro de cuentas existente.

Gástanse hoy día por término medio en nuestro Monasterio y hospedería *trescientas* cargas de vino ordinario todos los años, y *quince* de vino rancio. *Sesenta* cargas de aceite, *trescientas* sacas de harina de *diez* arrobas cada una, *cien* quintales de bacalao, *cuatrocientos* carneros, *seis* tocinos, *trescientas* gallinas, *cuarenta* quintales de cera, *cinco mil* huevos, *cuarenta y cinco* sacos de arroz de nueve arrobas, *ciento cincuenta* cuarteras de legumbres, *ciento cincuenta* quintales de azúcar, *sesenta* de cacao, *cien* de sal, *novecientos* de jabón, *doce* cargas de aguardiente, *trescientas* cargas de carbón de leña, *ochocientas* de carbón de piedra, *ciento cincuenta* de cebada, *ciento cincuenta* de maíz, *doscientos* quintales de paja, *mil doscientos* kilos de tabaco, y *doce mil* sellos.

Estas noticias no satisfacen sólo la curiosidad, sino que constituyen un dato interesantísimo para probar la importancia y grandeza de este Santuario. Son además una prueba irrecusable, de que la devoción á Nuestra Señora no es de mucho hoy lo que ha sido en otros tiempos. En estos datos van incluídos sólo los artículos que son considerados como de primera necesidad, y cualquiera podrá notar la notabilísima diferencia que existe entre la cuenta actual y la anterior.

III

Muchas y de consideración son las variaciones que ha experimentado este Monasterio desde su fundación. Todos los que han escrito sobre Montserrat convienen, en que los primeros habitantes de esta Montaña fueron monjas Benedictinas procedentes de San Pedro de las Puellas de Barcelona, que perseveraron hasta el año 976, en que el conde Borrell, con autoridad apostólica, las trasladó al propio Convento; y que el mismo Conde puso en su lugar monjes Benedictinos procedentes de Ripoll, sito en este Principado, y sujetos á su Abad.

Duró esta sujeción y dependencia hasta el año 1410, en que el Papa Benedicto XIII erigió en Abadía lo que siempre había sido simple Priorato, concediendo al Abad el uso de mitra, báculo y demás correspondientes insignias, desmembrando de Ripoll á este Monasterio, y eximiéndole de toda jurisdicción, sujetándole tan sólo á la Silla Apostólica. Todo lo que confirmaron y aprobaron los Papas Martín V y Eugenio IV. En este tiempo vivían en este Casa doce monjes, doce ermitaños, doce capellanes y doce legos, condición precisa impuesta por el Papa que concedió el título Abacial.

A 19 de Abril de 1492 el Papa Alejandro VI publicó una Bula incorporando este Monasterio al de San Benito de Valladolid, separándole de la Congregación Claustral Tarraconense, y en 1493, á instancia de los reyes católicos D. Fernando é Isabel, se verificó la incorporación con autoridad y Bula Apostólica, siendo el primer abad el venerable Fr. García de Cisneros, natural del reino de Toledo, de la ilustre sangre de los Cisneros, sobrino del Arzobispo de Toledo del mismo nombre, Cardenal y Ministro del Rey.

Fué esta unión un favor especial del cielo, pues luego empezó á crecer y desarrollarse de un modo prodigioso la devoción á Nuestra Señora. Los sucesores de los Reyes Católicos y los Sumos Pontífices fueron grandes favorecedores de este Santuario, y á beneficio de tan poderoso influjo, llegó á ser conocido, celebrado y venerado de toda la cristiandad. Mas, como es propio del espíritu del mal meter cizaña por todas partes, no podía librarse de tal calamidad este mismo Monasterio.

El abad Muntadas encarga en su historia que se procure no poner de manifesto ciertos males del siglo XVI, prefiriendo que se eche ceniza sobre aquel fuego, á fin de que quede oculto. Dios nos libre de

haber tocado esta cuestión, si otros antes que nosotros no hubiesen levantado el velo que encubría la asquerosidad de la llaga. Puesta la cuestión en manos del público, nos creemos en el deber de ocuparnos de ella, no fuese caso que cierta parte de él, que suele echar siempre las cosas de la Iglesia á mala parte, se llegase á persuadir de que en eso nos duelen prendas. Diremos, pues, toda la verdad, considerando que lo único que puede deducirse es lo que todo el mundo sabe, ó sea, que en todas partes hay miserias.

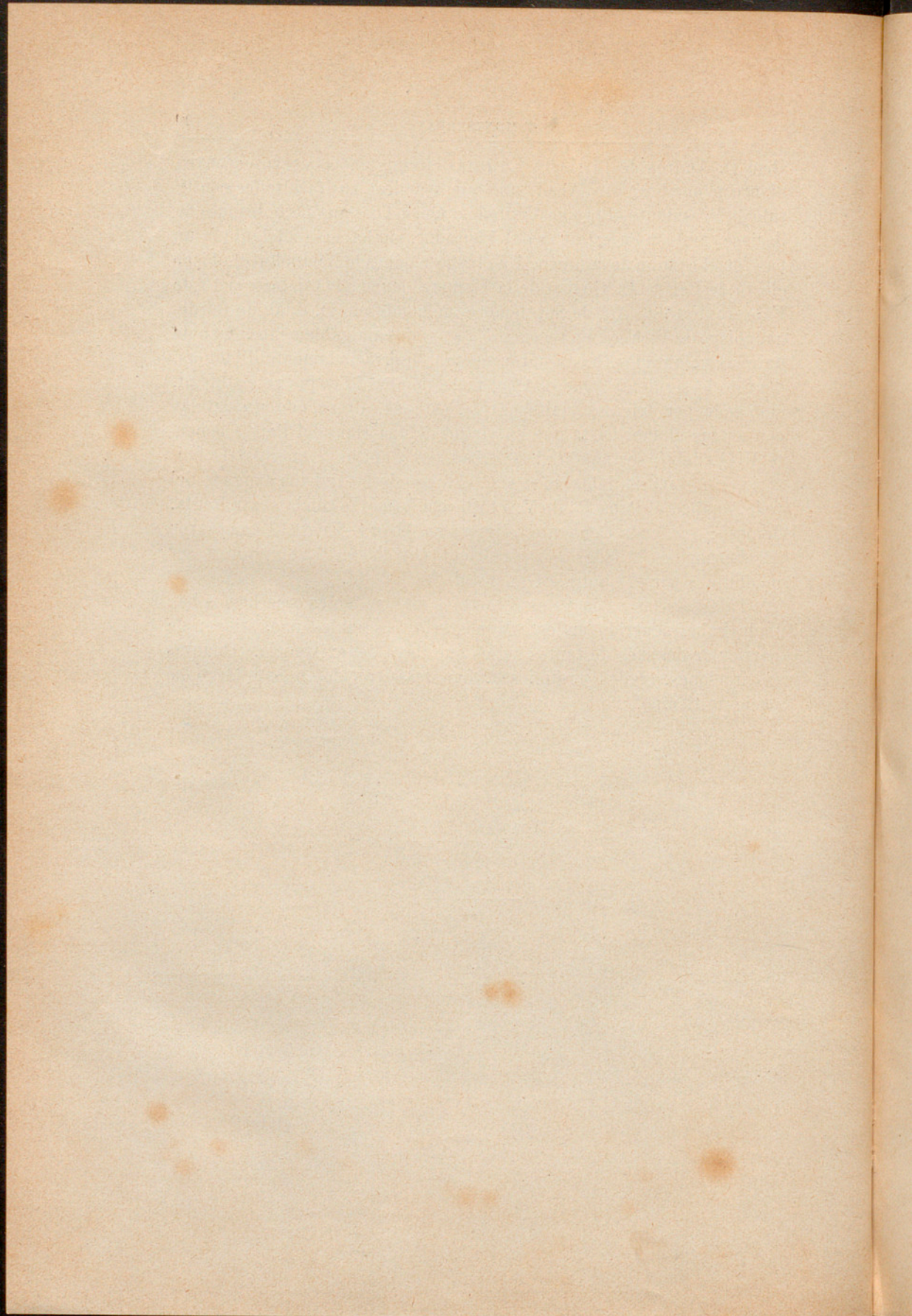
Después que los Benedictinos de Valladolid se hubieron incorporado de este Monasterio, parece que se empeñaron los monjes castellanos en tener la exclusiva dirección y gobierno de Montserrat. No fué sólo el abad Muntadas, sino todos los demás historiadores, quienes nos han dejado á obscuras sobre esta pretensión del elemento castellano desde el siglo XVI, contentándose el P. Argaiz en señalarla como de pasada.

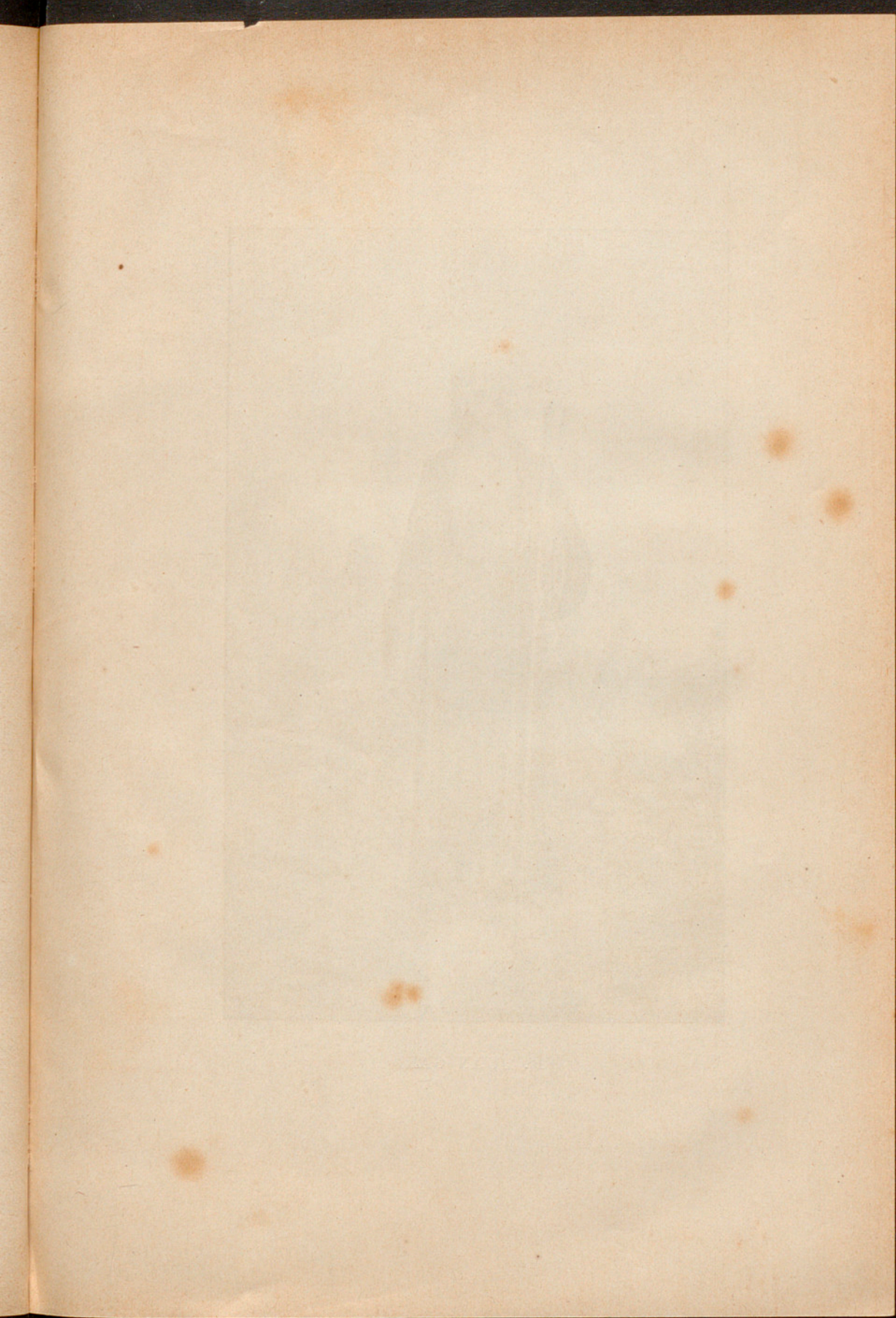
En una obra reciente se han puesto en evidencia estas cosas, quizás con demasiada crudeza. El Sr. D. José Coroláu, en su libro *Los Dietarios de la Generalidad de Cataluña*, dice: "... En tiempo del emperador Carlos V un Abad (de Montserrat), que á pesar de no ser catalán había sido nombrado contra fuero, tuvo la manía de ir alejando del Monasterio á los hijos del Principado, y aun á los naturales de las demás regiones de la corona de Aragón, substituyéndolos por monjes castellanos. Esta innovación fué muy perjudicial al Santuario, porque disminuyeron mucho las visitas y peregrinaciones, y con ellas los legados y limosnas. Y aun no fué esto todo, sino que rentas del Monasterio se empleaban en restaurar otros edificios de la Orden fuera de Cataluña, y supose con indignación que los monjes repelían del confesonario con malos modos á los pobres rústicos que les hablaban catalán, por no conocer otra lengua, cual si allí no estuviesen en su casa. Acudieron al emperador Carlos V exponiéndole estos abusos, y el Príncipe primogénito, más tarde Felipe II, á la sazón lugarteniente de su padre en estos reinos, puso coto á tales escándalos, enviando al General de la Orden de San Benito una severa reprimenda."

Lo que el Sr. Coroláu llama severa reprimenda, fué la carta del Rey, que por ser documento tan importante, irá continuado en el Apéndice número 6. Tal vez no consideraron los monjes tan fuerte la carta del Rey, cuando las cuestiones no se zanjaron con ella. A 9 de Marzo de 1581 el Papa nombró visitador apostólico de este Convento al obispo de Lérida D. Benito de Tosco, abad que había sido de este Monasterio, á fin de acallar las divisiones que aun existían. Abierta la santa Visita el 6 de Noviembre del mismo año, falleció el

abad D. Andrés de Intriago. En estas circunstancias creyóse conveniente no nombrar otro Abad, sino que asumiese sus facultades con título de Presidente el propio Visitador. Quiso Dios que poco después falleciese también en esta Casa el Visitador, sin haberse adelantado un paso en el camino de la unión. Fué luego nombrado Visitador el obispo electo de Lérida D. Gaspar de la Figuera, muriendo también el 13 de Febrero de 1686. A 8 de Septiembre fué nombrado D. Juan de Cardona, obispo de Vich, quien reconcilió los ánimos amigablemente. A fin de unir las voluntades, hasta entonces tan desgraciadamente divididas, decretó lo siguiente: Que el Abad fuese nombrado no por perpetuidad, sino sólo por trienios y alternativa, esto es, alternando un catalán con un castellano, hasta que en virtud de una Bula del Papa Clemente VIII, debió ser nombrado el Abad por Capítulo General y Definitorio. En 1609 no debía aún estar el fuego de la división apagado del todo, cuando el Papa Paulo V, á fin de conformarse con la santa Regla, dispuso: que cada Convento eligiese su Abad.—En 1613 empezaron á gobernar los Abades por cuadrienios, y en 1617 volvieron á ser nombrados por el Capítulo General de Valladolid.

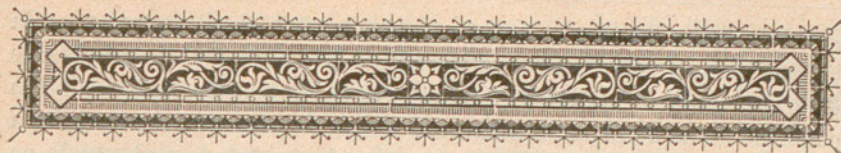
Tales son las variaciones ó cambios más notables que hemos hallado haber ocurrido en este Monasterio, las cuales nada tienen de particular después de tantos siglos que lleva de existencia. ¡Cuántas instituciones, civiles y religiosas, han desaparecido en este largo espacio de tiempo!







FR. JUAN GARÍ



LIBRO CUARTO

PERSONAJES CÉLEBRES

CAPÍTULO PRIMERO

FRAY JUAN GARÍ.— Su historia.— Su caída.— Su rehabilitación.—
Juicio del abad Yepes.— Conclusión.

I

Nadie, que sepamos, se ha tomado la molestia hasta ahora de escribir un sencillo catálogo de los varones ilustres que han descollado en nuestro querido Monasterio de Montserrat. Existen en la historia de este Convento figuras de gran magnitud, dignas de ser conocidas y biografiadas, y de ellas nos ocuparemos en el presente y siguientes capítulos. Otros hay, que después de haber desempeñado los primeros cargos de la nación, sin embargo, han quedado relegados á la más completa obscuridad. Otros, que obtuvieron las primeras dignidades eclesiásticas, y todo el mundo lo ignora. Otros, que se hicieron notables en varios ramos del saber humano, y han sido eminentísimos en las ciencias y en las artes, y tampoco son conocidos. Otros, que pueden figurar entre los primeros escritores del mundo católico, y han tenido la misma suerte. Otros, que han sobresalido en la música,

siendo reconocidos como maestros consumados en el órgano y en la composición, y sólo se ha ocupado un poco de ellos un hijo que fué de esta Escolanía, D. Baltasar Saldoni. Otros, finalmente, que brillaron como estrellas de primera magnitud en el firmamento de la Iglesia por sus virtudes, y que murieron en olor de santidad, y el mundo no los venera, ni España apenas los conoce.

El primero de estos personajes que nos parece más digno de ocupar el lugar principal en este catálogo, es el célebre ermitaño *fray Juan Garí* (1). Estamos plenamente convencidos de que la materia que vamos á tratar es muy delicada, singularmente en los días en que escribimos, y que no todos convendrán con nosotros en lo que vamos á decir; pero no podemos dispensarnos de hablar sobre este punto, ya que á ser posible demostrar la falsedad del hecho que vamos á sentar, caería por tierra lo que constituye como la base de nuestra historia.

Al principiarla, estuvimos vacilando sobre el lugar en que debíamos colocar al héroe de nuestra narración; y después de meditarlo mucho, resolvimos dedicar esta última parte á la memoria de los esclarecidos varones que han inmortalizado el nombre de Montserrat, poniendo al frente de ellos al santo y célebre Ermitaño.

II

El autor de la *Perla de Cataluña* (2), al dar comienzo á la historia de Fr. Juan Garí, dice lo siguiente: «Fué este Religioso de la noble sangre de los godos, y natural de la ciudad de Valencia. Así lo escribe el Hispalense al año 898. *Fuit natione valentinus ex nobilissima familia Gottorum*. Lo mismo Luitprando en los Fragmentos: *Joannes Guarinus Hispanus ex Valentia*. Fué varón que por amor á la vida solitaria, escogió el retiro de Montserrat, para darse todo á la contemplación, apartado de su patria, parientes y conocidos, muchos años antes que la Imagen de Nuestra Señora fuese descubierta, fiando su vida penitente de aquellos peñascos y riscos, pareciéndole que serían testigos tan incapaces y mudos, que ni aun por señas dirían cosa de sus acciones; pero como las paredes tienen oídos y las zarzas ojos, así los árboles tienen tantas lenguas cuantas hojas;

(1) Nosotros jamás le llamaremos *Garín* ni *Guarín*, porque sería castellanizar un apellido catalán. Creemos que en todas las lenguas debe escribirse *Garí*, apellido puramente catalán.

(2) Argaiz, pág. 28.

con que por el año 876 era conocida la persona de Fr. Juan Garí en todos los pueblos vecinos de la Montaña, como lo escribe Luitprando en el Cronicón: *Floret in Monte Serrato Sanctus Joannes Guarinus Heremita...*»

Esta historia está enlazada con sucesos extraños, y se lee en algunos autores mezclada con fábulas, originadas de haber creído y seguido cronicones y otros papeles apócrifos, por cuyo motivo han llegado á dudar de ella algunas personas juiciosas. Nosotros vamos á autorizar esta noticia, transcribiendo ahora las palabras del reverendísimo P. Fr. Antonio de Yepes, cronista general de la Orden de San Benito, quien trabajó, con los fundamentos que manifiesta, su Historia, haciendo después juiciosa crítica de algunas circunstancias que se han ingerido en la vida de aquel venerable varón, y que cuando menos deben creerse sospechosas.

«En tiempo de Wifredo el Velloso, dice el P. Yepes, entre las espesuras de la Montaña de Montserrat, hacía vida religiosa y penitente un ermitaño llamado Fr. Juan Garí. Su vivienda ordinaria era una cueva, que hoy día conserva su nombre. Era muy dado á la oración, teniendo domado el cuerpo y sujeto al espíritu de tal modo, que se cuenta de él que no había hecho en su vida pecado mortal. El infierno aborrece á las personas santas y puras. Concertáronse dos demonios salidos de él, de procurar por todas las vías posibles luchar con Fr. Juan Garí, y armarle tantos lazos, que viniese á caer y olvidarse de Dios.

«El uno de estos demonios tomó semejanza de un ermitaño anciano y venerable, y cuando se encontró con Garí, le dió á entender que había muchos años vivía en aquella soledad, pero que con el grande recogimiento y clausura no había tenido noticia de tan buen compañero como residía en la Montaña. Mostróse apesarado de no haber tenido comunicación con él, y ofrecióle de allí adelante su consejo, siempre que Fr. Juan Garí se quisiese aprovechar de él. El otro demonio se fué á Barcelona, y por permisión del Señor, se apoderó del cuerpo de una hija del conde Wifredo el segundo, llamada Riquilda. Maltrataba el demonio á la doncella, y traía la muy afligida. Su padre el Conde se entristeció y sintió esta desgracia, como era razón. Hizo que diferentes siervos de Dios con exorcismos y conjuros expeliesen al demonio. Dió en decir que no se iría, ni dejaría la posesión de ella, si no es mandándoselo Fr. Juan Garí, varón santo, que pasaba su vida en Montserrat, pretendiendo el engañador con esto poner en ejecución la traza, que estaba ordenada en el infierno, para destruir la santidad y pureza de Garí. El Conde se informó de quien era aquel

Ermitaño, y teniendo muy grande relación de él, él mismo en persona le fué á visitar á la ermita, llevando consigo á su hija, y muchos criados que les acompañaban. Dijo al Ermitaño el intento de su venida, y pidióle encarecidamente suplicase á Dios diese salud á su hija. Fray Juan Garí se compadeció de ella, é hincado de rodillas en el suelo, con grande devoción y lágrimas suplicaba á Nuestro Señor tuviese por bien de librar aquella criatura de la tiranía del enemigo. Nunca el demonio salió de tan buena gana de algún cuerpo humano como esta vez, para que el Ermitaño se ensoberbeciese, ejecutando obra tan grande delante de tantos testigos y tan calificados.

«Y persuadióse el Conde á dejar su hija en aquel lugar por nueve días; porque también algunas veces, siendo conjurado el demonio, había dicho que sólo Fr. Juan Garí le podía hacer dejar la posesión de la doncella; pero que apartándose de él, había de volver á fatigarla. Esto movió al Conde á que pidiese á Garí que, por lo menos, por nueve días tuviese á su hija consigo, para que ella quedase de todo punto remediada. Sintió mucho esta demanda el Ermitaño; dió muchas razones para excusarse: la soledad que había profesado, el impedimento que tendría en la oración, la angostura de la cueva estrecha; pero hizo tanta instancia el conde Wifredo, que Garí hubo de condescender con su pretensión.

«Fuése el Conde y su compañía á Monistrol, y el inadvertido Ermitaño se quedó con la doncella á solas, bien descuidado de las estratagemas y asechanzas del enemigo; y con tanta simplicidad parlaba con la doncella, y la enseñaba el camino del cielo, cómo había de ordenar su alma, qué oraciones había de decir para agradar más á Dios Nuestro Señor.

«Vieron los demonios que ya esta era buena ocasión para acometerla; y no queriendo perder tal coyuntura, comenzaron á encender su alma con amor lascivo y deshonesto. Hacían instancias, dábanle batería con diferentes pensamientos, de que se maravillaba Fr. Garí, como hombre poco experimentado en semejantes trances. Viéndose afligido y fatigado, y apretándole demasiado aquel cruel pensamiento, santiguábase, rezaba y armábase con buenas consideraciones; pero viendo que nada de esto le aprovechaba, y que el fuego crecía, determinó ir á visitar al Ermitaño, su vecino, de cuya conversación estaba pagado y satisfecho. Fuése para él, dióle parte de sus trabajos y tentaciones. Díjole como los remedios que había aplicado no le aprovechaban; y que el mejor y más prudente le parecía huir de aquella ocasión, y así se venía á consolar y remediar con su presencia. El demonio con muchas razones le persuadió á que ninguno merecía ser coronado, sino

el que vence grandes dificultades, y que el cristiano que solamente es bueno y no ha sido tentado, tendrá poca gloria; y por el contrario, será grandísima la de aquel que viéndose en grandes peligros, los contrasta y alcanza victoria de ellos. Algún tanto se consoló Fr. Juan con los consejos del falso Ermitaño, creyendo de sí que sería bastante para resistir á esta tentación. Pero como volviendo á la ermita se viese abrasar en nuevas llamas, cuando los criados del Conde vinieron á visitar á su hija, les decía que ya estaba sana, que bien la podían llevar, y otras veces le venía al pensamiento que era mejor echar á huir y poner tierra en medio; pero el falso Ermitaño le detenía y sosegaba.

«No sé cuantos días anduvo Garí luchando con estos pensamientos y tormenta; pero una noche crecieron tanto las olas, que olvidado el triste Ermitaño de las obligaciones que tenía y del temor de Dios, vino á consentir en un pecado carnal, y por fuerza deshonoró la doncella y se apoderó de ella. Luego le embistió la tristeza y confusión de ver el estado en que había caído, y consideraba que siendo antes amigo de Dios, se había ahora empantanado y encallado en una sentina de miserias. Fué para el Ermitaño vecino, y con harta vergüenza le contó el caso, pidiéndole remedio. El demonio, deseando que fuese la sogá tras el caldero, encareciéndole el pecado, y no tanto por la gravedad, cuanto si viniese á ser público y manifiesto. «Estás en buena reputación en esta comarca; si la doncella vive, no es posible encubrir este negocio; tendría por mejor que la quitases la vida, para que un caso tan feo no dé estampido por toda la tierra.» Ciego ya fray Juan Garí con el primer pecado, con su peso se inclinó á otro mayor, y de hecho puso en ejecución el malvado consejo del falso Ermitaño, y degolló á la doncella. Después, para que no fuese hallada, hizo una sepultura en lugar acomodado, y en ella la enterró, y luego dió parte de lo que había hecho al Ermitaño. El demonio, pensando hacerle desesperar, le representó primero su buena vida y después su gran caída, y afeó el caso de manera, que si Dios no tuviese de su mano á Juan Garí, él se despeñara por aquellas cuevas abajo, ó se metiera un puñal por los pechos, pero miróle Su Majestad con ojos de misericordia.

«Cayó Garí en la cuenta de los graves yerros que había hecho, y con un dolor increíble, derramando lágrimas, y despidiendo del pecho infinitos gemidos y sollozos, pedía á Dios perdón de sus crímenes y excesos. Determinó ponerse en camino para Roma, así para huir de las manos del Conde, como para confesar sus pecados á los pies del Papa. Con brevedad se partió, presentóse ante el Sumo Pontífice, con-

fesó su caída y graves pecados, y dicen que Su Santidad le perdonó, y que le puso por penitencia que nunca mirase al cielo, á quien había ofendido; y pues como bruto animal se había dejado llevar de su sensualidad y torpeza, que anduviese con las manos en el suelo, y nunca se levantase, hasta que por Dios le fuese revelado que ya le perdonaba sus pecados. Volvióse Garí á la misma Montaña de donde había salido, y como era tan grande el dolor que sentía de las ofensas que había cometido contra Dios, tratábase con tanta aspereza, que comía hierbas del campo. No teniendo cuidado de cubrir su cuerpo, gastados los vestidos, se quedó desnudo, y con el tiempo le vino á crecer el pelo de tal manera, que no parecía hombre, sino un animal salvaje.

«Sucedió que un día el conde Wifredo se quiso ir á cazar á la Montaña de Montserrat, entre aquellas breñas y espesuras. Llevóse perros y criados, y con mucho aparato se fué por la ribera del río Llobregat, que baña la falda de aquel Monte y rodea parte de él. Llegado allá, se pusieron los cazadores en ala, soltaron los perros, y comenzaron á querer descubrir la caza. Discurriendo por entre aquellas breñas, subieron hasta emparejar con la cueva en donde estaba Fr. Juan Garí, haciendo rigurosísima penitencia.

«En llegando los perros á ella comenzaron á dar grandes ladridos. Los cazadores, que los iban siguiendo, pensando que ya habían hallado alguna presa, se acercaron á donde oían el ruido que hacían los perros. Hallaron en la cueva á Fr. Juan, tan feo, tan desfigurado y cubierto de un tan largo pelo, que no parecía hombre, sino semejante á los animales; pues no hablaba, no se levantaba sobre los pies, y estaba tan asqueroso, que no se le veía rastro de razón ni entendimiento. Maravillados del caso, dieron cuenta al Conde del salvaje que habían hallado. Wifredo les mandó que se lo trajesen si lo podían cazar, porque los criados no se atrevían entrar dentro de la cueva. Estando ya juntos, se echaron dentro, y como no hallaron resistencia, le ataron y llevaron delante del Conde, y de allí á Barcelona, maravillándose todos los ciudadanos de ver un monstruo semejante. Le pusieron en una caballeriza, que otros llaman el zaguán de la casa, á donde iba á verle el pueblo. La historia que acabamos de referir, á pesar de ser en extremo larga, no es más que la primera parte, á la cual no haremos ninguna observación, dejándolo para el fin, que podrá ser más apreciada.»

III

Continuemos la historia del célebre Ermitaño, copiando lo que de él dice el notable historiador y cronista Fr. Antonio de Yepes. Hasta aquí hemos visto caer al venerable Ermitaño. Vamos ahora á describir el modo como se levantó. Habla el P. Yepes, y dice: «Había la Condesa, mujer de Wifredo, tenido un venturoso parto de un hijo; y por la alegría de este feliz acontecimiento, hizo el Conde un solemne convite á los grandes y principales de su corte; y para darles más contento, mandó traer el salvaje, para que fuese visto de todos. De la mesa le echaban pedazos de pan que tomaba y comía, y como la fiesta se hacía por el niño que había nacido, quiso el Conde que le trajesen delante de aquellos caballeros. Vino en brazos de su ama, y tendría como tres meses de edad. Estando en la sala donde se hacía el convite, puso los ojos el niño en el salvaje; y el Señor, que es poderoso para desatar la lengua de los infantes, dió palabras formales á la de este tan pequeño, y oyéndolo todos, pronunció clara y distintamente las palabras siguientes: *Levántate, Fr. Juan Garí, levántate y está derecho, que Dios te ha perdonado tus pecados*. Entonces, el que era tenido por salvaje, levantándose de la tierra donde estaba postrado, hincó las rodillas delante de todos, puso las manos levantadas y los ojos al cielo, y comenzó á dar infinitas gracias á Dios Nuestro Señor, que tan soberana merced le había hecho. Los Condes, los convidados y ministros estaban como absortos y embelesados, viendo dos cosas tan extraordinarias y raras en un punto, porque á un tiempo hablaron el niño de tres meses, y el que era tenido por salvaje y bruto. Levantóse Fr. Juan Garí del lugar en que estaba, y puesto en frente de los Condes y convidados, contó todo el caso como arriba lo dejamos referido, no encubriendo sus tentaciones, sus caídas, sus desalmamientos y olvido de Dios, y juntamente la merced que Su Divina Majestad le había hecho, prometiéndole el perdón por la boca del Papa, lo cual veía cumplido milagrosamente, como todos los presentes habían sido testigos. Llegando á este punto, mirando al Conde, le dijo Garí: «El malhechor, el homicida de la inocente doncella, «yo soy; una y muchas muertes merezco por semejante pecado; aquí «me presento como delincuente, para que se ejecute en mí cualquiera «áspera sentencia, que ninguna será tan cruel que no la merezcan mis «insolencias y excesos.» En cesando Fr. Garí de hablar, pudieron resollar los circunstantes, que estaban como suspensos y pasmados sin

menearse, colgados de su boca. El Conde, con discreta consideración, no sólo no se vengó, ni castigó la muerte de su hija, sino antes le hizo mucha honra, y mandó aliar y vestir, juzgando que á quien Dios había perdonado, y el que en tribunal mayor era dado por libre, en los menores no se podía conocer la causa.

«De ahí algunos días, rogó el Conde á Fr. Juan le mostrase el lugar donde había enterrado á su hija, para darle honrada sepultura, y de camino, dijo que quería ir á visitar la Imagen de Nuestra Señora, que pocos días antes se halló en aquella Montaña, para quien estaba edificada una ermita. Pusiéronse en camino, y llegando donde hizo asiento Nuestra Señora, la dieron [obediencia, y en haciendo oración, guió Fr. Juan Garí al Conde al lugar donde estaba enterrada su hija. Aquí renovó Nuestro Señor las maravillas; porque por merecimientos de la Virgen María, á la doncella hallaron viva, sana y hermosa. Y para muestra del milagro, se vió en ella la señal que había hecho el cuchillo, en forma de un hilo de seda de grana. Bien se deja entender el gran contento que el Conde y Fr. Garí recibirían, de ver con vida á la que pensaban que estaba muerta muchos días había.

«Wifredo, muy contento, mandó llevar la hija á Barcelona para ponerla en el estado que merecía; pero ella no se quiso ir de la Montaña, suplicando al padre que en aquella ermita que se estaba edificando á Nuestra Señora, fabricase un Monasterio, donde ella y otras vírgenes se consagrasen al servicio de la Reina del cielo. El padre gustó de satisfacer á la voluntad de su hija; hizo un Convento de monjas de la Orden de San Benito en aquel lugar, las cuales trajo de San Pedro de las Puellas, ilustre Monasterio de la ciudad de Barcelona. En el nuevo de Montserrat se vivió con mucha observancia, y la hija del Conde fué Abadesa en él, y gobernó santa y prudentemente aquella Casa, donde Fr. Juan se ofreció al servicio de ella, y prosiguiendo siempre en hacer penitencias y vida religiosa, le llevó el Señor de esta vida para darle la eterna.» Hasta aquí son palabras del referido P. Yepes. Veamos ahora el criterio del mismo Abad sobre la historia que acabamos de escribir.

IV

En esta historia, dice Yepes, hay cosas muy ciertas, otras no tanto. Lo muy cierto es, que el principio del gran Convento de Nuestra Señora de Montserrat, que hay ahora, tuvo su origen de un Monasterio de monjas, que en aquel lugar guardaban la Regla de San Be-

nito, y servían á la Santa Imagen; y luego comenzó á ser celebrada y respetada en toda Cataluña, en el cual estuvieron hasta el año 976, cuando Borrell era conde de Barcelona, que pasó las monjas de Montserrat á Barcelona, y las redujo á su antiguo Monasterio, de donde habían salido, y en su lugar llevó el Conde monjes, que guardasen también la Regla de San Benito, sacados del insigne Monasterio de Santa María de Ripoll, que era muy estimado en aquellos tiempos. De esta mudanza, de haberse convertido el Monasterio de monjas en varones, hallo en los autores dos modos diferentes de decir. Unos afirman que Nuestra Señora comenzó desde luego á hacer los infinitos milagros que ha proseguido por tantos siglos; y que así acostumbraron muchas gentes de la comarca y otras provincias á frecuentar aquella santa Casa; y la Abadesa y las monjas no eran suficientes para recibir y hospedar tantos peregrinos como cada día acudían; y así fué necesario mudar las Religiosas y traer monjes de Ripoll, cuya era en propiedad la Montaña de Montserrat y las iglesias que en ella estaban edificadas, con otras muchas haciendas y posesiones. Otros dicen que en tiempo del conde Borrell, se atrevieron de nuevo los moros á entrar por tierras de Cataluña, y hacer estrago y daño por toda la provincia, y que las monjas de Montserrat corrían riesgo y peligro estando en aquella Montaña; y así pareció conveniente llevarlas á Barcelona, donde estuviesen más defendidas y seguras. Estas dos razones no se contradicen la una á la otra, antes es muy verosímil, que viendo el Conde por una parte los muchos peregrinos que acudían, y por otra parte que los moros hacían tantas entradas en Cataluña, se resolvió de pasar las monjas á puesto más acomodado y seguro, cual era el de San Pedro de las Puellas.

También es cosa cierta, y en que no se puede poner duda, que en aquella Montaña en tiempos antiguos hubo un santo ermitaño llamado Fr. Juan Garí, que por pecados grandes que cometió, hizo muy áspera penitencia, y son testigos de esta verdad la tradición de aquellas Montañas y de toda Cataluña; y una cueva que hoy día en Montserrat conserva el nombre de este ermitaño, llamándose la cueva de Fr. Juan Garí; y estar sus huesos en parte decente, y conservados como de algún Santo, y hallarse después en escrituras de la Casa nombres de Garí en los ermitaños de la Montaña. Todas estas razones convencen á que creamos que hubo allí varón santo de semejante nombre. Los demás sucesos, si bien prodigiosos y desacostumbrados, los cuentan muchos autores, como son Marieta, en el *Volumen de los Santos de España*, y Fr. Antonio Vicente Doménech, en la *Historia general de los Santos y Varones principales en santidad del Princi-*

pado de Cataluña, y Fr. Francisco Diago, en la *Historia de los Condes de Barcelona*.

También nuestros monjes de Valladolid, cuando en 1493 tomaron posesión de aquella Casa, hallaron en el Archivo un libro muy antiguo de pergamino donde estaba escrita la historia de Fr. Juan Garí. Muéstranse también dos cuevas, una que llaman de Garí, y otra del Diablo, que hacen alusión á lo que se ha dicho del falso ermitaño que engañó al Santo. Y lo que más es, en la ciudad de Barcelona, en los palacios que fueron del conde Wifredo, calle Condal, se ven unas imágenes hechas de piedra; una que representa el ama, que tiene el niño en los brazos, y otra de Fr. Juan Garí, que está puesto de rodillas. En el claustro del Monasterio de Montserrat está un retablo de pintura antigua, en que se muestra cifrada la historia referida.

Este se puso ha más de trescientos setenta años, y en él se muestra con letras grandes, escrito en lengua lemosina, en donde se leen todos los sucesos que atrás dejamos señalados, que por no cansar al lector no le traslado en el presente lugar. Sólo pondré la cabeza de la inscripción y la fecha. «En el present retaule, dice, es contenguda breument la historia ó vida de aquel devot é singular Ermitá Frara Joan Garí, lo qual inspirat de la gracia del Esperit Sant venech fer penitencia en la present Montaña de Montserrat, é principiá lo present Monastir, sots invocació de Madona Santa María, en lo qual gloriosament finá sos días.» Y concluye esta escritura año MCCXXXIX.

Todos estos autores que he alegado, y circunstancias que he traído, hacen muy verosímil esta historia; y si bien por estar mezclada con infinitos prodigios y extrañezas se les hace á algunos dificultoso de creerla, con todo eso, cuanto á la sustancia tiene mucha certeza y verdad, aunque algunas circunstancias sean no tan creederas; como es decir, que el Papa le puso en penitencia que anduviese como bruto animal, y que en cuatro años vino á gatas desde Roma, y que los cazadores pensaron que no era hombre, y otras cosas á esta traza que se suelen mezclar entre las muy verdaderas y ciertas. Yo he contado la historia así como hasta ahora ha corrido, poniendo todos los acaecimientos raros y desusados, que se han visto, sin quitar ni añadir alguna cosa en ellos. Y aunque siempre que puedo, huyo de contar semejantes extrañezas, que el pueblo recibe con grande aplauso, con todo eso he ingerido aquí la vida del ermitaño Garí, porque en sustancia la tengo por verdadera, y les agrada á muchas personas doctas y graves; si bien que algunas menudencias se pudieran reformar en ella...

V

Después de lo que tan magistralmente acaba de decir un escritor tan respetable como el P. Yepes, ¿qué diremos nosotros para poner término á este capítulo? ¿Qué podremos añadir á sus doctísimas reflexiones sobre la persona de Fr. Juan Garí? Sólo pondremos á continuación algunos nuevos datos, que acabarán de confirmar una vez más el juicio anterior.

Al tratar de este venerable Ermitaño, el autor de la *Biografía Eclesiástica* ha sabido condensar en muy pocas palabras toda la materia que acabamos de escribir y de cuanto más pueda decirse sobre su persona. He aquí como se expresa en el artículo titulado *fray Juan Garín*:

«Ved ahí, dice, uno de aquellos personajes, históricos en el fondo, pero fantásticos en las formas y circunstancias, que revelan todo el colorido de una época, y fijan, como aquellos monumentos antiguos y venerables, el origen de una larga serie de hechos, que, encadenados por la historia, equivalen, por decirlo así, á una crónica interesante y de universal celebridad.»

De modo que con esta tan breve y lacónica descripción queda completamente historiada la memoria del célebre penitente, sin necesidad de acudir á nuevos recursos para comprobar y autenticar su veracidad histórica. Sin embargo, no queremos privar á nuestros lectores del gusto de saborear las siguientes reflexiones, que acaban de dar el golpe de gracia á aquellos que, después de lo referido, tengan valor aun para dudar de la verdad del inmortal Ermitaño de Montserrat.

Gran argumento debe ser que una larga tradición de más de diez siglos haya creído y enseñado siempre una misma cosa. Esto es lo que sucede en la persona de nuestro venerable anciano. De los pocos escritos que nos han quedado después del tantas veces referido incendio, resulta que todos fijan la muerte de este santo varón á 21 de Mayo del año 898, y añaden que fué sepultado en su misma cueva. Dicen también, que siete años después, en 905, fué exhumado su cuerpo y bajado al templo antiguo, donde fué enterrado á la entrada del mismo, cerca de la puerta. Que en 1608 fueron recogidas sus santas cenizas y colocadas dentro de una preciosa urna detrás del altar mayor, donde estuvieron hasta la venida de las tropas de Napoleón, que desaparecieron para siempre. Se sabe que el público le ha tenido y venerado como Santo, y que esta devoción ha permanecido siempre,

sin que los trastornos políticos, ni circunstancia alguna hayan podido borrar su memoria. Que su antigua cueva donde vivió y murió nunca ha dejado de ser visitada por gran parte de los devotos romeros que vienen á Montserrat. Que siempre, y en todos tiempos, ha sido tenido en opinión de Santo por los monjes de este Monasterio. Que ellos mismos han sostenido y fomentado su devoción. Que de tiempo inmemorial han hecho grabar su vida en la piedra y en madera. Que antes existían unos bancos en el coro bajo, donde se reunía la Comunidad en determinados días, en los cuales había esculpida la historia de este santo Ermitaño.

En vista de tales datos y razones, nos parece que ninguno de nuestros lectores se atreverá ya á calificar de simple leyenda en su fondo la historia de nuestro gran personaje. Confesemos, pues, francamente, que mucho más racional es sujetar nuestra razón á la luz de tantos argumentos que militan á su favor, que negarla rotundamente no más que porque sí.

CAPÍTULO SEGUNDO

FRAY MARCOS DE VILLALBA.—Prendas personales de Fr. Marcos de Villalba.—Razones del Abad de Ripoll defendiendo su antiguo Priorato.—Defensa de Montserrat contra las pretensiones de Ripoll.

I

Fué D. Marcos de Villalba muy noble y de ilustre sangre, cuyo antiguo solar es el castillo llamado de Villalba, junto á la villa de Cardedéu, á una legua de Granollers y cuatro de Barcelona. Después de una carrera muy brillante, en la que demostró las grandes cualidades y talento de que Dios le había dotado, tomó el hábito de San Benito en el Real Monasterio de Santa Maria de Ripoll. Por su ciencia y virtud mereció verse elevado á la dignidad Abacial de dicho Monasterio, precisamente en la época en que Montserrat y Ripoll luchaban con firmeza sobre si había ó no llegado la hora de declararse este Santuario libre de la sujeción y dependencia de aquél. Precisa-



FR. MARCOS DE VILLALBA, PRIMER ABAD DE
MONTSERRAT



mente llegó esta cuestión á su período más crítico, en circunstancias por otra parte tristes y deplorables, pues que tres Papas se disputaban la supremacía de la Iglesia. España y Francia seguían al Papa Benedicto XIII, en tanto que el Prior que había en Montserrat, fray Vicente de Ribas, prestaba á otro su obediencia. Esto fué causa de que voluntariamente renunciase su Priorato. Vacante este destino, vino en persona á ocuparlo el abad de Ripoll D. Marcos de Villalba, de quien se podía temer sería el más fuerte rival contra las aspiraciones de Montserrat. No obstante, lejos de ser así, sucedió todo lo contrario.

Durante el gobierno del Abad de Ripoll, vino á visitar este Santuario el Papa Benedicto XIII, acompañado de doce Cardenales de su obediencia, y como viese aquella milagrosa y devota Imagen, quiso honrar y engrandecer su templo y Monasterio, erigiéndole en Abadía y condecorando á su Prelado con título de Abad, con todas las insignias y preeminencias de los demás Abades; y por no quitarle del todo á Ripoll lo que había tenido, fué, como arriba dijimos, con estas condiciones: 1.^a Que la elección de Abad se hiciese por los monjes del mismo Monasterio, y pudiese usar mitra, anillo y báculo pastoral. 2.^o Que el Abad de Ripoll tuviese voto en la elección, y su voto valiese por seis. 3.^a Que el Abad tuviese obligación de sustentar doce monjes y doce sacerdotes seculares, los cuales en el Monasterio celebrasen los divinos Oficios. 4.^a Que el Abad tuviese asimismo doce criados, para servir á los huéspedes y peregrinos. 5.^a Que sustentase doce ermitaños para las ermitas; y finalmente pudiese dar el hábito y profesión, según la observancia de la Orden que profesa. Concediendo al Abad punición y corrección de monjes, clérigos y ermitaños, gente del Monasterio y vasallos. *Datum Perpiniani V Idus Junii anno MCDX.*

Y aunque el Concilio Constanciense depuso á Benedicto por cismático, en 1417 revalidó todo lo que había despachado en el tiempo que estuvieron á su obediencia estos reinos. En virtud, pues, de la mencionada Bula, los monjes eligieron por Abad al que era su Prior fray Marcos de Villalba, varón esclarecido en virtudes, letras y observancia. Cuando no por otros títulos, sólo por haber conseguido que el Abad y la dignidad Abacial de Montserrat quedasen libres *cum omnibus suis membris et personis ab omni servitutis onere, visitatione, jurisdictione, dominiis, et potestate dicti Abbatis de Ricipullo, exemptaque prorsus*, sólo por esta gracia tan particular, tenía bien merecida la mitra y el báculo de este Monasterio. Con esto entró en la unión de las demás Abadías del Principado y Congregación Tarraconense y Cesar Augustana, que nunca pudo alcanzar.

Eran tales y tantas las prendas de este abad Villalba, que don Alonso, rey de Aragón y de Nápoles, le envió de embajador á la Santidad de Martín V, embajada que desempeñó á gusto y satisfacción del Monarca. Mas no paró aquí la confianza depositada en el saber y prudencia del Abad de Montserrat. Escribe Zurita, que para la elección del Rey de Aragón, por muerte del rey D. Martín, uno de los embajadores nombrados por este Principado de Cataluña, fué fray Marcos de Villalba.—Cuando los Prelados de Cataluña se reunieron en Concilio en la ciudad de Barcelona, para tratar de la extinción del cisma que duraba ya muchos años, la persona que consideraron más digna de ocupar la presidencia y representarles, fué la noble persona de D. Marcos de Villalba. En fin, era en su tiempo este Abad de Montserrat una de las primeras figuras de nuestro Principado.

II

Ya que á la diligencia y nobleza de Fr. Marcos de Villalba se debió que Montserrat alcanzase su completa independencia del Monasterio de Ripoll, quiero poner aquí, para mayor gloria suya, las diligencias que se hicieron y razones que se alegaron por una y otra parte. Empecemos por una petición que hizo el rey D. Pedro IV al Sumo Pontífice Clemente, que es del tenor siguiente: «Beatísimo Padre: Pedro, rey de Aragón, vuestro devoto hijo, suplica á Vuestra Santidad, que por cuanto es así, que el Priorato de Santa María de Montserrat se gobierna por Prior, sujeto al Abad del Monasterio de Ripoll, y es lugar de grande devoción donde acude multitud de fieles por devoción y causa de los milagros que allí obra la gloriosísima Virgen María, socorriendo á los que le piden su favor y amparo; y tiene tan abundante renta cada año, que el Abad que allí estuviere puede vivir honrosamente, y aumentar el número de los monjes, con que no podrá en caso alguno entibiarse y disminuirse la devoción, sino aumentarse la que se debe á esta Reina, que tan particulares gracias y favores hace. Suplica, pues, á Vuestra Santidad, tenga por bien de levantar el dicho Priorato á dignidad Abacial; de tal modo, que de aquí adelante se gobierne perpetuamente por Abad, que sea electo del mismo Monasterio, y que el Prior, que ahora lo es, pueda ser bendito, y mandar al Diocesano le bendiga, y aumente el número de los monjes, consideradas las rentas anuales, con todas las demás consideraciones, *non obstantibus clausulis opportunis*. Dios guarde la santa persona de Vuestra Santidad por muy largos años. Junio 13, año quarto del pontificado de Clemente.»

Respondió Su Santidad, sometiendo la información al Obispo de Barcelona por este decreto: *Committitur Episcopo Barcinonensi: qui vocatis evocandis informet se de commodo et incommodo, et aliis circumstantiis. Et de valore Prioratus, et quale damnum pateretur Monasterium Ripolli, et referat.* No pudo ser esto tan oculto, que no llegara á noticia de los monjes de Ripoll, y tantas diligencias hicieron, que obligaron al rey D. Pedro escribir al mismo Pontífice en el año 1345, pidiéndole que incorporase este Priorato en la persona del Abad de Ripoll, con la cual se cerraría la puerta á las pretensiones de los monjes de Montserrat, y así lo hizo en una carta muy larga que va inserta en el Apéndice n.º 7.

En esta carta se ve claramente que los monjes de Ripoll con su influencia, inclinaron hacia sí el ánimo del Rey, hasta hacerle representar un papel ridículo, deshaciendo hoy lo que hizo ayer, pues que la carta á que nos referimos es enteramente contraria á la primera que va insertada más arriba. Las razones que los monjes de Ripoll representaron, son las siguientes: 1.º Que su Convento es muy antiguo y anterior al de Montserrat. 2.º Que es el Monasterio de la Corona de Aragón que tiene mayor número de monjes. 3.º Que es el lugar donde se celebra con más magnificencia el culto divino, y se observa mejor la Regla de San Benito. 4.º Que los monjes de Ripoll ejercen la hospitalidad mejor que otra Casa alguna. 5.º Que por esta causa dieron Montserrat con sus iglesias á Ripoll los Reyes de Aragón. 6.º Que la unión de Montserrat con Ripoll ha sido confirmada por muchos Papas. 7.º Que siempre estuvieron sujetos á Ripoll el Prior, el Priorato, monjes, clérigos y donados. 8.º Que de tiempo inmemorial el Abad y Convento de Ripoll han puesto los monjes en Montserrat para el servicio de la Virgen. 9.º Que la institución y nombramiento de Prior ha sido siempre privativo de Ripoll. 10. Que el Abad de Ripoll ha tenido siempre jurisdicción sobre el Prior y el Priorato, de la misma manera que sobre los monjes y Convento propios. 11. Que los agraviados tienen recurso de apelación al Abad, que es quien deputa los jueces para terminar los pleitos. 12. Que su Convento es de los más antiguos, que es repetición de otra. 13. Que en tanto es más honrado aquel Monasterio, en cuanto es señor de Montserrat. 14. Que por esta misma razón está exento de la jurisdicción ordinaria y sujeto tan sólo á la Silla Apostólica. 15. Que toda la grandeza de Ripoll le proviene de poseer este Priorato, sin el cual sería poca cosa. 16. Que Montserrat contribuye por mitad á las cargas de Ripoll, y que de otro modo tendría éste que cargar con el todo. 17. Que poseyendo este Priorato, el Abad de Ripoll y sus acompañantes son recibidos con

honor cuando visitan el Convento, haciéndoles la costa. 18. Que aunque la visita fuese de simple recreo, debía ser honrado y servido por obli-gación y no por pura voluntad. 19. Que el Prior debía sustentar de cuenta propia los escolanes, y dar ciento veinte libras al campanero que tocaba en tiempo de tempestad. Al mayordomo segundo catorce maravedises de oro, por un aniversario fundado por Bertrando de Bacco, abad que fué de Ripoll y prior de Montserrat. Quince libras para la congrua de un capellán que puso en Ripoll el abad D. Ramón de Vilaregut. Veinte libras para el sustento de dos luces, que ha-bían de arder siempre delante la imagen de María de Ripoll. Doce sueldos por doce cirios que ardían en el altar. Ciento cincuenta por un aniversario. Doce para los que asistían á Completas. Todos estos honores venían á perderse. 20. Que Montserrat se hallaba muy atra-sado en el pago de estas cuentas. 21. Que el Abad de Ripoll no tenía de renta más que veintidós mil sueldos. 22. Que las rentas del Con-vento eran muy pocas para sostener tanta grandeza. 23. Que compa-decidos de tanta necesidad algunos Priors habían adelantado pagas al Abad. 24. La última razón que alegaban era, que de erigirse en Abadía este Priorato, resultaría muy perjudicada la Abadía de Ripoll.

Examinadas sin pasión las razones que acabamos de exponer, no parecen ser de mucho peso. Sólo su provecho particular era el mo-tivo que alegaba el Convento de Ripoll para resistir tenazmente á que Montserrat fuese Abadía. Ya en el prólogo de su exposición empeza-ban diciépdo, que los fundadores de Ripoll fueron personas de calidad y nobleza, que los Condes de Barcelona estaban sepultados en su iglesia, que había obtenido muchas gracias y favores de los Sumos Pontífices; y concluían amenazando, que Dios no gustaba de noveda-des, en prueba de que muchos de los Priors que habían movido plei-to sobre lo mismo, no sólo no lo habían conseguido, sino que por jus-tos juicios de Dios habían tenido muertes arrebatadas, lo que dejan por probar.

III

A lo que parece, no serían las razones alegadas por los monjes de Ripoll las que modificaron el parecer del Rey, sino más bien el predomi-nio que tenían en aquellos días. Veamos, pues, ahora los motivos que tenía Montserrat para pretender con tanta insistencia el cambio de Priorato en Abadía. La primera razón que alegaba era, porque de ser así, el culto divino aumentaría; pues es cierto que en los Monas-

terios donde el Superior está revestido de la dignidad Abacial, el Oficio divino se celebra con mayor orden, puntualidad y magnificencia. 2.º Por el bien común de la República, porque los Abades en Cataluña tienen voto en las cosas que pertenecen al bien del rey y del reino, y cuantos más votos hubiere y más consejeros, más cierto y seguro es el acierto. 3.º Porque los bienes muebles y raíces de los dos Monasterios son tantos, que no basta un solo Procurador para cuidar de ellos, sino que sería necesario que cada Monasterio se lo tuviese de por sí. 4.º Porque la unión con Ripoll es en perjuicio y destrucción de la observancia regular, pues por experiencia ciertísima se sabe, que sólo está la observancia de la Regla en toda su fuerza, cuando hay Abad propio entre los monjes; y por el contrario, cuando no lo tienen viven como cuerpo sin cabeza, ó sea, como ovejas sin pastor. 5.º Para la mayor erudición y doctrina de los monjes, porque teniendo Abad propio, cuidará de dar el hábito á los más dóciles y de mejor ingenio y de más ciertas esperanzas para el servicio de la Religión; y ellos estudiarán más para obtener premios; cosa que es imposible teniendo el Abad á distancia y separado de ellos. 6.º Porque es conforme al derecho común, que creciendo los bienes temporales, crezca también el número de los monjes; y como este Monasterio había crecido en uno y otro, no era posible la perfecta observancia sin Prelado propio que dirigiese y gobernase sus monjes, como un padre gobierna á sus hijos. 7.º Para la debida asistencia de los huéspedes y peregrinos; cierto es que muchos nobles y hasta los mismos reyes no se dispensan de visitar este Santuario, y faltando Prelado propio, no hay quien les pueda prestar el obsequio y cortesía que se les debe. 8.º Porque viendo los fieles que parte de sus limosnas van á parar á Ripoll, las retiran, sufriendo así menoscabo la devoción y los recursos. 9.º Porque es cosa pública y notoria que en los Monasterios que se administran por sí solos, sin depender de otros, todo prospera y aumenta, al paso que cuando son unidos á otros, sufren decadencia la devoción y las limosnas, como atestiguan el Priorato de Guisona, el de Escornalbou y el de Santa María de Salas. 10. Porque las obras de fábrica se resienten también de la falta de Prelado propio; pues ciertos monjes empiezan obras para no acabarlas, otros acaban por dejarlas arruinar y no hacer nada. 11. Por la pérdida y enajenación de las joyas regaladas á la Virgen; pues basta saberse de público que un Abad se las llevó á Ripoll, porque muchos devotos se retraigan de hacer regalos. 12. Por último, reclama esta separación el escándalo y mal ejemplo que se daba y seguía de privar á este Monasterio de tener Prelado propio, pues que las rentas adquiridas y ofrecidas por

los fieles lo han sido sólo para Montserrat y sus monjes, mas nó para traspasarlas ni consumirlas en otro Convento; pues en sabiéndolo, nadie había de dar más limosna á la Virgen de Montserrat.

Estas fueron las razones que opusieron nuestros monjes para impetrar la exención del Monasterio de Ripoll. Ahora sólo falta que el lector con imparcial criterio *juxta allegata et probata*, dicte la sentencia á favor de quien la merezca. Por nuestra parte sólo nos toca decir, que después de pleitear por más de un siglo, toda la gloria de haber triunfado Montserrat se debe á las diligencias, celo, constancia y talento del inmortal primer abad Fr. Marcos de Villalba, quien era digno y merecedor de ocupar una página gloriosa en esta nueva Historia.

CAPÍTULO TERCERO

FRAY BERNARDO BOYL.—Fr. Bernardo Boyl, monje y ermitaño de Montserrat.—Que Fr. Boyl fué monje Benedictino toda su vida.—Que de Montserrat salieron todos, ó la mayor parte, de los que le acompañaron al Nuevo Mundo.

I

Vamos á dedicar un capítulo al gran monje Fr. Bernardo Boyl. Digno es de esto, y mucho más, el que supo conquistarse todo el cariño de los Reyes Católicos, y el título de primer Legado Apostólico del Nuevo Mundo. Empero, si nos place poder tratar asuntos en que todos convienen, nos disgusta en cambio escribir sobre aquellos en que andan discordes las opiniones. Y esto precisamente es lo que nos pasa respecto del personaje que vamos á historiar. Que Fr. Boyl fué Religioso de gran figura, no hay quien lo dispute. Que haya sido siempre Benedictino y que se llevara sus compañeros de Montserrat, también ha habido quien lo ha negado. Nos creemos, pues, en el caso de tener que abordar esta cuestión algo difícil, sin poder prescindir de ello, porque su nombre va unido al de Montserrat, y su gloria es gloria de nuestro Convento. Empecemos, pues, por decir quién fué este gran personaje.

A fines del siglo XV hacía vida eremítica en esta santa Montaña



FR. BERNARDO BOYL, PREDICANDO Á LOS INDIOS



el venerable Fr. Bernardo Boyl, natural de Tarragona según la más común opinión. Se ignora la fecha de su profesión, porque no existe el libro donde se hallaba notada, pero es de suponer que Fr. Bernardo no la haría muy joven, toda vez que él mismo confiesa que entró ya convertido. Vivía en la ermita de la Trinidad, y desde allí van firmados todos sus escritos, *ex tuguriolo nostro Sanctissime Trinitatis*. Era muy querido y respetado tanto de los monjes como de los demás ermitaños. Consta en el Registro Episcopal de Barcelona, que Fr. Boyl fué ordenado de Subdiácono á 16 de Junio de 1481, de Diácono á 23 de Septiembre, habiendo recibido el Presbiterado á 22 de Diciembre del mismo año. Muy recomendables habían de ser las cualidades del nuevo sacerdote, cuando el año siguiente el abad de San Cucufate del Vallés, D. Gaufredo Sort, *vicarius in spiritualibus et temporalibus generalis Monasterii et totius abbatatus B. Mariæ Montis Serrati*, cuyo abad comendatario era entonces el cardenal D. Julián de la Rovere, después Papa Julio II, le revistió de facultades especiales para el ejercicio del sagrado ministerio en esta santa Montaña, nombrándole Superior inmediato de los ermitaños de Santa María de Montserrat, concediéndole amplios poderes para confesar á los peregrinos y á toda clase de personas que visitasen este Santuario, como también en la ermita de la Trinidad, *quam incolis in montibus*.

No sólo merecía Fr. Bernardo la confianza de los Prelados, sino que gozaba también de mucha confianza, y privaba de un modo especial en el ánimo del católico rey D. Fernando, como se desprende de algunas cartas reales en que se trata de asuntos pertenecientes al buen orden y gobierno del Monasterio, que se hallaba bastante decaído, con motivo de no tener Abad que residiese en el mismo Convento. Con fecha 23 de Octubre de 1482 escribió el Rey á los Religiosos una carta, que conviene transcribirla aquí, porque esta sola bastará por las demás. Dice así: «Lo Rey. Religiosos amats nostres: Vostra lletra reberem, per la qual nos donau avís de la vinguda en aquexa casa é Monestir del ilustre infant D. Enrich, lloch tinent general nostre, é del orde que aquell ha donat per la conservació de dita Casa, del qual havem pres gran plaher. E plahent á Nostre Senyor, será per avant procurat ab major compliment lo redrés de la casa. Pregamvos é encarregamvos que ab concordia é charitat siau units en lo servey de Nostre Senyor, benefici é conservació de la dita casa, car sempre en assó per nos sereu favorits. E trobam plaher del quens serviu, que lo Religiós é amat nostre Fr. Boyl sia stat tan sollicit é propici en lo ques stat menester per ditas cosas. Dada en Madrid á 23 días del mes de Octubre any MCCCCLXXXII.—Yo el Rey.—Trinyo, Secretario.»

Fué Boyl religioso muy instruído, como lo acredita la correspondencia que sostuvo desde su humilde ermita con el mallorquín Arnaldo Descós. No podemos extendernos, ni tampoco lo juzgamos necesario, en extractar, ni menos analizar, el muy sustancioso epistolario de esos dos hombres extraordinarios, que se comunicaban sus secretos de espíritu, y se animaban mutuamente al estudio de las ciencias. Dice Villanueva (1), «que á 29 de Noviembre de 1459 se imprimió el libro titulado *Colaciones del abad Isaach*, cuya traducción al castellano fué debida al P. Bernardo Boyl, monje ermitaño de Montserrat. Este traductor, continúa diciendo, fué hombre de reputación en tiempo de los Reyes Católicos, quienes lo destinaron á América en calidad de Nuncio Apostólico, dándole facultad de escogerse doce compañeros sacerdotes, los cuales no consta quiénes fuesen. Después se dice que volvió y fué Abad de Cuxá, y le ocuparon en otros negocios graves. Muchos materiales tengo recogidos de acá y de acullá, hasta de la isla de Mallorca, para escribir la historia de este célebre personaje, de quien algunos escritores han hecho tres, y cuyos hechos han confundido de una manera increíble, atribuyendo á los sobrinos lo que es del tío, y al contrario; y haciendo catalanes á los que no son sino valencianos. En suma, este punto biográfico merece una disertación separada.» Lástima que esa disertación se le quedara en el tintero, pues nadie, que sepamos, tiene noticia de que llegase á escribirse.

Dice el mismo Villanueva, que en el Archivo del Paláu de Barcelona, cuando hizo él su *Viaje literario*, existía un precioso libro escrito en lemosin, titulado *Llibre de floretes é d' Amorettes*, que son como unos tratados espirituales, escrito por un ermitaño, que él cree no puede ser otro que el P. Bernardo Boyl, monje y ermitaño de Montserrat. También dice, que existe una correspondencia latina literaria entre un mallorquín llamado Arnaldo Descós y Fr. Bernardo Boyl, ermitaño de Montserrat, cuyas cartas, dice, si en todo no son ciceronianas, á lo menos tienen bastante gusto y agudeza. Consta por estas cartas que tuvo un sobrino monje Benedictino. Lo sensible es que no tienen fecha de años.

II

Que Fr. Bernardo Boyl fué desde un principio ermitaño y monje Benedictino, que estuvo en la ermita de la Trinidad de esta Montaña, que fué gran talento y hombre extraordinario, y hasta muy querido y

(1) Tomo VII, pág. 155. Edición de Valencia, año 1821.

estimado de los Reyes Católicos, en esto convienen todos los autores antiguos y modernos. Pero que Boyl dejó de ser Benedictino para pasar á la Orden de los Mínimos, no falta quien lo ha defendido, pero no probado. Hay quien ha escrito que al embarcarse Fr. Boyl para América, había trocado la cogulla benedictina por el buriel mínimo. Nosotros, pues, vamos á sostener y probar la opinión contraria, esto es, que Fr. Bernardo Boyl fué siempre Benedictino y jamás Mínimo.

Nadie, que sepamos, hasta ahora se había tomado con empeño esta cuestión; algún autor la había sólo tocado como de soslayo. A nuestros tiempos estaba reservado embestirla de frente. Mas ¿de qué manera? ¿En qué circunstancias? Cataluña inició las fiestas del cuarto Centenario del descubrimiento de las Américas en este Santuario de Nuestra Señora de Montserrat, porque le pareció éste el lugar más adecuado. Aquí se hallaron los Obispos del Principado, aquí las primeras Autoridades civiles y militares, aquí el Ayuntamiento de Barcelona y una numerosa representación del Clero, de las Instituciones religiosas, Asociaciones católicas, Claustro Universitario, y de los principales Centros de vida científica, artística, industrial y mercantil; y todos á la una se prosternaron ante la excelsa Patrona de Cataluña, y le rindieron gracias por haber tomado bajo su tutela la evangelización del Nuevo Mundo, queriendo que fueran hijos de su santa Casa los primeros Apóstoles, que acompañando á Colón en su segundo viaje, fueron á derramar la semilla evangélica en las tierras descubiertas más allá del Atlántico. Grande honor era para este Santuario haber facilitado á la Iglesia y á la patria los primeros misioneros de la América, y por eso se le daba la primacía en la celebración del cuarto Centenario. Mas, apenas habían terminado los festejos celebrados en esta sagrada Montaña, y cuando los catalanes se felicitaban por ellos, y como si se quisiera decir á cuantas Corporaciones habían tomado parte en esta gran fiesta, todos habéis errado, apareció á la hora menos pensada en uno de los periódicos de Barcelona, el primero de una serie de artículos, titulado *El P. Boyl y sus compañeros en la evangelización de América*, en el cual se anunciaba el intento de demostrar: «1.º que no fueron monjes de Montserrat los primeros misioneros de América; 2.º que el P. Bernardo Boyl, cuando fué con Cristóbal Colón á las tierras recién descubiertas, ya no era monje ni ermitaño de Montserrat, ni siquiera Benedictino, porque había pasado á la Orden de los Mínimos.»

Muy mal parado quedaba el prestigio que en este Santuario Cataluña entera acababa de reconocer, si el autor de este trabajo hubiese llegado á demostrar sus dos asertos. Mas, por fortuna, el articulista

no logró su intento, porque los documentos que presentó no tienen el alcance que él se figuraba. No tenemos la presunción de estar en los ápices de cuanto á Fr. Boyl y sus compañeros de expedición se refiere, pero abrigamos el convencimiento de que si bien se ha llegado casi á confirmar la identidad de Fr. Boyl, Benedictino y fundador de los Mínimos en España, con Fr. Boyl, compañero de Colón en su segundo viaje, no se ha puesto en claro ninguno de los asertos que antes hemos transcrito. Algunos, que no estarán bien enterados de la historia de Montserrat, creyeron tal vez á primera vista, que el autor de tales artículos logró demostrar que nuestro Monasterio no tiene nada que ver con los primeros apóstoles del Nuevo Mundo, porque fácilmente podrían incurrir en el caso de suponer que sólo él había bebido en las únicas fuentes históricas donde puede esclarecerse este enredado asunto. Mas los que conocen á Yepes, Argaiz, Caresmar, Serra y Postius, Felú, Bofarull y otros cronistas é historiadores de crédito, y saben las fuentes á que acudieron para hablar de Boyl y sus compañeros de Misión, no pueden asentir á lo afirmado por el articulista, sin despojarse de sus más arraigadas convicciones históricas.

Empecemos por probar la filiación Benedictina de Fr. Boyl, y dejemos para el siguiente párrafo quiénes fueron sus compañeros de viaje y de Misión evangélica. Todos los escritores Benedictinos, y la generalidad de nuestros historiadores antiguos y modernos, nos presentan á Fr. Bernardo, al partir para las Américas con el famoso Almirante, vistiendo con honor la cogulla benedictina, y los documentos presentados por nuestro adversario contra este universal testimonio, no son tan claros y evidentes que puedan invalidarlo, mayormente habiendo sido conocidos y compulsados por aquellos cronistas é historiadores. Esos ilustres investigadores de cosas antiguas, al dar con un documento que indicaba una especie contraria á los hechos recibidos, no solían decir al momento que habían dado con la verdad que nadie antes había descubierto; sino que, más avisados que algunos contemporáneos, temían que el tal documento les dijera á éstos lo que no había dicho á aquellos á quienes fuera dirigido, pues en las mismas palabras pudieron los antiguos leer lo que más tarde, cambiadas las circunstancias del tiempo que determinaban el sentido, no se ve allí consignado. Nos referimos con esto al texto de la Bula dirigida por el Papa Alejandro VI á Fr. Boyl, antes de partir para América, que es precisamente lo que ha hecho dar algún aire de triunfo á nuestro adversario. Mas, á pesar del encabezamiento de esa Bula, que parece favorecer á nuestro contrario, pronto veremos como por los años 1492 y 1493 pudo llamarse á Fr. Boyl Vicario General

de los Mínimos, sin que por eso se entendiera que había dejado de ser Benedictino. Estos documentos, literalmente tomados, dicen hoy lo que no querían decir cuando fueron escritos. Y porque así lo entendieron Yepes, Felín y demás cronistas é historiadores, aun sabiendo que en algún documento (1) se llamaba á Fr. Boyl, Mínimo, y hasta Vicario General de los Mínimos, consignaron, no obstante, que el primer apóstol de las Américas pertenece á la Orden Benedictina.

Se nos arguye diciendo, que la primera vez que se nos presenta al P. Boyl como Mínimo, es en una carta del rey Fernando dada en Zaragoza á 22 de Septiembre de 1492, en la cual anuncia á todas las Autoridades y súbditos suyos, la fundación canónica de la nueva Orden instituida por el «venerable Fr. Francisco de Paula,» añadiendo: *Que à fecho su Vicario general de las spañas y en todos nuestros reynos y señorios al devoto religioso fray Bernal boil, ermitaño sacerdote; y por consiguiente, manda que dexeis y permitays libremente sin impedimento alguno al dicho fray Bernal boil corrector è vicario general, ò à quien su poder hoviera, que pueda publicar y publique las dichas bullas è orden de hermitanyos nuevamente instituida.*

Ahora bien, preguntaremos nosotros, ¿qué hay en la carta anterior de donde se deduzca que Fr. Bernardo Boyl fuese Mínimo? Nada absolutamente. En ella, sí, aparece revestido con la autoridad y poderes de San Francisco para instituir en España la Orden de Mínimos. ¿Es que repugna acaso ser Benedictino y Vicario General de otra Orden? ¿No fué San Raimundo de Peñafort quien estableció en Barcelona la Orden de la Merced? ¿No fué él mismo quien dió el hábito á San Pedro Nolasco, quien redactó las Constituciones y las hizo aprobar por la Santa Sede? ¿Ha habido hasta ahora quien haya pretendido inferir de aquí que San Raimundo había dejado de ser Dominico para ser Mercedario? Pues de la misma manera pudo Fr. Bernardo Boyl, que en Francia trató á San Francisco de Paula y admiró su santidad, tomar á su cargo el establecimiento de la nueva Orden en España sin dejar de ser Benedictino. Esto es, y no otra cosa, lo que se desprende del documento arriba citado, y de otros que se pueden presentar. Es, pues, un error insostenible decir que Fr. Boyl había dejado de pertenecer á la Religión Benedictina, habiendo de hecho pasado á la de los Mínimos, ó de San Francisco de Paula.

(1) Bula apostólica del Papa Alejandro VI, *Piis fidelium*, que está en el Apéndice n.º 8, que nos ha venido directamente de Roma. Es copia exacta y fiel del original que está en nuestro poder.

Aun tenemos otro argumento más concluyente para negar que Fr. Boyl haya pertenecido jamás á la Orden de los Mínimos, y es, que en Noviembre de 1490 aun vivía en nuestra santa Montaña, y hasta el mes de Septiembre de 1492 no le hallamos trabajando á favor de los Mínimos. Quisiéramos que se nos dijese, en solos dos años, ¿dónde está el tiempo necesario é indispensable para ir á Francia á desempeñar la Embajada que el Rey le confió, y que tantos trabajos le costó, para la restitución del Rosellón y de la Cerdaña, luego trasladarse á Tours, tratar de espacio á San Francisco, determinar su ingreso á la nueva Orden, solicitar y obtener de Roma el permiso para cambiar de Orden, pasar un año de Noviciado, y empezar á ejercer aquí sus funciones, nada menos que de Vicario General? Francamente, se necesita pensar de un modo muy raro para sostener opinión tan sembrada de dificultades.

Y no es esto sólo, sino que aun nos queda otro argumento, que para nosotros no tiene solución. Si cuando Fr. Bernardo Boyl fué á América con Cristóbal Colón no era ya Benedictino, sino Mínimo, ¿cómo se explica, que obligado por el mal estado de su salud y aburrido por sus diferencias con el Almirante, al regresar á la Península dos años después de haber aportado á las Américas, se retirara al Monasterio de *Benedictinos* de San Miguel de Cuxá, y no á otro perteneciente á la Orden de los Mínimos? Si en realidad de verdad Fr. Boyl era Mínimo, ¿por qué va á acabar sus días en un Convento de Benedictinos? ¿Es ó no contundente la argumentación? Sin embargo, todos los autores confiesan en que Fr. Bernardo, cansado del mundo, buscó un lugar de descanso en la Religión Benedictina, sin que se acordase de los Mínimos para nada.

Pero, dirá tal vez alguno, ¿no parece más natural que se hubiera retirado á Montserrat, en donde había vivido y profesado? A esta pregunta se responde fácilmente, que en este Monasterio acababa de introducirse la reforma que años hacía proyectaban los Reyes Católicos, habiendo sido agregado á la Congregación Benedictina de Valladolid, y como Fr. Boyl no estaba del todo conforme con este cambio, he aquí porque prefirió retirarse á San Miguel de Cuxá, que pertenecía á la Congregación Benedictina tarraconense, en la que había él siempre vivido. Poco después fué nombrado Abad del mismo Monasterio por el rey D. Fernando, con cuyo cargo falleció á 13 de Febrero de 1520.

A pesar de vivir tan retirado nuestro Fr. Bernardo, continuó siendo el hombre de confianza del Rey, quien le confió la difícil misión de acompañar al archiduque Felipe á Flandes en 1503, á través

de la Francia, para que impidiera, ó retardara por lo menos, la celebración de la paz que Francia solicitaba de España, y que después había de pedir al Archiduque, como en efecto sucedió, al llegar don Felipe y Fr. Boyl á Lión. El Archiduque se hubiera allanado á la proposición que le hizo el Rey de Francia, si el Abad de Cuxá no hubiera intervenido en nombre y representación del Rey Católico; alegando que nada podía concluir sin consultar antes á su Soberano. Que en esta ocasión era Fr. Boyl abad de Cuxá, lo testifica claramente Felú (1), y W. Prescott llama á ese embajador *eclesiástico Español, llamado Bernardo Boyl, abad de San Miguel de Cuxá: Spanish ecclesiastich named Bernardo Boyl, Abbad of. S. Miguel de Cuxá*. Y para mayor confirmación de cuanto acabamos de decir, afirma el P. Caresmar, que por sí mismo vió en el Catálogo de los Abades de San Miguel de Cuxá á Fr. Bernardo Boyl; todo lo cual demuestra de un modo claro y convincente, que después de su regreso de las Américas era tan monje Benedictino como antes de marchar. Digan, pues, lo que quieran nuestros adversarios, Boyl será siempre una de las principales glorias de Montserrat, porque nadie hasta el presente ha podido presentar pruebas, ni las presentará en el porvenir, de que queramos atribuirnos lo que no es nuestro. Bien hizo, pues, Cataluña en escoger este Santuario para celebrar el cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón, dando á Montserrat el honor que le corresponde por haber proporcionado á la América su primer apóstol en la persona de Fr. Bernardo Boyl, monje Benedictino.

III

Así como de las razones que acabamos de exponer, aparece terminante y decisivo que Fr. Bernardo Boyl nunca pudo ser Mínimo, porque siempre fué Benedictino, no lo es tanto el segundo punto controvertido, esto es, si fueron ó no todos montserratinos los doce compañeros que fueron con él á evangelizar el Nuevo Mundo. Mucho se ha discurrido sobre este punto, y aun no se ha logrado salir de la confusión que hay en esta materia. Los que sostienen que no pudieron salir de este Monasterio, porque en aquellos días el personal era muy reducido, se engañan, como luego veremos. Estos, lejos de presentar á su favor pruebas positivas, se contentan con decir que nadie

(1) Libro XVIII, cap. vi.

da lo que no tiene. Y entiéndase bien que esta sola, en defecto de otras, es la prueba más socorrida que saben aducir para probar su tesis. De suerte que, después de discutir fuerte y con calor un día y otro día, aun continuamos en la misma incertidumbre de siempre. Por lo que se deja entrever, los antiguos historiadores no se fijaron bien en la calidad de los compañeros de Fr. Boyl, ó del Legado Pontificio enviado por Alejandro VI á las tierras recién descubiertas. Algunos aseguran que fueron monjes Benedictinos de Montserrat, y esta ha sido la tradición constante del Monasterio, y de este mismo parecer son los Cronistas Benedictinos. Gomara (1) da á Fr. Boyl por compañeros á doce clérigos. Herrera (2) los llama Religiosos. Sepúlveda (3) los apellida indiferentemente sacerdotes y monjes. Illescas dice que fueron doce clérigos. Oviedo (4) los denomina *Religiosos, personas de probada é santa vida é letras*. Bartolomé de las Casas (5) dice, que conoció dos Religiosos de la Orden de San Francisco, que fueron con Boyl á América, *frailes legos, uno de los cuales se llamó Fr. Juan de la Ducla, ó Fr. Juan el Bermejo, porque lo era, y el otro Fr. Juan de Fisín*. Y en la página 500 añade, que fueron allá, además de los susodichos frailes, tres ó cuatro clérigos. Es decir, que ni en los historiadores, ni en los documentos antiguos, hallamos consignado quiénes fueron los misioneros que á las órdenes de Fr. Boyl marcharon á la evangelización de la América. Por esto el juicioso P. Villanueva, después de haber visitado los Archivos, examinando las fuentes históricas, afirmó que no consta quiénes fueron los doce compañeros de nuestro ilustre Benedictino.

El articulista, de quien antes nos hemos ocupado, ha dicho: que la tradición de los doce monjes que marcharon de Montserrat con el P. Boyl, en la segunda expedición de Colón, es una leyenda falsa, del todo insostenible. Partiendo del supuesto de que Fr. Boyl, al ser designado para Apóstol de América, era Mínimo profeso y tráfuga de nuestra Orden de San Benito, no cree que el Mínimo *fuese á buscar sus compañeros entre los Religiosos del Monasterio y de la Orden que acababa de abandonar*; pero como hemos demostrado que la suposición no es aceptable, tampoco lo es la consecuencia que de ella se quiere deducir. Seguidamente refuta á Felú y á Bofarull, apoyándose también en que si Fr. Boyl había abandonado á los Benedictinos,

(1) *Historia de las Indias*, cap. xx.

(2) Dec. 2, lib. II, cap. v.

(3) *Fasti novi orbis*, lib. I.

(4) *Historia de las Indias*, tom. I, pág. 32.

(5) Tom. I, cap. LXXXI, pág. 494.

no había de pedirles el personal que había de llevarse á las Américas; pero si Fr. Boyl no dejó nunca de ser Benedictino, no desbarra Bofarull al decir que el elegido por la Santa Sede *no querría anteponer á sus hermanos de Orden y Convento, individuos de otras distintas, mayormente porque la devoción de Fernando é Isabel á Montserrat era patente.*

Dice después nuestro impugnador, que Fr. Boyl no pudo sacar doce monjes de Montserrat, porque era grande la penuria de personal que sufría el Monasterio en la última década del siglo XV; y porque se había introducido en él la reforma vallisoletana, que hizo necesario *traer personal nuevo de otro Convento*; y como *nemo dat quod non habet*, dice, de ningún modo podían salir de este Convento doce monjes para acompañar á Boyl en su viaje al Nuevo Mundo. Vamos á deshacer y triturar este argumento, que parece de algún peso á primera vista, pero que bien examinado se reduce á nada. No, no era tan grande como se supone la penuria del personal en esta Casa, ni es exacto que á la sazón hubiese sólo doce monjes y algunos sacerdotes seculares, ni tampoco la reforma se debió á la escasez de personal. Vivían en este Monasterio en aquellos días doce monjes cenobitas ó claustrales, doce eremitas ó anacoretas, con más un Director de los mismos, que lo había sido antes el mismo Boyl, doce donados y algunos legos, y doce sacerdotes seculares; y aun á éstos se agregaron catorce monjes venidos de Valladolid á 2 de Junio de 1493, con los cuales había de llevarse á efecto la proyectada reforma. Había, por lo tanto, personal suficiente para que Fr. Boyl sacara de Montserrat todos ó la mayor parte de sus compañeros. Y la llegada de los catorce monjes vallisoletanos, lejos de dificultar esa elección, hubo de facilitarla, teniendo en cuenta que no todos los habitantes de esta Casa habían de allanarse con gusto á la reforma, que ellos no pedían, sino que se les imponía, precisamente en unos momentos en que el llamamiento de Fr. Boyl les brindaba oportunidad para eludirlo.

Mas, aún no se da por satisfecho nuestro articulista. Quiere apelar al silencio de los historiadores que han escrito sobre Montserrat, en comprobación de que no salieron de aquí, no ya doce, pero ni aun dos ó tres monjes. «No hubieran, dice, pasado esto por alto ni el abad D. Pedro de Burgos, al publicar en 1514 su *Historia y Milagros de Nuestra Señora*; ni el poeta Fr. Antonio Brenach, al escribir su poema *Saxico*; ni el poeta castellano D. Cristóbal de Virués, que escribieron en el mismo siglo, y por último el P. Villanueva, que después de haber registrado nuestro Archivo confiesa, *que no consta*

quiénes fueron los doce compañeros que debió elegirse Fr. Bernardo Boyl.» Téngase en cuenta que Villanueva ni afirma ni niega que los compañeros de Boyl salieran de este Monasterio, sino que sólo se limita á decir, *que no consta quiénes fueron*, lo cual es muy distinto, y hace débil por demás la argumentación aquí empleada. Pudieron Burgos, Brenach y Virués no ocuparse en esta cuestión sin que sus obras desmerecieran un punto. Recuérdese que el P. Mariana, que tan largamente diserta en su Historia sobre leyendas fabulosas de la España primitiva, sólo dedica algunas líneas á Cristóbal Colón. Este silencio es cosa frecuente en los historiadores, y más aún en los poetas, quienes ni todo lo dijeron, ni podían decirlo todo. Menos aún debe darse importancia al silencio que guardaron Burgos, Brenach y Virués sobre los compañeros de Fr. Boyl, cuando ni siquiera se han ocupado de su persona.

Hemos discutido las principales dificultades y observaciones presentadas por nuestro adversario, á fin de que quedase reducida á mera leyenda la tradición de esta Casa, relativa á los monjes que acompañaron á Fr. Bernardo Boyl en su viaje á las Indias. Ni un solo rayo de luz arrojan sobre esta cuestión los tan cacareados documentos. Los historiadores que nos favorecen no quedan refutados por los documentos exhibidos, ni por las razones alegadas. Acaso no fueron doce, sino menos, los misioneros salidos de Montserrat. Acaso no todos fueron de Misa, y había entre ellos algún lego. Acaso no todos fueron cenobitas, y siguieron á su antiguo Director algunos ermitaños. Acaso fray Boyl llevó consigo algunos de los sacerdotes seculares que vivían en esta Montaña, que habían de abandonar ó habían abandonado á causa de la reforma que se estaba elaborando en aquellos precisos momentos. Los antiguos historiadores y los documentos examinados no permiten hacer afirmaciones concretas sobre esta materia; pero tampoco autorizan para formular negaciones rotundas, como alguno se ha permitido.

En suma, hemos de confesar ingenuamente que la Divina Providencia permitió, tal vez para mayor gloria de la Virgen de Montserrat, que se disputara la naturaleza, por lo menos adoptiva, de uno de sus más preciados hijos; y ¿qué ha resultado? Que con motivo del presente debate ha quedado demostrado que Fr. Bernardo Boyl fué monje Benedictino hasta su muerte, y Mínimo jamás. Ha resultado, además, que si no es cierto, es más que probable, que los doce compañeros elegidos por él mismo para ir á predicar el Evangelio en el Nuevo Mundo, salieron, sino todos, la mayor parte, de Montserrat.



LA CATEDRAL DE CHICAGO, DISEÑADO POR

EL ARQUITECTO



FR. GARCÍA DE CISNEROS, MEDITANDO LA
REFORMA

CAPÍTULO CUARTO

FRAY GARCÍA DE CISNEROS.—Quién fué el abad García de Cisneros.—Reforma que hizo en este Monasterio.—Actos que engrandecen su persona.

I

Otra de las figuras que más han descollado y ennoblecido este Monasterio es el célebre abad *Fr. Francisco García de Cisneros*. Tomó el hábito en San Benito de Valladolid en 1475, á la edad de veinte años, dando muestras manifestas de su raro talento y virtud. Era humilde y rendido, amigo de oración y contemplación, en que Dios le hizo particulares favores y regalos. Su vida puede ser comparada con la de los varones de mayor fama que ha tenido la esclarecida Orden de San Benito. Había sido Prior de Valladolid. Supo administrar con tanta prudencia y santidad este oficio, que dió muestras de merecer otros mucho mayores; así que, el General Fr. Juan de San Juan, para un negocio tan grave como era ir á un país extraño para reformar una Casa, de ninguno le pareció se podía fiar tanto como de este bienaventurado varón, para ponerse al frente de la reforma de este nuestro Monasterio, reforma tan deseada por los Reyes Católicos y reclamada por la opinión pública. Elegido, pues, por Prelado nuestro García de Cisneros, fué confirmado por el General por el término de dos años; porque en los principios de la reforma no quisieron dar muy largo tiempo á los que gobernaban hasta haberlos probado. Después fué elegido de nuevo, habiendo gobernado el Convento hasta su muerte. Cuando entraron los Padres de Valladolid, fué suprimida la dignidad Abacial, y gobernaba el Superior con el simple título de Prior, hasta que fué restituída de nuevo la antigua Abadía.

Fué extraordinaria la prudencia con que supo disponer las cosas de este Convento este santo Abad. Al frente de todos iba siempre él como capitán, siendo el primero en todos los actos conventuales, en el coro, en la lección, en la oración, en las obras de manos, en las penitencias, de muchas de las cuales sólo fueron testigos Dios y su conciencia. Su trato, pláticas y conversaciones, eran todas espirituales y sólo del cielo; y como interiormente estaba inspirado de Dios y ver-

daderamente enamorado, comunicaba el fuego de su devoción á cuantos comunicaban con él. Mas, porque las palabras vuelan y desaparecen, quiso también dejar escritas é impresas muchas de las cosas que había alcanzado con la práctica y experiencia, para que quedasen eternamente estampadas en el ánimo de todos sus súbditos. Por esta razón compuso aquellas dos obras tan alabadas de los hombres doctos y devotos. La una, que tituló *Ejercitatorio de la vida espiritual*; y la otra, *Directorio de las Horas Canónicas*, tan bien recibidas en su tiempo, que todos los hombres las buscaban para aprovecharse de ellas, y que fueron traducidas á todas las lenguas. Así con sus pláticas y libros crió los primeros monjes de la reforma en Montserrat, y salieron éstos tan espirituales, tan observantes, tan fervorosos, que pronto fueron sus raras virtudes de grandísima resonancia en España y en el extranjero.

Otro de los actos que desde el principio le alcanzaron fama, fué el disponer que todos los fondos y rentas del Monasterio formasen un sólo acervo común. Sin embargo, no le faltaron resistencias en este acto por parte de aquellos monjes de quienes dijimos en el curso de esta Historia, que en virtud de sus oficios se tenían repartida entre sí la hacienda; pero la mucha prudencia de que estuvo dotado este Abad, hizo que triunfase de todos los obstáculos y dificultades que le salían al paso. Fué este ilustre personaje sobrino del Cardenal Regente del Reino D. Francisco Giménez de Cisneros, honra de la Religión Franciscana y gloria de nuestra España, á quien se pareció mucho en el genio y valor para la resolución de los negocios más arduos y espinosos. En una sola palabra puede compendiarse todo cuanto podría decirse de nuestro biografiado: Fr. Francisco García de Cisneros, abad de Montserrat, fué un sabio y un santo.

II

Una de las cosas que más pudieron contribuir á que la reforma de este Convento diese tan felices y abundantes resultados, fué sin duda el buen orden que Fr. García supo poner en ella, distribuyendo el personal en cuatro clases, separadas completamente, pero tan unidas y enlazadas entre sí, que la una no podía moverse sin la otra, conspirando todas á un mismo y único fin, clases conocidas con el nombre de *escolanes*, *frailes legos*, *ermitaños* y *monjes*. Para cada una escribió Constituciones tan saturadas del más puro misticismo, que parecen inspiradas por el mismo Espíritu Santo.

A los escolanes les señaló departamento enteramente independiente de los demás de la Casa, que bautizó con el nombre de *Escolanía*. Fué señalado uno de los monjes, el más indicado para tratar con niños, para llevar la dirección y gobierno de los mismos; designó el traje que habían de vestir, los rezos que debían hacer y los actos á que quedarían obligados. Les prescribió silencio riguroso, mandándoles abstenerse de tratarse ni comunicarse con los demás de la Casa. En una palabra, se hizo cargo el Abad de los peligros de la juventud y de sus remedios. Quería que estos niños no sólo aprendiesen la música y el canto, mientras permaneciesen en el Convento, sino que además de salir bien instruídos cuando partiesen á sus casas, fuesen también niños virtuosos y edificantes, para **que** pudiera decirse de ellos que eran en verdad *Pajes de Nuestra Señora*.

Formó también la Comunidad de frailes legos, para el servicio del Convento y de la gente forastera. Tenían Noviciado en forma, con sus particulares Constituciones; vestían hábito apropiado, y hacían votos perpetuos. Estos se llamaban legos, porque no se ordenaban, en razón de los oficios á que eran destinados. Tenían su rezo y formaban Comunidad aparte como los escolanes. Unos iban á coleccionar limosnas por toda España, otros servían y cuidaban de los peregrinos, y los demás cuidaban de las vituallas, á fin de que no faltase nada para el Convento ni para la gente forastera.

Otra Comunidad muy respetada y respetable creó el abad García de Cisneros, llamada de los *ermitaños*, que tenían también sus Constituciones propias, bastantes ellas solas para hacer santos para el cielo. Estos se ejercitaban en la vida activa y contemplativa. Estaban siempre en sus respectivas ermitas, orando y trabajando. Llevaban hábito particular y barba larga. Bajaban en algunas festividades principales al Convento, y tomaban parte en sus funciones. Eran siempre objeto de edificación, y no pocos murieron en olor de santidad.

Finalmente reformó los monjes de un modo tal, que en breve tiempo estaba la Comunidad desconocida, por la perfecta observancia de la santa Regla y los deseos ardentísimos que tenían todos de su perfección particular. Esto fué causa de que muchos monjes claustrales, deseosos de adelantar en el camino del cielo, dejando sus propios Monasterios, viniesen á engrosar el número de este Convento, y que la devoción á la Santa Virgen tomara mayor incremento todos los días. Pronto empezaron á crecer y desarrollarse también aquí las ciencias, formándose varones santos y sabios á la vez. Todo esto fué debido al celo incansable y talento de nuestro gran abad García de Cisneros. Aunque no hubiera hecho otra cosa este varón admirable, que crear y

desarrollar estas cuatro Comunidades en el estado de perfección á que llegaron, bastaría esto sólo para hacer inmortal su nombre. Al hacerse cargo de esta Comunidad, con dificultad podía contarse el exiguo número de doce monjes, y cuando falleció tuvo el consuelo de dejar más de setenta, cambiados y transformados enteramente.

Como al poco tiempo de hallarse al frente de Montserrat viese nuestro Abad el gran concurso de fieles que todos los días acudían á visitar á la Santísima Virgen, conoció la necesidad de ordenar la Casa de manera que se pudiese atender á todas las necesidades. A este fin puso estudios de Filosofía y Artes, mandando que si faltasen profesores ó maestros en el Convento, se buscasen fuera y fuesen bien retribuidos. Quiso también que no faltasen confesores instruidos en ciencias, y versados en varias lenguas, para escuchar á tanta gente que de todas las naciones acudía á este Santuario. No fué poco el bien que resultó de estas tan sabias disposiciones. Solía decir el abad García de Cisneros, que en habiendo tales ejercicios en los Monasterios, no podían faltar monjes doctos para oír las confesiones y predicar la divina palabra.

III

Llegó á oídos del Rey la fama de un varón tan eminente, y quiso aprovecharse de sus prendas extraordinarias. Enterado del juicio y religión del P. Fr. García de Cisneros, á cuyo tío Fr. Francisco Giménez de Cisneros había hecho Arzobispo de Toledo en 1496, pensó servirse del sobrino para otros oficios. Por esto el año siguiente le nombraron embajador del Rey en Francia, en compañía de Fernán, duque de Estrada, que era maestresala del Príncipe, para que se tratase de la paz general de estas dos coronas. Confírmase esto por la carta que el Rey Católico envió á D. Juan de Labrit, infante de Navarra, carta que va continuada en el Apéndice n.º 9. Acabada esta embajada, y puesto de nuevo al frente de su querido Convento en 1497, vió García que el Papa Alejandro VI acababa de conceder el título de Abadía á algunos Prioratos del Orden de San Benito, y no satisfecho con una ley tan general, acudió para obtener esta gracia en particular para Montserrat, y el Papa se la otorgó en 1499. Cuando entraron los monjes de Valladolid, habían cambiado el título de Abadía por el de Priorato.

Vino luego el Capítulo que celebró la Congregación en Valladolid, en donde fueron presentadas para su aprobación las célebres

Constituciones hechas por el abad García de Cisneros para las cuatro Comunidades que acababa de fundar, y después de ser examinadas detenidamente, les parecieron tan bien á los Padres del Capítulo, que no sólo las aprobaron, sino que mandaron fuesen guardadas inviolablemente en este Monasterio, como se ha dicho en otra parte.

Aun no se contentó con esto el infatigable Abad, sino que él y su Convento resolvieron que el mismo General las viese, leyese, aprobase y sellase, confirmase y diese la debida autoridad para su observancia como convenía, por estar unida esta Casa con la Congregación de Valladolid, y así se hizo. Era entonces General el P. Fr. Pedro de Nájera, á quien gustaron mucho las dichas Constituciones. Aprobó-las, y dió la autoridad necesaria para su observancia.

Estas Constituciones y ceremonias volvieron á ser confirmadas en el Capítulo siguiente, que fué abierto á 6 de Mayo de 1503, siendo General el mismo Fr. Pedro de Nájera, el cual, junto con los demás Definidores, las elogió de nuevo, y aprobó sin quitarlas ni añadirles cosa alguna; antes bien, puso silencio perpetuo á aquellos que las quisieren contradecir, porque juzgaron ser éstas y no otras las costumbres y Constituciones que conviene se guarden en Montserrat; y así los Padres Abades y Definidores, loándolas, las confirmaron, según estaban ya confirmadas en el Capítulo general último, en cuanto hallaban convenía para el servicio divino y estado del Monasterio, mandando y definiendo juntamente con el Capítulo general, que del presente día en adelante nadie se atreva en la Congregación hablar ni contradecir, de que no se guarden y observen las dichas Constituciones, ceremonias y costumbres en el Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, y que se guarden perpetuamente. Esta fué la última llave que se echó para la observancia de las leyes del venerable fray García de Cisneros, que fué de tan buen efecto, que por más de cien años no hubo quien se separase ni desviase de una siquiera.

Otra acción hizo este Abad, junto con su Convento, que no dió menos lustre al Santuario que las anteriores, y fué cerrar la puerta, por auto público, para que no se admitiese á la recepción del hábito de nuestro Padre San Benito á persona que no fuese de sangre limpia, sin raza de judío, ni moro, ni recién convertido á la fe católica, escarmentando en cabeza ajena de otras religiones, que habían padecido algunos trabajos cerca de este punto.

Por más grande que apareciese nuestro abad García, no por esto se vió libre de pleitos de no escasa importancia; pero de todos tuvo la suerte de salir en bien. Con esto, y la observancia que había introducido en este Convento, ganó mucho renombre en todo este Principado,

y tanto lugar supo hacerse en el corazón de los mismos Reyes, que trataron de nombrarle Reformador de todas las Abadías de Cataluña que llevaban el título de Claustrales. Por un instrumento que había en el Archivo, y va continuado en el Apéndice n.º 13, resulta, que se contentaron con hacer cierta concordia, por cuyo tenor se viene en conocimiento, que hubo resistencia por parte de algunos Monasterios, y que fué necesario que el Rey acudiese al Papa Alejandro VI para obtener Bula de Visitador y Reformador de las Abadías claustrales á favor del abad García de Cisneros; mientras que los Padres claustrales abrieron y convocaron Capítulo para tratar, estudiar y resolver este asunto.

Juntáronse, pues, en Capítulo provincial el día señalado, mas los deseos del Rey, por más justos que fuesen, no pudieron llevarse á efecto. A este Capítulo fué llamado y asistió nuestro abad García; tratáronse las materias, pero á muchos de los monjes claustrales les pareció que con la visita y reforma propuesta se les impondrían nuevos gravámenes; por lo que apelaron á Roma y se resistieron, á pesar de toda la buena voluntad del Abad de San Cucufate y su palabra empeñada con el mismo Rey. Los que hicieron mayor resistencia fueron el Prior y monjes de dicho San Cucufate del Vallés y de Santa María de Ripoll. En vista de este fracaso, volvióse á su Convento el abad García, para tratar más de cerca y con mayor actividad de su vida interior y de los monjes, que era todo su ideal.

Llegó el año 1510, y á 27 de Noviembre, cargado de trabajos y méritos ante Dios y los hombres, le dió la última enfermedad, que recibió con grande alegría y contento de su alma, y recibidos con mucho fervor los últimos Sacramentos, murió como había vivido, rodeado de todos sus amados hijos, que lloraban la pérdida de un tan buen Padre y celoso Abad. Diéronle sepultura tan digna como se merecía, honrándole con una sencilla lápida y un epitafio tan breve como significativo. Decía así: *Hic jacet Frater García de Cisneros, Abbas, hujus Monasterii reformator. M. D. X.*



THE LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
AND
ZOOLOGY
OF THE
CITY OF
MONTREAL
1850-1851
1852-1853
1854-1855
1856-1857
1858-1859
1860-1861
1862-1863
1864-1865
1866-1867
1868-1869
1870-1871
1872-1873
1874-1875
1876-1877
1878-1879
1880-1881
1882-1883
1884-1885
1886-1887
1888-1889
1890-1891
1892-1893
1894-1895
1896-1897
1898-1899
1900-1901
1902-1903
1904-1905
1906-1907
1908-1909
1910-1911
1912-1913
1914-1915
1916-1917
1918-1919
1920-1921
1922-1923
1924-1925
1926-1927
1928-1929
1930-1931
1932-1933
1934-1935
1936-1937
1938-1939
1940-1941
1942-1943
1944-1945
1946-1947
1948-1949
1950-1951
1952-1953
1954-1955
1956-1957
1958-1959
1960-1961
1962-1963
1964-1965
1966-1967
1968-1969
1970-1971
1972-1973
1974-1975
1976-1977
1978-1979
1980-1981
1982-1983
1984-1985
1986-1987
1988-1989
1990-1991
1992-1993
1994-1995
1996-1997
1998-1999
2000-2001
2002-2003
2004-2005
2006-2007
2008-2009
2010-2011
2012-2013
2014-2015
2016-2017
2018-2019
2020-2021
2022-2023
2024-2025



FR. PEDRO DE BURGOS, PRIMER HISTORIADOR
DE MONTSERRAT

CAPÍTULO QUINTO

FRAY PEDRO DE BURGOS.—Primeros años de Fr. Pedro de Burgos.—Por qué ha sido el primer historiador de este Santuario.—Actos que le acreditan de varón extraordinario.

I

Digno también de eterna memoria será siempre en los fastos de Montserrat el abad Fr. Pedro de Burgos. Nació en esta misma ciudad de donde tomó el nombre. Desde que empezó á tener uso de razón, halláronle sus padres de tan buena inclinación, y de tal ingenio en los primeros rudimentos de la gramática latina, que le enviaron á la entonces famosa Universidad de Salamanca para estudiar Lógica y Filosofía, en donde se dió al estudio del Derecho Civil y Canónico con tal cuidado y provecho, que á los dieciocho años de edad fué graduado de Licenciado y Doctor. Con tales honores estaba cuando Dios le tocó, y cortando el camino á las esperanzas que de él tenían sus padres, tomó el hábito de San Benito en el Monasterio de San Juan de Burgos en 1481, donde vivió con grande observancia. Aunque el glorioso Doctor de la Iglesia, San Jerónimo, dice, que es difícil que un monje pueda ser perfecto en su patria, el Abad General halló con tanta perfección á Fr. Pedro en su Convento de Burgos, que éste mereció ser nombrado entre los compañeros que había de llevar Fr. García de Cisneros para la reforma que iba á empezarse en este Monasterio de Montserrat.

Mientras estuvo en este Convento, mostró tales pruebas de ingenio y letras, que ofreciéndosele á la Congregación muy arduos y difíciles pleitos, fué escogido Fr. Pedro para Procurador General en la Curia Romana. Según parece, todo esto se relacionaba con la reforma de las Abadías claustrales, así de Cataluña como de Castilla; porque unas las tenían Obispos y Arzobispos, y otras Canónigos. Los primeros con la autoridad, y los segundos con el gasto de las rentas, todos estaban armados para la defensa. Aquéllos las retenían para sostener el fausto de su dignidad, y éstos para su mayor regalo y poder residir en las capitales y en la Corte; pues que á los monjes se les habían olvidado las obligaciones de la Regla de Nuestro Padre San Benito, y con la

buena compañía se les había pegado el uso del bonete, la manga muy ajustada y abotonada, hasta el punto de que la saya se les había trocado en loba y sotana. Llevaban las medias de punto y el calzado alpargado, con mucha flojedad y poco recogimiento, con lo que ofendían la vista de los reyes y en nada edificaban al pueblo. Y como á tanta relajación no bastaban las quejas de los Generales de la Congregación, por esto fué preciso enviar á Roma á Fr. Pedro de Burgos. Poco estuvo en la capital del mundo católico, porque el abad García de Cisneros estimó conveniente ceder en la reforma de las Abadías de San Cucufate y Ripoll por los motivos consignados en la biografía de este último Abad.

Poco después de su llegada de la ciudad de Roma, renunció esta Abadía Fr. Pedro de Muñoz; y en 1512 fué elegido Fr. Pedro de Burgos. Cuando el rey Fernando tuvo noticia de esta elección, se alegró en gran manera, pues conocía las prendas relevantísimas de este Religioso. En Febrero de 1513 murió el Papa Julio II, y le sucedió León X; al momento acudió el Rey á Su Santidad para que la tan deseada reforma pasara adelante, no para los monjes, cuya tenacidad y resistencia tenía bien conocida; sino esta vez para los Conventos de monjas, quienes, como de condición más blanda y dócil, tendrían más buen efecto los deseos de Su Majestad. A 16 de Junio de 1513 concedióle el Breve el Pontífice León, siendo la cláusula principal: *Ut visitatio fieret juxta cujuscumque Ordinis Regularia Instituta atque consuetudines ad sancte beneque vivendum.*

Grande era el concepto en que era tenido el abad Fr. Pedro de Burgos; pero mucho mayor fué después de haber desempeñado esta tan difícil misión. El rey Fernando solicitó que el Abad de Montserrat fuese Visitador de los Conventos de monjas, y Reformador de cualquiera Orden que fuese, lo que fué sin duda de mucho honor, habiendo Franciscanas, Dominicas, Agustinas, Jerónimas, Bernardas y Benitas, y en cada una de estas Religiones, varones doctos y espirituales. Visitó, pues, el de Santa María y Santa Clara de Pedralbes, monjas Franciscanas; Montesión, de Santo Domingo; Jerónimas, del Santo Doctor del mismo nombre; Magdalenas, Agustinas; Montealegre, de la misma Religión; Santa María de los Angeles, de Santo Domingo; Valldoncella, de Bernardas; Junqueras, de San Benito primero, y después de Santiago. Todos estos ocho Conventos visitó y reformó el abad Fr. Pedro, encargando á los Superiores ordinarios de cada Religión, que en cuanto á la ejecución y guarda de la visita, procurasen hacerlo con mucho cuidado y sin estrépito.

En cuanto á los Conventos de nuestra Orden, consta que visitó el

de San Pedro de las Puellas de Barcelona, procurando reducir las Religiosas al antiguo modo de vivir, y más ajustadas á la Santa Regla. Visitó también el Convento de San Antonio y Santa Clara; llamábanse estas Religiosas monjas de San Damián, porque habían venido de Italia del Monasterio de San Damián, fundado en la ciudad de Asís, y como habían sido visitadas y confesadas por Religiosos Menores desde que fueron trasladadas á Barcelona, tanto el Rey, como el pueblo, todos creían que las monjas eran también Franciscanas, y no era así; porque las monjas de San Damián de Asís, de donde había venido la Madre María de Pisa, eran también Benitas. Las monjas probaron lo que pretendían, y el abad Fr. Pedro de Burgos las amparó y defendió, dándolas el mismo hábito que usaban las de San Pedro, y unió este Convento á la Congregación Claustal Tarraconense. Sobre si estas monjas debían ser Franciscanas ó Benitas, hubo una cuestión muy ruidosa, en la que hubo de intervenir el mismo Sumo Pontífice; mas como cosa ajena á nuestra Historia, remitimos al lector que quiera enterarse al autor de la *Perla de Cataluña*, capítulo XLV.

II

Los hechos que acabamos de historiar realzan y engrandecen sobremanera la persona de nuestro humilde abad Fr. Pedro de Burgos. Otros hay que no le son menos favorables y meritorios. En aquellos días toda la opinión de Cataluña y de la Corona de Aragón estaba á su favor. La Virgen Santísima con los continuos y estupendos milagros que obraba, había acreditado más de lo que merecían á los monjes de este Santuario. Disputábanse las gentes sobre si era ó no cierto lo que se decía de Montserrat, porque sólo en el año 1513 había obrado Nuestra Señora cuatro milagros en diferentes lugares y personas, y esto hacía que aumentasen más la devoción y las visitas á este Santuario.

Tanta continuación de milagros dió y encendió los deseos de muchos curiosos que los ponían en duda. Uno de ellos fué D. Juan de Aragón, duque de Luna, conde de Ribagorza, que ya que no vino personalmente para ver si concertaban los hechos con los dichos, como lo hizo en otro tiempo la Reina de Sabá para ver lo que se decía del rey Salomón, quiso fiarse de la relación del abad Fr. Pedro. Al efecto, le escribió una larga carta en que le decía y pedía lo siguiente:

«Muy Reverendo Señor. La fama de essa devotíssima y celeberrima Casa de Nuestra Señora la Virgen María de Montserrat entre nosotros, y donde quiera que me he hallado, es tan sublimada y reputada, no solamente de la gente vulgar y común, más aún de los mismos Príncipes, grandes Prelados y Señores, que ya no puedo, no deponer mi pertinacia, de no querer dar algún crédito á las cosas que tanto, y de tales y por tantos se afirman. Que aunque diversas veces haya visto por experiencia, recitarse milagros y contarse maravillas; y después, cuando es bien palpado y examinado, hallarse ó todo, ó la mayor parte dellos ser burla, y á esta causa, lo que de esta materia se dice, lo suelo tener por sospechoso. También temo errar por el camino contrario, no queriendo inclinarme á creer lo que personas de tanta nobleza y autoridad creen, mayormente que quando han bien dicho, dicen, que todo lo que se puede creer es nada, en comparación de lo que es verdad. Pues porque yo, como otro Paulo convertido de Saulo, predique las maravillas, que con tanta dificultad suelo creer, y tan fácilmente suelo contradecir, y oydas de mi boca, tanto sean avidas, y reputadas por bien ciertas y examinadas, quanto todos los que me conocen, saben, que no sin muy cierto fundamento las creí, ruego á V. R. P. que como verdadero siervo de Nuestra Señora, que tantos años ha governado essa devotíssima Casa, breve y fielmente por su letra me informe de todo lo que buenamente explicarse pudiera; porque teniéndola de su mano, mi corazón estará muy reposado, y satisfecho, y con ayuda de la mesma Nuestra Señora, yo me esforzaré en publicar sus verdaderas maravillas, las quales sé, que siempre que ella quiere, su precioso Hijo por su amor obra, que no soy menos devoto á las ciertas, que dudoso en no las tener por ciertas, sin fundamento cierto. Y señaladamente me satisfaga á los capítulos siguientes.

«Primeramente, el primer capítulo sea de la descripción de essa tan famosíssima Montaña, y de su compostura, y aspereza, y de algunas cosas notables que en ella son. El segundo, porque essa Montaña se llama de Montserrat, y porque essa devota Casa tiene por armas unas riscosas montañas, y en lo más alto dellas la Madre de Dios assentada con su bendito Hijo en los brazos, que tiene una sierra en las manos puesta sobre las peñas como si las asserrase. El tercero, me declaré la fundación de esa celeberrima Casa de Montserrat, y cómo fué hallada la bendita Imagen de esta sacratísima Señora, y la vida de Fr. Juan Garí. El quarto, como está edificada essa Cámara Angelical, y de su iglesia, y de los misterios y cosas notables, que en ella son, y la causa porque ay por las paredes della tan-

tas cosas de pintura y bulto. En el quinto me diga, que es la causa que esta santa Casa, siendo tan pobre y teniendo tan poca renta, según todos dicen, hace tan grandes gastos, y no es destruída, mas antes siempre dicen que prospera; y como ha sido preservada tan luengos tiempos de las grandísimas rocas, que sobre ella están, y de las que lo más alto de las peñas sobre ella han caído, lo qual ciertamente, no es sino obra divina. El sexto, sea de la gente, y personas que en esta santa Casa están propios servidores continuos de la Madre de Dios, y en que ejercicios gastan el tiempo, y continuamente están ocupados. El séptimo, le ruego me escriba el número de las acémilas, que continuamente están en esse santo Lugar, para el acarreo de las provisiones y vituallas necesarias al servicio de essa devotísima Casa, porque dicen ser en grandísimo número. El octavo, sea de la Imagen de la sacratísima Madre de Dios, que antiguamente fué hallada en essas Montañas, que, según dicen aora, está en Altar mayor de la Iglesia de essa santa Casa, escribiéndome del tamaño y color que essa bendita Imagen tiene. El noveno, porque yo estoy maravillado de lo que á muchos he oído decir, que en esa santa Casa apenas en ningún tiempo cessa la oración, y alabanzas del todo poderoso Dios, y de su gloriosísima Madre, le ruego me avise si es así, y como puede ser. El décimo, de la devoción de las gentes de todo el Universo Mundo que tienen á essa santa Casa, y del gran concurso de los innumerables peregrinos, y gente que á ella continuamente vienen; y también me escriba el modo y la causa de su venida. El oncenno, me olgaría mucho me escribiesse la ordenación de la devotísima Cofradia de essa santa Casa, y los beneficios que los devotos cofrades della alcanzan. El doceno y último, sea de los milagros y grandezas hechas por essa sacratísima Señora Virgen, María de Montserrat, assí de las que hallaron autorizadas, y escritas de sus antecesores passados, como de las que en su tiempo han acaecido, y tiene notadas. Y después sobre esto añada Vuestra Reverenda Paternidad todo lo que más le ocurriere; porque aunque le he rogado que sea breve, y tanta materia no se podrá decir en pocas palabras, por breve será reputado, lo que no excediera los límites que la grandeza de la obra requiere. Y en esto no sólo hará señalado servicio á Nuestro Señor Dios, y á su gloriosísima Madre, y á mí de le quedar en grandísima obligación; mas aun será gran lumbre, y causa de mucho aprovechamiento á los fieles cristianos, los quales en leerlo, con los oídos de tantas grandezas y misterios, serán convertidos al amor de nuestro Señor Dios y de su benditísima Madre. Y con esto la Santísima Trinidad, la persona, vida, y estado de su Reverenda

Paternidad guarde, y conserve en su santo servicio. De Barcelona á 18 de Marzo de 1514.—A lo que V. R. P. ordenare, El Duque de Luna.»

Esta es la carta de aquel Príncipe. Si hubiese escrito de región muy remota, no me causaría admiración; pero de Barcelona á Montserrat, que sólo dista de seis ó siete leguas, no deja de ser cosa que no se explica. Con todo, anduvo el abad Fr. Pedro tan cortesano y atento, que en seis meses escribió un libro, dándole cumplida relación á todas sus preguntas. Esta es la primera Historia de Montserrat que se ha escrito. La respuesta dada por el Abad al Duque, es como sigue:

«Ilustrísimo Señor. Si Nuestro Señor tuvo por bien, que un escogido Apóstol Santo Tomás, dudasse de su resurrección, porque palpando creyesse, y tocando con sus manos sus sacratísimas llagas, quitasse de nuestras ánimas toda ocasión de infidelidad, assí su preciosa Madre, nuestra Señora, no terná por mal el examen que vuestra muy ilustre Señoría sobre sus maravillas hace, pues vé que no procede sino de deseo de poderlas mejor afirmar, y para quitar la ocasión de no creer lo falso por verdadero; y assí yo viendo el piadoso celo con que se mueve á ser informado de las cosas desta Montaña y Monasterio de Montserrat, y de las maravillas y milagros, que el Señor por los méritos é intercessión de la piadosa Madre suya en esta su Casa ha obrado, y obra, con muy alegre corazón acepto su ruego, confiando en ella, que pues assí le ha inclinado á tenerlas por ciertas, después que **por** mí fuera bien informado, le dará virtud para las magnificar y ensalzar como conviene. Desto puede ser muy cierto, que no le escribiré sino cosas muy ciertas. Las antiguas, según que en los libros antiguos de la Casa están escritos; las nuevas, así como las avemos visto, y oído de personas dignas de fe; las quales son tantas, y señaladas, que dan no pequeño testimonio para creerse aun de las antiguas, que no avemos visto, y en todo procuraré ser tan breve como fiel, aunque para los que no han visto el lugar, será necesario algunas veces alargar un poco. Pésame que carezco de la elocuencia que tan preciosa obra merece: pero consuélame que la verdad simple y fielmente recitada, de sí mesmo tiene cumplido favor; porque sus interrogaciones vienen tan bien ordenadas, que no me parece que en la prosecución de la obra, se puede tener mejor orden. Yo debiero poner aquellas mesmas por título, según su ordenación, y debajo de cada título narrar lo que á su propósito hace. Y quedo rogando al Señor, que la vida, y estado de vuestra muy ilustre Señoría guarde, y prospere como deseo. Desta su devotíssima Casa de Montserrat

á 6 de Octubre de 1514.—De V. Ilustrísima Señoría indigno Capellán, y servidor, El Abad de Montserrat.»

Este era el estado que tenía el Monasterio de Nuestra Señora siendo Abad el Maestro Fr. Pedro de Burgos, por los milagros que la Virgen obraba con sus devotos por todas partes, por cuyo estudio y libro, que dió impreso hasta su tiempo, merece muy dignamente el título de escritor.

III

Llegó el año 1524, y en él hubo un suceso raro en este Monasterio, que mortificó bastante al abad Fr. Pedro de Burgos, aunque con harto consuelo de su alma. Murió el P. Fr. Cristóbal de Zamora, Religioso de mucha santidad. En todo tiempo le hizo Dios muchas mercedes, pero en particular á la hora de su muerte. Revelóle el Señor que en aquel mismo año morirían treinta monjes de esta Casa, nombrándolos á todos en particular. Fray Cristóbal fué el primero, y los demás murieron conforme él había predicho. Triste cosa es morir tantos Padres de una vez; mas también no deja de ser muy consolador saber con certeza el tiempo en que se ha de morir, porque así avisados, se dispusieron mejor para la eternidad. Indicio es este de que Dios les tenía á todos para la bienaventuranza.

Vino otra ocasión en que este santo Abad tuvo que desplegar todo su valor, ya que de virtudes no carecía. En 1525 se celebró Capítulo en Valladolid, por haber concluido su oficio el P. Fr. Diego de Sahagún. Sucedióle Fr. Alonso de Turo, que vino á imponer gabelas á todas las Casas de la Religión. Impuso la carga de setecientos cincuenta ducados á este Santuario, á lo que nuestro Abad se opuso con todas sus fuerzas, alegando que no sólo era injusto el pedirlo, sino que sería motivo de escándalo para todo el Principado. Salióse con la suya, y con mucha razón.

Otra acción no menos digna de alabanza, y que le engrandece á él de una manera muy notable, es haber levantado é instituido en este Monasterio un Seminario y Colegio de letras entre los monjes, agregando y señalando doce de ellos, á quienes hizo leer Filosofía y Teología, por una persona eminente en letras, á quien dió de renta cada año cien escudos de oro, por espacio de siete años, y quiso Dios darle tanta vida, que llegó á coger el fruto de sus trabajos y deseos, pues de allí salieron varones doctísimos. Uno de ellos fué el insigne Fr. Jerónimo Lloret, escritor muy celebrado, Bartolomé Garriga,

Mateo Barbará, Juan de Robles, Domingo de Sobrarias, Miguel de Pedroche, Juan Xanones, Miguel Torner, Miguel de Sobrarias y otros, con cuyo personal se reformaron todas las Casas de la Congregación. Empezóse la fábrica de este Colegio en el año 1528.

En medio de tantos cargos y oficios que tuvo que desempeñar durante su Abadiato Fr. Pedro de Burgos, no descuidó por esto el mejorar el Convento con todas sus dependencias. Acabó el dormitorio y refectorio de los monjes, digna obra de tan digno Abad. Hizo la cisterna del Convento, que es de grande utilidad para monjes y peregrinos, por carecer antes de la abundancia de agua que se necesitaba para unos y otros. Levantó las ermitas de San Benito y San Onofre. Dió más capacidad á la iglesia antigua de la Virgen, añadiéndola doce palmos en ancho y veinte de largo, y comenzó la pintura del altar mayor. No paró en esto su gran celo por la gloria de Dios y bien de los peregrinos y huéspedes. Hizo la casa y huerta de la cera, la carnicería, gallinería, la casa llamada de la Viña vieja, que él plantó, y era una posesión grande con una bodega para recoger el vino. Compró en la villa de Prats algunas casas y tierras, en donde levantó la granja llamada Albareda, con su granero y molino. Compró también la granja de Montaler, con sus términos y lugares, sitios en el condado de Urgel, donde tenía el Convento muchos derechos y haciendas.

Creemos que esto que acabamos de referir, basta y sobra para hacer á un hombre inmortal, y que el abad Fr. Pedro de Burgos es otra de las figuras más sobresalientes en el Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, digno por cierto de que se le dedique este pequeño recuerdo en esta nueva Historia que él empezó en el siglo XVI.

Lleno de merecimientos y virtudes había llegado á su última hora, pero la muerte le cogió fuera del Convento. Hallábase en la villa de Esparraguera despachando los negocios de su cargo, donde le acaeció la última enfermedad que le condujo al sepulcro á 23 de Enero de 1536, á la edad de setenta y tres años, cincuenta y cinco de Religión, y veintiséis de Abad. De él se ha dicho que era, *Vir certe litterarum peritia, sed magis in rebus agendis prudentia præditus, ad multa enim et maxima natus videbatur; adeo erat ingenii multiplicis et ad quæcumque versatilis.*





FR. BARTOLOMÉ GARRIGA, AUTOR DEL ACTUAL
TEMPLO

CAPÍTULO SEXTO

FRAY BARTOLOMÉ GARRIGA.—Cómo vino á Montserrat el niño Bartolomé Garriga.—Que Dios le escogió para levantar el nuevo templo.—Cómo murió.

I

Pocos serán los devotos de Nuestra Señora de Montserrat que no tengan noticias del grande abad D. Bartolomé Garriga. Siempre será una de las primeras figuras de esta Casa. A él cuadra perfectamente aquella parábola del Evangelio sobre el grano de mostaza, que siendo la más pequeña de todas las semillas, llega á formarse un grande árbol. Viene muy ajustada la similitud por el modo con que fué presentado y el término á que llegó antes de morir. Ignoramos si tenía madre cuando vino á este Santuario; sólo nos consta que fué acompañado por su padre, para cumplir éste un voto que tenía hecho á la Santísima Virgen. Parece ser éste el lugar más oportuno de este libro, para referir la manera tan especial como extraña con que vino á parar á este Convento.

Llegó un día, entre otros muchos peregrinos, un labrador con un jumentillo, en cuyas angarillas iban un niño y un cordero; uno en cada parte. Fuése el buen hombre en busca del Padre Sacristán, para presentarle los dones que llevaba. Tomó el corderito, señalando al labrador que ya podía retirarse con lo demás. El labrador, no satisfecho, advirtió al Sacristán que tomase también el niño, porque todo lo había prometido á la Virgen. El Sacristán le volvió á repetir al labrador que el niño no, el cordero sí. Mas viendo que este buen hombre persistía en la entrega del niño, y que estaba resuelto á no ceder hasta haber logrado lo que deseaba, fuése el Sacristán á consultar el caso con el Padre Abad. Al oír éste un caso tan raro é inesperado, llamó al labrador, hízole varias preguntas, y viendo que su resolución era inquebrantable, no tuvo más remedio que admitirlo y proferir estas palabras: *A la Escolanía con él: veremos después lo que Dios dispone*. Entonces loco de contento el padre, llenó de besos y caricias al hijo, dejándole para no recogerle ya más.

Una vez estuvo á la Escolanía el hijo adoptivo de la Virgen,

aprendió las primeras letras y solfeó como los demás escolanes. Siempre se notó en él mucha más docilidad, obediencia y aplicación que en sus compañeros. Más parecía ya hombre formado que niño: ni solía tomar parte en los juegos infantiles; se presentaba grave y pensativo; sin embargo, era muy querido y respetado de sus condiscípulos, porque veían en él algo extraordinario, que no sabían explicarse. Cuantas veces era interpelado por los demás niños, siempre les daba la misma contestación: *Ara que soch xich, la Mare de Dèu te un temple xich; quan jo seré gran, li faré un temple gran*. Cuando los escolanes oían estas palabras se reían, pero no dejaban de vislumbrar en ellas algo misterioso.

El niño se hizo grande. Mucho adelantó en la música. ¡Qué contento y alegre se ponía cuando le tocaba cantar á su Madre la Santísima Virgen alguno de los himnos que solía cantar la Escolanía! ¡Con cuánto fervor le pediría una y otra vez que fuera su Madre, que él procuraría corresponderla como buen hijo! Muchos eran los talentos que en aquellos días brillaban en esta santa Casa; pero jamás quedó rezagado el hijo mimado de María. Se conocía bien que el Señor le tenía reservado para alguna misión importante. Su carácter humilde y afable le hacía estimar de todos, maestros y condiscípulos. Es que se iba acercando la hora de darse á comprender su vocación. Dios y la Virgen tenían en él fijas sus miradas y querían hacerle digno hijo suyo.

II

Hasta ahora hemos callado el nombre de este niño misterioso; ha llegado el momento de darlo á conocer. Llamábase Bartolomé Garriga, nacido en el pueblo de Pinós, diócesis de Urgel, en el año 1504, y traído á Montserrat á 8 de Mayo de 1511, según su misma necrología. Otros dicen que vino el día de San Juan del mes de Junio. Llevaba ya nueve años de escolán y contaba la edad de dieciséis. Era preciso saber qué debía hacerse de él. Ya cuidará de revelarlo él mismo. Después de haberlo encomendado mucho á Dios, un día al levantarse se fué á encontrar al Padre Abad y le manifestó su deseo. Díjole que quería ser Religioso de San Benito, y que él no podía apartarse de su querida Madre, á quien se lo debía todo. Como el Padre Abad conocía el niño y sabía lo mucho que valía, no se hizo rogar. Al momento fué admitido á gusto suyo y de toda la Comunidad. A 31 de Marzo de 1520 salió Garriga de la Escolanía para recibir el hábito y

entrar en el Noviciado. ¡Quién pudiera penetrar y explicar los dulces transportes de alegría que inundaron el tierno corazón de este joven en este memorable día, principio de su profesión y santidad!

Diéronle los estudios en el Seminario y Colegio que había levantado el mismo abad D. Pedro de Burgos, que vistió al joven novicio, donde tuvo por condiscípulos á los sabios y respetables PP. Fr. Antonio Malvenda, Jerónimo Lloret, llamado Laureto, y otros que fueron el honor de esta Casa por su virtud y letras. Acabados los estudios, comenzó á vivir con toda la observancia que exige la Regla de este Convento. Comenzó á obedecer, para aprender á mandar, saliendo maestro consumado. Después de una carrera brillantísima en el saber, y de una conducta irrepreensible, y de manifestarse Religioso perfecto y consumado, vacó esta Abadía por haber cumplido el tiempo de su gobierno el abad Fr. Benito de Tocco. Vino el día de la nueva elección, y como la vida ejemplar de Fr. Bartolomé Garriga les tenía á todos absortos y embelesados, de ahí que todos fijasen en él sus miradas y le eligiesen por Abad de este Monasterio. La Divina Providencia dispuso, que el Religioso más humilde de la Casa, y el que menos deseaba llegar á este cargo, fuese encumbrado á la dignidad Abacial, preparándole los caminos para llegar al término de la misión para la cual le trajo á este Santuario.

Fué nombrado Abad Fr. Bartolomé en 1559, y desde luego descubrió el ánimo generoso y corazón grande con que había venido en aquellas angarillas en que le trajeron; y comenzando á ensayarse en hacer obras pequeñas, para comenzar las mayores, acabó la Enfermería de los Hermanos legos, que su antecesor había comenzado. Restauró las Casas de Barcelona, que Montserrat tenía allí antes del año 1835, y levantó Capillas para poder en ellas celebrar la Santa Misa.

Pero estos fueron simples juguetes respecto del fin para que fué elegido. Estaba próxima á cumplirse su profecía de cuando era niño. Había llegado el momento de ver realizados los deseos de su infancia. Dios lo quería, y basta. Para una inteligencia como la del abad Garriga, y un corazón todo de Dios como el suyo, no existen dificultades. El amor todo lo vence. Sacó un Jubileo plenísimo para los que contribuyesen con sus limosnas á la fábrica de la nueva iglesia, lo que fué de tanto provecho, que pudo con ello darse muy luego principio á una obra capaz de espantar al hombre más lleno de fe, ya por el sitio, ya por la falta de aguas y materiales, ya también por haberse de traer y acarrear de partes tan distintas todo lo necesario para esta obra tan colosal, ardua y sembrada de dificultades. Tomó

la planta precisamente en el mismo lugar donde se había antes determinado levantar unos claustros y Monasterio para los monjes, asistiendo el rey D. Fernando el Católico; y para lo cual estaban abiertos los cimientos y puesta la primera piedra por el abad D. Juan de Peralta á 5 de Octubre de 1489; pero que por los varios accidentes que ocurrieron, y tratarse entonces de la reforma de este Convento y entrada del abad García de Cisneros en esta Abadía, sólo quiso tratar del edificio y fábrica espiritual de los monjes, que á los ojos de Dios era de mucho mayor interés. Cesó, por tanto, el plan primitivo, porque quiso el Señor guardarlo para sí y su Santísima Madre.

A 11 de Julio de 1560, un año después de haber sido ascendido al cargo Abacial, D. Bartolomé Garriga dió principio á las obras de la iglesia. Animóle mucho el ver gran parte de los materiales que se habían traído para los claustros que se querían edificar, y que no muy lejos del Convento se hallaba abundancia de piedra de jaspe, aunque en bruto. Diéronle al nuevo templo de longitud trescientos veinte palmos, con otros tantos de latitud, y ciento veinte de altura. Las paredes tienen de grueso dos varas, y cerca de tres las que comienzan á sustentar el cimborio. Los cimientos, al salir de tierra, medidos por el pavimento del templo, tienen de grueso poco menos de cuatro varas. Todo el edificio está levantado sobre peña viva. Esta es la planta y diseño de la popular Catedral de Cataluña, capaz por sí sola de perpetuar la memoria de un abad como Fr. Bartolomé Garriga.

III

El Abadiato de Fr. Garriga duró un trienio, tiempo verdaderamente escaso é insuficiente, no para concluir, sino ni siquiera para dar comienzo á una obra tan gigantesca; mas los hombres de genio por nada suelen arredrarse. No obstante y á pesar de un gobierno tan efímero y de tan corta duración, y de dificultades que asombra sólo pensar en ellas, al salir de la Abadía dejó los trabajos tan adelantados, que, viéndolo, parecía imposible. Quizás para el mayor bien de la Casa era conveniente un ligero descanso á Fr. Bartolomé, á fin de emprender luego los trabajos con mayor actividad, y darles un fuerte empuje hasta su conclusión.

Tres años después, en 1566, fué segunda vez elegido Abad nuestro incansable Garriga; y es que los monjes aprendieron con la expe-

riencia, que en Montserrat se necesitaba de un hombre en aquellas circunstancias para llevar á cabo el nuevo templo, y este hombre no era otro que Fr. Bartolomé Garriga. Efectivamente, lo mismo fué tomar otra vez posesión de su Abadía, que volver á reanudar los trabajos y entrar de lleno en la realización del grande ideal de toda su vida. Dedicóse primero á edificar y reparar lo más útil y necesario para el Convento, poniendo todo su principal empeño en las obras del templo. Sólo pudo estar al frente de ellas dos años escasos, pues conociendo que se le aproximaba el fin de su vida, renunció su cargo de Abad y se retiró á la ermita de San Dimas.

Dos veces gobernó la Casa el abad Garriga, tiempo relativamente corto para una obra de tanta magnitud como la que él se había propuesto; sin embargo, desde San Dimas podía decir como el viejo Jacob en otro tiempo: *Jam letus moriar*. Si bien nadie sabe de cierto el estado en que dejó el nuevo templo al retirarse á su amada soledad, se cree con bastante fundamento que estaba ya cubierto, faltando sólo el revoque. Podía, pues, morir contento, porque su profecía acababa de cumplirse, y los deseos de toda su vida realizados. Una circunstancia muy notable queremos consignar, y es, que en todo se ve muy claramente que la erección de esta nueva iglesia fué obra de la Virgen Santísima. Dos pajecitos suyos escogió para llevar á cabo obra tan importante, quiero decir dos escolanes, que fueron á un mismo tiempo D. Miguel Sastre, que fué el arquitecto que trazó el plano, y D. Bartolomé Garriga, que lo ejecutó, ambos condiscípulos é hijos del Colegio de música de este Monasterio.

Hora es ya de dejar los trabajos del templo, para contemplar otro género de trabajos en que fué servida Su Divina Majestad colocar al insigne abad Garriga. Su misión aquí en la tierra había concluído. Veamos cómo se preparó para otra mucho más importante. Subamos en silencio las escaleras que conducen á su amada ermita, y contemplémosle en los últimos momentos de su vida. Visitanle con mayor frecuencia sus hermanos de Religión; mas lejos de necesitar él consuelo en aquella hora, él es quien exhorta y consuela á sus hermanos. Recibe los últimos Sacramentos; pero, ¡con qué fervor! Toma el Crucifijo en las manos, y abrazado con él, y estrechándole en su pecho, entrega su espíritu al Señor. Era el 16 de Agosto de 1578 cuando murió á la edad de setenta y seis años.

Era costumbre entonces en este Convento escribir la vida y obras de los monjes que se habían señalado más en virtud, devoción y letras; y de este venerable siervo de Dios se ha dicho, que á fin de que no le diesen alabanzas que él no merecía, escribió de su propia mano

su necrología, en la que consta su patria, linaje, edad y oficio de sus padres, sin lo cual careceríamos tal vez de tan importantes noticias, necesarias para el complemento de su historia. Dice así lo que él dejó escrito: *Frater Bartolomæus Garriga, Monachus termini Castri de Pinos Urgelensis Diæcesis, ex rustica progenie ortus, ad præsens Cænobium Beatissimæ Virginis Mariæ de Monte Serrato anno MDXI octavo mensis Maji a Patre suo adductus, et oblatus fuit cum infans septem annorum esset, et coram Deiparæ Imaginem Collegio canentium aggregatus fuit: in quo officio usque ad ætatis suæ annum decimum sextum persistens, suscepit Habitum Monachorum ultimo die Martii anno Domini MDXX et in eadem domo persistens, ultimum diem in Domino clausit.*

CAPÍTULO SÉPTIMO

Monjes muertos en opinión de Santos.—Monjes que fueron Abades de varios Monasterios.—Monjes que han sido Generales, reformadores, embajadores y diputados.

I

Entre el crecido número de monjes, ermitaños y legos que en tan largo espacio de tiempo ha abrigado en su seno este Monasterio, ha habido muchos adornados de las más esclarecidas virtudes, que les han dado fama de Santos, y otros dotados de los mayores talentos, que les han granjeado la reputación de sabios y literatos por los varios escritos que dieron á luz. De Montserrat salieron no pocos monjes para gobernar en calidad de Abades, en casi todos los Monasterios Benedictinos de España, y algunos de fuera de ella. De aquí procedieron varios Generales de la Congregación Benedictina de Valladolid y del reino de Portugal, reformadores apostólicos, visitadores y definidores. De ahí también predicadores y confesores de reyes y príncipes de sangre real, embajadores á Papas y á reyes, presidentes en Cortes de un reino, diputados de la provincia de Cataluña y del reino de Aragón; Sumos Pontífices, cardenales, patriarcas, legados

apostólicos, arzobispos, obispos, y otros muchos condecorados con toda clase de títulos y dignidades. Trataremos por partes lo que acabamos de decir, empezando por algunos de los que murieron en opinión de Santos.

Es de presumir que en los seis primeros siglos, desde que nos enriqueció el cielo con la Imagen de su Reina, la Santísima Virgen, florecieron por estos riscos muchos varones santos; pero es de lamentar, que así como de los milagros, carecemos totalmente de noticias de aquellos tiempos. Sólo sabemos del infante D. Juan de Aragón, que en 1320 era prior de este Monasterio, y después fué arzobispo de Toledo y patriarca de Alejandría, que llevó una vida llena de mortificación, con muchos ayunos, abstinencias y cilicios, que tuvo la dicha de morir en olor de santidad. También nos consta que en 1375 falleció el prior de este Convento D. Jaime de Viver, cuya muerte había él mismo profetizado mucho antes. A 17 de Febrero de 1516 falleció en la ermita de Santa Cruz el ermitaño Fr. Benito de Aragón, á quien habló un día la imagen de Jesús Crucificado muy devota que había en la tribuna sobre el altar de San José. Vivió sesenta y tres años en la misma ermita. A 26 de Abril de 1526 murió en olor de santidad Fr. Cristóbal de Zamora, varón tan lleno de virtudes, que así que entró le reveló Dios que en aquel año morirían más de treinta monjes de este mismo Convento, y los fué nombrando á cada uno en particular, siendo él el primero, y ninguno quedó eximido del decreto del Altísimo. A 30 de Marzo de 1538 murió el P. Fr. Mauro de Alfaro. Tres días antes de su muerte, dos monjes que le estaban velando, oyeron cada noche música celestial; y en expirando el monje, cesó aquella melodía, para ir el Santo á gozarla para siempre en el cielo. En 1572 murió el P. Fr. Alonso de Burgos, que había sido familiar del emperador Carlos V, y prefirió acabar sus días al lado de Nuestra Señora. En prueba del grande aprovechamiento espiritual de este monje, le fué concedido hacer vida solitaria por espacio de veintisiete años, haciendo áspera penitencia, mucha contemplación, en la que era muy favorecido del Señor. Dejó gran fama de santidad, no sólo entre los monjes, sino entre los seglares que le trataron, como el rey Felipe II. A 7 de Noviembre de 1541 murió la muerte del justo el abad don Francisco Sobrarias, en la ermita de San Juan. Es fama que se le vió varias veces levantado del suelo. A 18 de Abril de 1595 murió fray Juan Martínez. Dícese que cuando oraba, y esto era la mayor parte del día, se le veía el rostro encendido, como si gozase de la vista de Dios, y que á los peregrinos les trataba con una caridad y humildad que encantaba. Entre los monjes celebrados en el Convento por su

santidad, el P. Martínez es uno de los primeros. A 15 de Junio de 1627 murió el P. Fr. José Capelladas, famoso músico, grande en letras y todavía más grande en santidad. En sus últimos momentos se le vió arrebatado en espíritu y se oyó que los Angeles cantaban. A 13 de Octubre de 1634 murió en opinión de Santo el monje Fr. Francisco Rosell, el cual poco antes de morir, con una alegría toda espiritual, decía á los Padres que le asistían: *¿No ven, Padres, á la Madre de Dios, no la ven?* Y pronunciando estas tiernas palabras entregó su alma al Criador. A 17 de Marzo de 1641 falleció el P. Fr. Plácido Ferrer, que había sido escolán. Su vida fué muy ejemplar y su muerte la de un Santo. Próximo á morir decía á su confesor: *¡Padre, la Virgen está aquí, mire, mire que hermosa!* A 9 de Marzo de 1648 murió el monje Fr. Jaime Costa. Había sido escolán y conservado siempre una excelente voz de contralto. Vivía en la ermita de San Antonio; durante los últimos momentos de su vida cantó con gran entonación el *Gloria in excelsis Deo*, y al terminarlo expiró. A 25 de Marzo de 1764 murió el abad D. Benito Argerich. Toda su vida fué santa; pero antes de morir fué profeta. Dijo que desde la corona de la Santa Imagen hasta el gallinero, todo sería destruido. Antes que pasasen cincuenta años, su profecía se había cumplido. Vivió y murió en opinión de Santo.

Con muertes como las que acabamos de exponer, podríamos llenar muchas páginas. No consideramos oportuno añadir ninguna otra. Sin embargo, remataremos el presente párrafo con el martirio de un profeso de Montserrat, olvidado hasta ahora. A 5 de Diciembre de 1885 el Superior del Monasterio de Benedictinos de Liverpool, en Inglaterra, pidió datos á este Monasterio sobre el P. Fr. Bonifacio Kemp, que tomó el hábito de manos del abad Fr. Lorenzo Nieto á 11 de Noviembre de 1603, como consta del libro de Profesiones existente, y que después de ordenado de presbítero marchó á su patria á predicar la fe, *et crudeli morte a militibus acatholicis sine iudicio legali inflicta, ad coronam erectus est*, dice la carta. El Promotor de la fe encargado de presentar la causa de beatificación de éste y otros Mártires ingleses, pedía noticias sobre la vida de nuestro Mártir. Ignoramos si á la hora presente está ó no declarado Beato. De todos modos, es esta otra gloria para Montserrat tener un hijo muerto por la fe, hasta ahora desconocido.

II

No sólo enriqueció la Virgen de Montserrat á muchos de sus hijos con el don inestimable de la santidad, sino con el difícil don de gobierno; pues á casi todos los Monasterios Benedictinos de España, y algunos de fuera de ella, como Portugal, Francia, Génova, Nápoles, Roma, Praga, en el reino de Bohemia, ha dado Abades. Tal es la liberalidad de esta gran Reina, y tal la grandeza de este Real Monasterio. Todos los que siguen, fueron hijos de Montserrat.

Fr. Alonso Gómez, fué abad de San Pedro de Elonza, cerca de León, en 1630.

» Alonso Trujillo, lo era de San Felío de Guíxols, en 1641.

» Andrés de Lizana, de Santa María de Valvanera, en 1559.

» Andrés de San Román, de San Benito de Sahagún y de Zamora.

» Antonio Benach, de San Ginés de Fontaines, en el Rosellón.

» Antonio Corona, de Santa María de Obarenes, en 1613.

» Antonio Izquierdo, de San Juan de Dueñas y de San Vicente de Oviedo.

» Antonio Malvenda, de San Juan de Burgos y de San Vicente de Salamanca.

» Antonio Mantilla, de San Pedro de Montes, en el reino de León.

» Antonio Sea, de Santa María de Sopetrán y de San Vicente de Salamanca.

» Benito de Artega, de San Vicente de Salamanca y San Esteban de Ribas de Sil.

Fr. Benito de Peñalosa, primer abad del Imperial Monasterio de Praga, capital de Bohemia.

» Benito de Torres, dos veces abad de Fontaines y una de San Juan del Poyo.

» Benito Tizón, de Montserrat de Madrid.

» Benito de Torres, de San Benito de Bages.

» Carlos de Corts, de San Benito de Bages.

» Bernardino de Navarra, de Madrid.

» Bernardo Salt, de San Benito de Bages.

» Diego de Lesmes, de San Juan del Poyo.

» Diego Marquina, de San Felío de Guíxols, y de San Salvador de Zelosio, Asturias.

» Diego de Sobrarias, de Valvanera.

» Esteban Velázquez, de Fontaines y Madrid.

» Esteban Rotaldo, de San Valentín de Bages.

» Felipe de Santiago, de Santa María la Real de Hirache y de otros Monasterios.

Fr. Francisco Batlle, abad de Bages.

- » Francisco Boigas, de Guíxols.
- » Francisco Casas, de Bages.
- » Francisco Crespo, de Exlonga.
- » Francisco Risi, de Medina del Campo.

» Francisco Torulles, de Exlonga.

» Gaspar Tapias, de Bages.

» Jerónimo Chaves, de San Claudio de León.

» Jerónimo Lloret ó Laureto, de Guíxols.

» Jaime Ferrer, de Guíxols.

» Jaime Vidal, de Fontaines.

» Jaime de Zaragoza, de Bages.

» José Apóstol de Castilla, de Obarenes.

» José Benito, de Obarenes.

» José Bru, de San Pedro de Tenorio.

» José Claramunt, de Bages.

» José Ferrer, » »

» José Oliver, » »

» José Sala, » »

» Iñigo Brasó, de Obona.

» Iñigo Royo, de Salamanca y Pueyo.

» Isidoro Roy, de Bages.

» Juan Antich, de Guíxols.

» Juan Cammany, de Guíxols.

» Juan de San Juan, de Fontaines.

» Juan de Lesma, de Hirache.

» Juan de Plasencia, de Santa María de Espino.

» Juan de Robles, de Nájera y otros.

» Juan Roquer, de Bages.

» Juan de Salazar, de Fontaines.

» Juan de Sepúlveda, de Madrid.

Fr. Juan de Valenzuela, de Valvanera.

» Juan Xanonés, de Tibias, en Portugal.

» Juan Ximénez, de Madrid y Guíxols.

» Lorenzo Nieto, de Valvanera.

» Luís Gaver, de Bages.

» Luís Manuel, de Fontaines y Madrid.

» Luís de Montserrat, de Fontaines.

» Manuel Martín, de Bages é Hirache.

» Matías Barbará, de Guíxols.

» Mateo Lloret ó Laureto, de San Salvador, en Nápoles.

» Matías de la Guena, de San Salvador de Zelonio.

» Mauro Cambí, de Santa Catalina, en Génova, y de San Pablo, en Roma.

» Mauro Martínez, de Madrid.

» Mauro Monsalvo, de Guíxols.

» Mauro de la Rea, de Fontaines.

» Miguel de Pedroche, de Salamanca.

» Miguel Sobrarias, de Guíxols, cuatro veces.

» Pablo Vendrell, de Bages.

» Pedro Baraona, de Fontaines.

» Pedro de Burgos, de Exlanza.

» Pedro Luís de Santa Fe, de Bages.

» Pedro Llobet, de Fontaines.

» Plácido Corona, de Zelorio.

» Plácido Cortada, de Bages.

» Plácido Díaz, de Obona.

» Plácido Riquer, de Espinareda.

» Plácido Vergara, de Zelorio.

» Rodrigo Gutiérrez, de Guíxols.

Fr. Sebastián de Encina, de Carrión y Sevilla.

» Tomás Moyo, de San Esteban y Guíxols.

Fr. Tomás Rajadell, de Fontaines.

» Tomás Sala, de Bages.

» Vicente Ferrer, de Bages.

Los siguientes fueron Abades de la *Congregación Claustral Tarraconense*.

De *Santa María de Amer*, Francisco Bails y Andrés Pont, después de haberlo sido de Arles.

De *Santa María de Arles*, Antonio Corona, José Porrasa y Andrés Pont.

De *San Esteban de Bañolas*, Antonio de Mantilla y Pedro Jorba.

De *San Pablo del Campo de Barcelona*, Fr. Pedro Sancho y Fr. Benito Sala.

De *San Pedro de Camprodón*, fray José de Magarola, Fr. Andrés Pont y Fr. Geradio Colom.

De *San Miguel de Cuxá*, Fr. Bernardo Boyl y Fr. Vicente Ferrer, que murió antes de llegar las Bulas.

De *San Pedro de Galligans*, fray Vicente Ferrer y Miguel Mir.

De *Santa María de Gerri*, Fr. Benito Sala y Fr. Francisco de Cordellas.

De *San Pedro de la Portella*, fray Pedro Sancho.

De *Santa María de Ripoll*, fray Jaime Viver, Fr. Pedro Sancho y Fr. Benito Sala, que no quiso admitir.

PROVINCIA CESARAUGUSTANA

De *Santa María de Alao*, Fr. Luís de Santa Fe y Fr. Juan Xaraba.

De *San Juan de la Peña*, Fr. Luís de Santa Fe.

De *San Victorián*, Fr. Juan Xaraba, Fr. Iñigo Vicente Royo, Fr. Francisco Crespo y fray Plácido Corona.

Tales son los hijos de este Monasterio que han llegado á la dignidad de Abades en otras Casas que no pertenecían á esta Congregación. Estos hemos podido arrancar de la obscuridad de los tiempos pasados. No hay duda que no serían estos solos, sino que la falta de documentos nos impide descubrir los demás. De todos modos prueba es ésta de que Montserrat ha sido respetado y respetable siempre, no sólo por su Santuario, que no tiene rival en el mundo católico, sino por la fama de su Monasterio, en el que han brillado varones adornados de santidad y letras: cuando menos desde principios del siglo XVI, ó sea desde la célebre reforma obrada por el inmortal abad García de Cisneros.

III

Es tan admirablemente bondadosa Nuestra Señora de Montserrat, que no sólo envía sus hijos para regir Monasterios que no han pertenecido á esta Congregación, sino que también los destina á gobernar como Generales.

Fr. Juan de San Juan. Vino á Montserrat con el reformador Cisneros, siendo después nombrado General de la Congregación.

» *Diego de Lesmes.* Fué el primer General trienal.

» *Antonio Sea.* Vino de Portugal, su patria, para ser hijo de Montserrat, y fué electo General en 1574.

» *Juan Manuel Espinosa.* Fué elegido en 1645.

» *Iñigo Royo.* Elegido en 1693.

» *Plácido Cortada,* natural de Tarrasa. 1746.

Fueron Generales de la Congregación de Portugal *Fr. Pedro Claves* y *Plácido Villalobos*.

FUERON REFORMADORES APOSTÓLICOS

Fr. Pedro de Burgos, siendo abad de Montserrat visitó y reformó las Comendadoras de

Santiago, las Canonjesas ó Domnas de San Agustín, Benitas, Bernardas, Jerónimas, Dominicas, Franciscanas y Agustinas, lo que fué de mucho honor para Montserrat. Fué esta visita en 1514.

Fr. Benito de Tocco, siendo obispo de Lérida, con Breve del Papa Gregorio XIII, visitó este Monasterio.

» *Lorenzo Nieto,* fué visitador y reformador de las monjas Benitas de este Principado.

» *Pedro Claves* y *Fr. Plácido Villalobos,* pasaron de Montserrat á Portugal para reformar los Monasterios de Benedictinos del Reino.

» *Benito Sala, Fr. Diego Marquina, Fr. Juan Ximénez, Fr. Benito Tizón, Fr. Plácido Cortada* y otros, fueron visitadores y definidores de nuestra Congregación.

También ha facilitado hijos suyos al servicio espiritual de los Reyes la Virgen de Montserrat.

Fr. José Cortés, fué predicador del rey Felipe IV.

» *José Benito,* lo fué del rey Felipe V.

Fr. Francisco Crespo, fué confesor de D. Juan de Austria.

» *José Castell,* confesor y teó-

logo del príncipe Filiberto, hijo del Duque de Saboya.

EMBAJADORES

Fr. Vicente de Ribas, prior de este Monasterio y embajador del rey D. Martín cerca del Papa Gregorio XII.

» *Marcos de Villalba* fué uno de los embajadores de Cataluña para la elección del Rey de Aragón, por muerte del rey D. Martín sin hijos. Estando el rey D. Alonso en Nápoles le fué enviado también de embajador, y este mismo Rey le envió de embajador al Papa Martín V.

» *García de Cisneros* fué enviado de embajador á Carlos VIII, rey de Francia.

» *Bernardo Boyl*, siendo abad de Cuxá, fué enviado de embajador al rey Luís XII de Francia.

» *Pedro Antonio Ferrer* fué otro de los embajadores que la Diputación de Cataluña envió al rey de Francia Luís XI.

» *Miguel Sobrarias*, siendo abad de Hirache, presidió en las cortes del reino de Navarra.

DIPUTADOS DEL PRINCIPADO DE CATALUÑA

Fr. Marcos de Villalba, lo fué en el trienio de 1413, y volvió á serlo en 1431.

» *Antonio de Avignón*, lo fué en 1440, siendo abad de Montserrat.

» *Pedro Antonio Ferrer*, abad de Montserrat y diputado en 1458.

» *Juan de Peralta*, abad de Montserrat y diputado en 1491.

» *Benito de Tocco*, fué abad dos veces, obispo de Lérida y diputado en 1569.

» *Andrés Pont*, abad de Mer y diputado en 1647.

» *José de Magarola*, abad de Camprodón y diputado en 1665.

DIPUTADOS DEL REINO DE ARAGÓN

Fr. Iñigo Royo, obispo de Barbastro y diputado.

» *Plácido Corona*, abad de San Victorián y diputado.

CALIFICADORES DEL SANTO OFICIO

Lo fueron Fr. Gaspar Tapias y Fr. Alonso Monsages, ambos catalanes y muy doctos.

CAPÍTULO OCTAVO

Papas, cardenales, arzobispos, obispos que han salido de Montserrat.
—Escritores y poetas que fueron monjes, y otros que fueron especialistas en ciertas materias.—Maestros de música famosos que han tenido este Monasterio.

I

Además de los títulos y dignidades que acabamos de nombrar, constan aún de nuestro esclarecido Monasterio otros mucho más importantes, como son los siguientes:

SUMOS PONTÍFICES

Benedicto XIII, ó el Papa Luna, siendo cardenal, fué prior de San Pedro de Riudeviltles, del priorato de Montserrat. Después reinó como Papa con el referido nombre, y como tal acatado en estos reinos hasta que fué depuesto.

Julio II. Sobrino del Papa Sixto IV. Siendo cardenal, fué abad comendatario de Montserrat desde 24 de Abril de 1470 hasta que fué Papa, en 1503.

CARDENALES

Sin contar los dos citados cardenales D. Pedro de Luna y Julián de la Rovere, que así se llamaban antes de ser Papas, ha tenido Montserrat los siguientes:

D. Fr. Berenguer de Eril, noble

catalán, quien fué prior de Santa María de Mayá, obispo de Urgel, de Barcelona y cardenal. Murió en 1371.

D. Fr. Vicente de Ribas. Siendo prior de este Monasterio en 1409, el Papa Gregorio XII le nombró cardenal.

D. Fr. Mateo Lloret, en latín *Laureto*. Tomó el hábito á 31 de Octubre de 1569. Fué un gran sabio; el Papa le llamó á Roma y nombró cardenal.

D. Fr. Benito Sala, natural de Gerona. Fué abad, obispo de Barcelona y nombrado cardenal.

D. Fr. Juan de Aragón, hijo del rey D. Jaime II de Aragón. En 1320 era abad de Montserrat, fué arzobispo de Toledo y patriarca de Alejandria.

Fr. Bernardo Boyl. Fué el primer patriarca de las Indias Occidentales y legado apostólico.

ARZOBISPOS

El infante D. Juan ya citado, después que hubo renunciado el arzobispado de Toledo, murió siendo arzobispo de Tarragona.

D. Fr. Juan Manuel Espinosa. Fué abad de Montserrat y arzobispo de Tarragona.

D. Fr. Lorenzo Nieto. Fué arzobispo de Oristán, en Cerdeña.

D. Fr. Iñigo Vicente Royo, arzobispo de Caller, en Cerdeña.

OBISPOS

De Barcelona, D. Berenguer de Eril, en 1369. D. Benito Sala, en 1698. Ambos fueron cardenales como se ha dicho antes. De Gerona, D. Benito Tocco, en 1572.

De Vich, D. Juan Peralta, en 1493; D. Benito de Tocco, antes que lo fuese de Gerona; don

Miguel Torner, electo, pero renunció la mitra.

De Lérida, D. Benito Tocco, y siéndolo, vino de visitador apostólico á Montserrat, donde falleció durante la visita en 1585.

De Urgel, D. Berenguer de Eril, antes de Barcelona; D. Juan Manuel de Espinosa, antes que lo fuese de Tarragona; y D. Simón Guardiola.

De Tarazona, Fr. Manuel López de Villamayor.

De Albarracín, Fr. Iñigo Royo, después que volvió de Cerdeña.

De Barbastro, Fr. Iñigo Royo.

De Alguer, Cerdeña, Fr. Lorenzo Nieto, antes de serlo de Oristán.

De Ales, Cerdeña, Fr. Lorenzo Nieto, antes de ser arzobispo.

De Malta, D. Tomás Gallego, que había sido escolán de Nuestra Señora; D. Juan, infante de Aragón, hijo del rey D. Jaime II y de la reina D.^a Blanca.

Escribiendo el abad Fr. Antonio Igres, sobre las materias que acabamos de tratar, dice así:

«Allende de las personas graves y principales que han sido preladados deste Convento, ha auido muchos monjes particulares en él, grandes Siervos de Nuestro Señor, cuya santidad y letras ha sido muy conocida y estimada en España: y si en el siglo pasado de mil y quinientos hasta el de seiscientos se puede gloriarse Montserrate de aver tenido muchos hijos eminentes en gobierno, virtud y erudición, más que muchos otros Conventos; que si bien florecieron en tiempos pasados; pero en los presentes, no han dado tanta copia de varones ilustres, como yo nombraré de este Santuario.» Y si esto dejó aquel docto y afamado cronista de sólo un siglo, ¿qué diría ahora, si viese lo que se ha seguido después de su muerte?

II

Todos los varones doctos y eruditos saben que una de las grandezas de una nación, Religión ó Convento, es el haber tenido gran número de buenos escritores. Los que han salido de este Monasterio pasan de cincuenta, y sus libros, grandes y pequeños, impresos y manuscritos, pasan de ciento cincuenta. Daremos cuenta de algunos, para que se conozca más el valor é importancia que bajo todos conceptos se merecen nuestro Santuario y Monasterio.

El venerable Fr. Bernardo Boyl escribió un libro titulado *Colecciones espirituales para consuelo de los Padres ermitaños de Montserrat*. Tal vez fué escrito durante su estancia en la ermita de la Santísima Trinidad, donde estuvo mucho tiempo haciendo vida eremítica.

El abad García de Cisneros escribió las obras siguientes: 1.º *Exercitatorium vitæ spiritualis*. 2.º *Directorium horarum canonicarum*. 3.º *Reglas y Estatutos para los niños escolanes*. 4.º *Reglas y Constituciones para los Padres ermitaños*.

El abad D. Pedro de Burgos fué el primero que escribió la *Historia del Santuario de Nuestra Señora de Montserrat* y la de los *Milagros que ha obrado la Santísima Virgen*. Año 1514.

Fr. Jerónimo Lloret, ó latinizado *Laureto*, natural de Cervera, escribió las obras siguientes: *Sylva allegoriarum Sacræ Scripturæ, mysticos ejus sensus et magna ex parte litterales complectens*. Fué impreso en Barcelona en 1570 un tomo en folio. Y fué tan bien recibido del público, que se reimprimió en Venecia en 1575, en París en 1583, y en Colonia en 1630. Escribió también otra obra que intituló: *Index et genealogia virorum vel mulierum Sacræ Scripturæ simul cum Homonymia eorumdem ad ejus historiam intelligendam, maxima conducentes*. Impresa en Barcelona en 1568.

Fr. Mateo Lloret, latinizado *Laureto*, pariente tal vez del anterior Jerónimo. Este fué un verdadero sabio en todos conceptos. Fué á Roma y allí escribió un *Chronicon Cassinense* de León, cardenal Ostiense, con diferentes anotaciones muy doctas, y el *Chronicon antiquum Sacri Monasterii Cassinensis, olim a Leone Cardinali et Episcopo Ostiensi conscriptum. Nunc vero a Reverendo Patre Domino Mattheo Laureto Hyspano, Cassinensi Monacho et Abbate S. Salvatoris de Castellis recognitum, et pristinae integritati resti-*

tutum, ac plurimis adnotationibus illustratum et auctum. Fué este Padre uno de los talentos más privilegiados de su siglo, 1616, y una de las mayores glorias de este Monasterio.

Fr. José Capelladas, natural de Martorell, profesó en 1627 y murió en 1688. Escribió las obras siguientes: 1.º *Additiones pro complemento «Sylvæ Allegoriarum Laureti»*, en cuatro tomos en folio. 2.º *Dicta Sanctorum Patrum de Mystério Sanctissimæ et individuæ Trinitatis, Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*, un tomo en folio. 3.º *Onomatologia B. V. M., seu Nomina, Epitheta et Encomia quibus Beata Dei Genitrix Maria, sine peccato originali concepta, a Sanctis Patribus, et Ecclesiæ Doctoribus, benedicatur et honoratur*, cuatro tomos en folio. 4.º *Apis Virginea e floribus Sanctorum Patrum et aliorum Doctorum collecta*, un tomo en folio. 5.º *Scriptores Ecclesiastici Benedictini*, un tomo en folio. 6.º *Jesus-Maria scopus vite nostræ*.

Fr. Miguel Solsona, natural de Barcelona, profesó en 1585 y murió en 1629. Escribió las obras siguientes: 1.º *Noticias históricas para lo de Montserrat*. 2.º *Notas para la historia de la Religión Benedictina y de sus Monasterios en España*, un tomo folio. 3.º *Historia del Monasterio del Estany de Canónigos Regulares de San Agustín*. 4.º *Fundación del Monasterio dels Arquells*. 5.º *El obispo Gothmaro, que vivia en 888, y se llamaba Obispo de Vich y de Manresa, con varias otras noticias muy curiosas*. 6.º *Antigüedades de Montserrat, vejaciones y pleitos que le ocasionaba el Abad de Ripoll sobre la autoridad y jurisdicción*.

Fr. Francisco Sánchez, portugués, profesó en 1577 y murió en 1620. Fué muy versado en la Sagrada Escritura y escribió: 1.º *Concordia in Genesim*, un tomo en folio; otro *in Exodum*, otro *in Numeros*, otro *in Deuteronomium*, otro *in libro Josue*, otro *in libro Judicum*, otro *in Ruth*, otro *in quatuor libros Regum*, otro *in libro Proverbiorum*, otro *in Canticum Canticorum*, otro *in libro Job*, otro *in Psalterium David*, un *Dictionarium Hebraicum*, otro *de Nominibus Dei*, y un *Commentarium in Ecclesiastem, cum concordia vulgate Editionis et Hebraici textus*. Impreso en Barcelona, año 1619.

Fr. Miguel de Sobrarias, profesó en 1513, nació en Aragón y murió en 1557. Este monje tuvo la paciencia de recopilar todas las obras de San Agustín, y redujo en un solo compendio las de Santo Tomás. Fué también músico muy notable.

El V. Fr. Pedro Alonso de Burgos, estuvo en la corte del emperador Carlos V, profesó en 1534 y murió en 1572. Escribió las obras siguientes: *De los beneficios de Dios*, *De la inmortalidad del alma*,

De la vida solitaria, Del Santísimo Sacramento del altar, De las alabanzas á María, De la preparación para morir, De las tres virtudes teologales, y De las Religiones. Un tomo por cada tratado.

Fr. Juan Guarín, de origen francés, profesó en 1596 y murió en 1642. Escribió las obras siguientes: *Vida y milagros del Patriarca San Benito, Catálogo de las Religiones que hay en la Iglesia católica, Casos de conciencia con sus resoluciones, Origen, descendencia y nombres de los Sumos Pontífices, Emperadores, Reyes y Soberanos que han existido desde Adán hasta el año 1627, De las jurisdicciones del Real Monasterio de Montserrat, De memoriales en derecho, Vidas de muchos monjes, ermitaños y legos de Montserrat, Catálogo de los Abades, monjes y ermitaños de Montserrat, Historia General*, ocho tomos en folio; *Sobre diferentes materias*, dos tomos; tradujo las obras de Séneca en dos tomos, y del francés al español tradujo el *Mercurio* en ocho tomos; los demás tratados en un solo tomo.

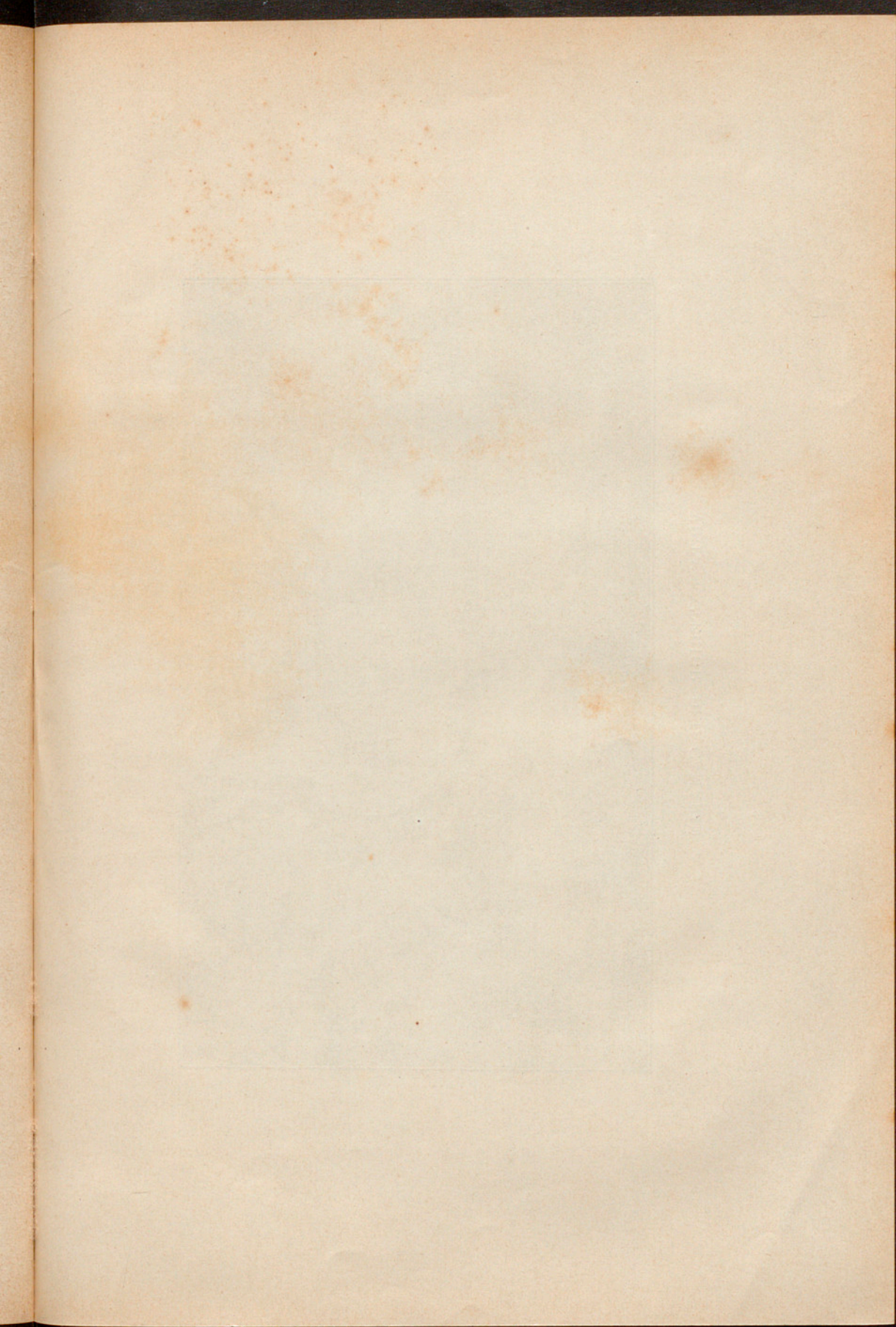
Nos haríamos interminables si hubiésemos de poner aquí todos los monjes que han sido escritores con las materias que trataron. Daremos fin á esta tarea, para decir cuatro palabras sobre los poetas que han sobresalido en este Monasterio. Será el primero, el

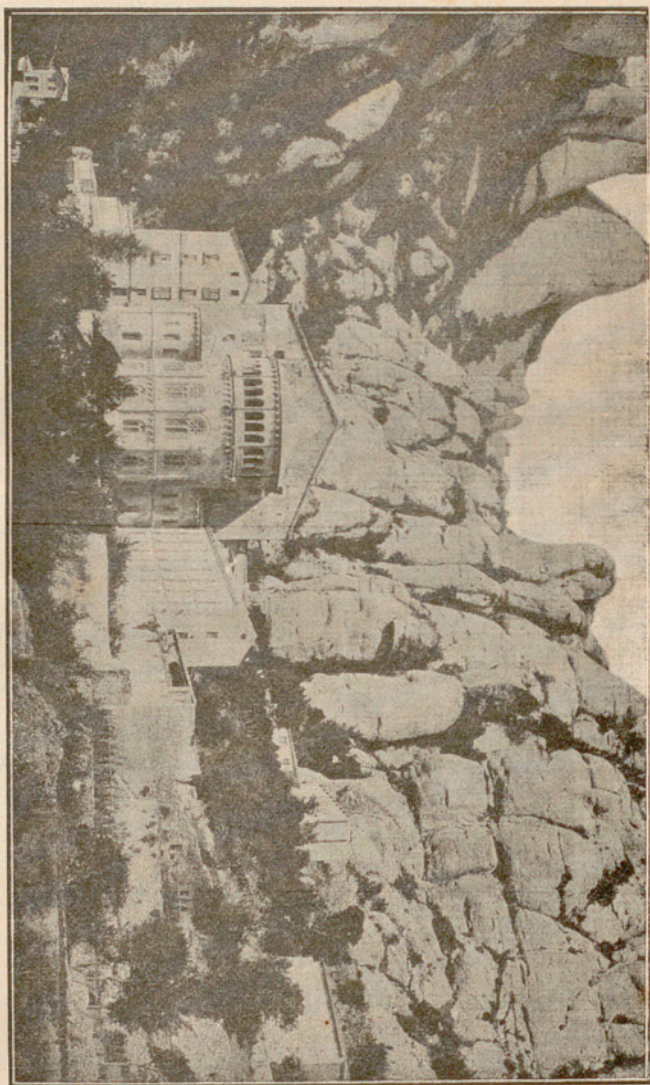
P. Fr. Antonio Brenach, natural del Rosellón, vistió el hábito en 1527 y murió en 1554. Fué excelente poeta latino, y dejó escritas en verso heroico las obras siguientes:

1. *Historia Regii Monasterii Montis Serrati, quæ 1699 versibus alexandrinis constat.*
2. *Novem Mussæ seu Novem Vitæ Sanctorum.*
3. *Epithalamium Salomonis versu phœleutico decantatum.*
4. *Hymnus et vita beatæ Matronæ Barcinonensis Virginis et Martyris.*
5. *Agon Sanctissimæ Virginis et Martyris Eulaliæ Barcinonensis.*

Fr. Anselmo Forcada, natural de Puigcerdá, profesó en 1644 y murió en 1675. Escribió en verso castellano: 1.º *Historia del Monasterio de Montserrat y milagros de Nuestra Señora.* 2.º Escribió varias obras en Francia, que dedicó á la reina D.^a Teresa de Austria.

Fr. Descaulies ó de Escaulies, no sabemos sino que fué catedrático de Hebreo, Caldaico y Siriaco en la Universidad de Salamanca, lo cual significa un mérito nada común. Escribió 1.º un himno titulado: *Hymnus de veneranda Imagine B. Mariæ V. a Monte Serrato nuncupatæ, auctore domno Antonio de Escaulies, ejusdem Monas-*





VISTA EXTERIOR DEL CAMARÍN

terii filio; dos composiciones, una de *Nativitate D. M. Jesuchristi: Dialogus Angelorum et Pastorum*, y tres himnos *Ad SS. Sacramentum Eucaristiae*.

Fr. Domingo Senach, sólo consta de este notable poeta que falleció en este Monasterio á 7 de Abril de 1667, y que merece figurar en la historia literaria de Montserrat, como uno de tantos que han ilustrado la cogulla benedictina. Tres son las composiciones que se saben de este Padre. Una dedicada á San Exuperio; otra titulada *Gradatis*, en la que juega á maravilla este vocablo, y una elegía interminable que lleva por título *De Deipara Virgine natum Cruci affixum deflente*, en la que hay rasgos de sentimiento muy bien tocados; y unos dísticos llamados *Obitus B. V. Mariæ Rosa adumbratus*, de una sencillez y suavidad deliciosa.

Fr. Alonso Trujillo, tomó el hábito á 15 de Enero de 1609, y fué un excelente poeta, laureado entre los mejores ingenios de Madrid por la pluma de Lope de Vega, el Fénix de nuestra España. No hemos podido encontrar más noticias de este esclarecido hijo de Montserrat.

Fr. Juan de Figueroa, profesó en 1602, y sólo consta haber escrito en verso castellano *Canciones reales á la gloriosísima Virgen María de Montserrat*.

Fr. Ignacio Corrons, profesó á 29 de Octubre de 1829 y murió á 15 de Julio de 1874. Escribió un poema en verso catalán titulado: *Joán Garí, ó l'ermitá de Montserrat*.

Fr. Lorenzo Ballber, profesó á 29 de Octubre de 1826 y falleció en 1881. Escribió en verso latino y castellano dieciocho odas y algunos himnos sobre los atributos de Dios y otros asuntos, algunos de ellos publicados en la *Revista Popular*.

Notabilidades especiales

Fr. Diego Solá, natural de Ripoll, recibió el santo hábito á 30 de Noviembre de 1659 y murió á 28 de Febrero de 1704. Entró primero como escolán, y siendo no más que Junior, antes de concluir los estudios, salió tan aprovechado, que hablaba el latín mejor que la lengua vulgar. Dice un libro que hay en la Escolanía, que tiene por título: *Catálogo de los monjes que siendo niños sirvieron de escolanes á la Virgen*, que salió en breve tiempo tan consumado en la poesía latina, que aun siendo Junior, dictaba á tres escribientes juntos, y sobre materias diferentes *calamo currenti*, sin el menor embarazo y á diferentes metros.

Fr. Juan Simó, natural de Arberá, Tarragona, recibió el hábito á 30 de Septiembre de 1643, y de él dice el libro antes citado, «que fué un sujeto de los más cabales de su tiempo, así en letras como en música en la facultad de órgano. Fué muy singular, y no tuvo igual en su tiempo. Dejó muchas obras de música. El Maestro Fr. Francisco Crespo, catedrático y regente de la Universidad de Salamanca, solía decir que si hubiese un Concilio, y el Rey le mandase asistir á él, no había de llevar en su compañía sino al P. Simó, para decidir todas las dificultades.»

Fr. José de San Benito, nació en Flandes, tomó el hábito á 17 de Abril de 1677 y murió á 16 de Noviembre de 1723. Es conocido por *Fr. Joseph de las llantias*, porque era el encargado de su arreglo. Fué siempre Hermano lego, pero no había persona docta de su tiempo que no le consultara. Escribió un libro con varios tratados escolásticos, expositivos y místicos, donde van á aprender los mismos sabios.

Fr. Francisco de Rici, nació en Villafranca de Conflent, Rosellón, tomó el hábito á 27 de Enero de 1527 y murió en 1555. Este monje fué una celebridad en la pintura y uno de los mejores talentos que ha tenido España en este arte. Pasó más tarde á Monte Casino, donde supo conquistarse un nombre muy esclarecido.

Hermano Antonio Castell, vistió el santo hábito en 1572 y vivió hasta la edad de ciento cuatro años. A pesar de haber vivido siempre como simple Hermano, fué Religioso muy erudito é instruido. Escribió un libro titulado: *Teoría práctica de Farmacéuticos*, y fué impreso en Barcelona. De este libro hacen gran mérito los escritores alemanes modernos. Escribió también otro libro que lleva por título: *Francilogium*.

Fr. Gerardo Joana, nació en Tosa, Gerona, profesó en 1789 y murió en 1841. Este monje escribió un libro muy estimado, que creemos no llegó á darse á la imprenta, por haber sufrido igual suerte que los demás en el incendio del año 1811. Llevaba por título: *Estudios científicos sobre la Montaña de Montserrat*. El monje Joana era Doctor en Farmacia.

Fr. Mauro Ametller, nació en Palafrugell, Gerona, fué escolán, y salido de la Escolanía tuvo que volver á casa de sus padres que le necesitaban. Muertos éstos, siendo ya sacerdote y de unos cuarenta años de edad, pidió ser admitido, y á 14 de Octubre de 1786 le vistieron el santo hábito. Fué nombrado cantor mayor, pues estaba dotado de una voz de tenor bajete, clara y sonora, y de una perfecta inteligencia y maestría en la música y canto llano, con que puso el

Coro en estado inmejorable. Dice el citado libro de *Los monjes que fueron escolanes*, de donde extractamos estas noticias, que daba gusto oír el coro de esta Casa en tiempo del P. Ametller. Dice también, que compuso la *Salve* solemne que se cantaba entonces después de Completas, que introdujo un nuevo modo de cantar la Pasión, y que asimismo puso en música los versos para la adoración de la cruz el Viernes Santo. Tenía además, continúa diciendo, una habilidad que le hizo célebre por todo el Principado. Era ésta la de saber disecar perfectamente insectos y mariposas, de lo que recogió una gran cantidad, llegando á formar una colección muy curiosa. Era asimismo ingenioso inventor. Ideó un instrumento de tecla, que se extendía en forma de vela y tenía un sonido muy suave, y él lo llamó *Velacordio*. Hizo varias máquinas hidráulicas. Todo esto atraía muchas personas curiosas á su celda, así nacionales como extranjeras. El mismo rey D. Carlos IV, su esposa María Luísa y Real familia, después de haber visitado á Nuestra Señora, gustaron de ver la celda de este ingenioso monje, y éste pidió á la Reina se sirviese sentarse en una silla que le tenía preparada guarnecida de insectos disecados, á lo que correspondió con sumo gusto Su Majestad la Reina. Tocó luego su nuevo instrumento, y quedaron prendados Sus Majestades de las habilidades del P. Ametller. Mandaron llevarlo todo á la Lonja de Barcelona, valiéndole una pensión de cuatro reales diarios, que continuó cobrando hasta su muerte, y ser nombrado individuo de la *Sociedad Filarmónica*. Murió á 14 de Febrero de 1833, á la edad de ochenta y cuatro años.

III

Ya que nos hemos ocupado de los monjes, hijos de esta Casa, que se han hecho célebres por su saber, así como de aquellos otros que han alcanzado las primeras dignidades, no sólo eclesiásticas, sino también civiles, á fin de dejar más completo este hermoso cuadro de monjes de Montserrat, necesario será ocuparnos á la vez de los que han descollado por sus talentos musicales. Somos muy amantes de lo nuestro: mas tampoco quisiéramos enriquecernos con glorias que no nos pertenecen. Por esto consideramos oportuno manifestar la procedencia de nuestras noticias. Ya hemos insinuado antes, que en el Archivo de la *Escolanía* existe un libro manuscrito que pudo salvarse del incendio, cuyo título es: *Catálogo de los monjes que siendo niños sirvieron de escolanes y pajes á la Reina del cielo la Virgen*

de Montserrat, en esta santa Casa. Empieza este libro en 1494, y salva alguna interrupción, continúa hasta nuestros días. En él van insertadas las biografías de los que más han figurado por su talento. De ahí, pues, iremos extractando todo lo que se refiere á cada uno de nuestros biografiados. El primer talento musical de que se tiene noticia, es el

P. Mtro. Fr. Juan Marqués, natural de Arbeca, Tarragona, quien tomó el hábito á 2 de Septiembre de 1596, fué el primero que profesó en la iglesia nueva, y falleció en 1658. Fué insigne Maestro de Capilla y organista de los de primera magnitud que hubo en su tiempo, y por tal fué tenido y estimado. Honró esta Casa con muchedumbre y variedad de obras de música, que han sido veneradas de todos los que le han sucedido en el puesto y empleo de Maestros de Capilla, muchos de los cuales fueron discípulos suyos muy doctos y prácticos en la facultad.

Maestro Fr. Juan García, natural de las Sellás, Aragón, recibió el hábito el 28 de Octubre de 1669 y murió á 25 de Octubre de 1707. El abad de San Victorián D. Francisco Crespo, le trajo á esta Casa enamorado de su voz. Estuvo algunos años en el Seminario de los niños escolanes, dedicado y ocupado en las divinas alabanzas. Fué de tal comprensión, que en breves días y sin mucho trabajo se halló músico y organista consumado. Tuvo treinta y ocho años de hábito tan bien empleados, que ilustró esta Capilla con su voz, que fué en lo sonoro y gala singular y sin igual. Su voz fué la admiración de España y de los extranjeros que tuvieron la suerte de oírle. Tuvo también una propiedad, que nunca le vieron acatarrado, sino una sola vez; cantando con tal modestia, que no parecía fuese él el que cantaba. Entre sus habilidades fué grande organista, y tan diestro en la música, que muchas veces él mismo cuando cantaba en la iglesia, se acompañaba en el órgano, que ajustándolo á su voz, hacía tal armonía y consonancia, que embelesaba á cuantos le oían. Amaba tan tiernamente á Nuestra Santísima Señora, que por no apartarse de su presencia, no sólo despreció conveniencias grandes que le propusieron así el Cabildo de la Catedral de Zaragoza, como algunos Príncipes, entre ellos el serenísimo Sr. D. Carlos II, que le llamó dos veces para Maestro de su Real Capilla.

Maestro Fr. José Capelladas, natural de Martorell, tomó el hábito á 15 de Junio de 1627 y murió á 1 de Enero de 1688. Entre los monjes doctos de esta Casa, figura entre los primeros; y así como se dedicó á las ciencias, se hubiese ocupado de la música, figuraría también como uno de los Maestros más consumados que han salido de

nuestra Escolanía. Fué un talento raro y singular en todos los ramos, y su nombre será siempre célebre en Montserrat.

Maestro Fr. Juan Romañá, natural de Piera, recibió el hábito á 25 de Septiembre de 1632. Fué excelente músico y gran compositor de *Gallardas* y tocatas para *Chirimías*, notable organista, sin otras prendas que le adornaron. A 11 de Abril de 1645 tomó el hábito otro *Romañá Francisco*, quizás su pariente, éste natural de Villafranca, el cual descolló por su linda voz de tenor, ó contralto, con cuyo don sirvió admirablemente para servir y honrar á nuestra buena Madre.

Fr. José Bassó, natural de San Felín de Guíxols, tomó el hábito á 27 de Octubre de 1638. Fué discípulo del Maestro Tapias, y uno de los mejores músicos de su tiempo, que á no prevenirle la muerte tan temprano, ofrecía á esta Casa otro Maestro Tapias. Fué gran organista.

Fr. Juan Simó, natural de Arberá, vistió el hábito á 30 de Septiembre de 1643, y fué un talento de los más cabales de su época, así en letras como en música; en la facultad de órgano fué singular, y no tuvo igual en su tiempo. Dejó escritas muchas obras de música.

Fr. Francisco Rosell, natural de Barcelona, tomó el santo hábito á 10 de Octubre de 1646. Fué gran compositor en la música, como lo acreditan, dice el manuscrito de donde tomamos estas noticias, sus muchas y buenas obras, y fué insigne organista.

Fr. Jaime Costa, natural de la Espluga de Francolí, tomó el hábito á 9 de Marzo de 1648. Tuvo excelente voz de contralto. Hízose ermitaño, y murió en la ermita de San Antonio. Al expirar cantó el *Gloria in excelsis Deo* con grande gala y primor.

Fr. Benito Soler, natural de Granollers, tomó el hábito á 26 de Junio de 1656. Fué muy buen estudiante, notable compositor y excelente arpista. Fué también Maestro de la Escolanía.

Fr. Juan Vilumara, natural de Castellvell, tomó el hábito á 26 de Junio de 1656. Tocaba el bajoncillo con grande primor y suavidad. Empleó toda su vida en escribir libros del Coro, pues fué un Religioso tan singular en la pluma, que hasta ahora no se ha conocido en Montserrat otro igual.

Maestro Fr. Juan Cererols, natural de Martorell, tomó el hábito á 6 de Septiembre de 1636 y murió el día de San Agustín de 1676. Fué uno de los mejores Maestros de Capilla que hubo en su tiempo, muy estimado y respetado de cuantos maestros músicos había en España, y de los tales llamado, como por antonomasia, *el maestro*, *el músico*, *el compositor*. Tuvo especial don y gracia para enseñar; así fueron tantos sus discípulos, que apenas había iglesia en este

Principado, en que Maestros de Capilla y organistas no fuesen discípulos suyos. Tocaba bien desde el órgano hasta el último instrumento. Entre otras composiciones que de tan famoso Maestro se conservan hoy día, uno es el precioso *Asperges me*, al estilo de Palestrina, que se canta en tiempo de Cuaresma y Adviento. Dejó escritos muchos libros de música, y fué Maestro de Capilla y de escolanes más de treinta años.

Fr. Juan Bta. Rocabert, natural de Barcelona, tomó el hábito á 7 de Diciembre de 1674 y murió á 7 de Enero de 1701. Desde sus más tiernos años dió muestras de su viveza, ingenio y capacidad, y por cierto que no salieron fallidas, porque sobre el grado de perfección que consiguió en las facultades de órgano y música, de que dan testimonio en las más de las Capillas de España las muchas obras que dejó á la posteridad, no le faltaron las de arpa, violín y demás instrumentos de cuerda; y en lo que toca á las referidas dotes de órgano y orquesta, en su tiempo nadie llegó á adelantarle.

Fr. Benito Juliá, natural de Torruella, Gerona, vistió el hábito á 25 de Diciembre de 1745. Fué organista y Maestro de escolanes. Era muy profundo en la composición, como lo acreditan las obras de música que dejó. Tuvo don especial en componer lo tocante al Oficio de difuntos, como el Invitatorio, Nocturnos y Lecciones. Tiene dos Misas de *Requiem*, en cuya composición sobresale el aplicar la música á la letra.

Fr. Anselmo Viola, natural de Torruella, vistió el hábito á 26 de Marzo de 1756. Después de profeso pasó al Monasterio de Montserrat, en Madrid, donde dió á conocer su talento para la composición, mereciendo que sus producciones se cantaran en la Capilla Real con mucha aceptación. Volvió después, siendo nombrado Maestro de la Escolanía, que le duró treinta años. Era de los Maestros de música de más nombradía. Sacó muchos y muy buenos discípulos. Parece increíble lo que trabajó en materia de música. Su música es original y tiene modulaciones muy raras, de modo que si el cantor no está bien impuesto, es muy fácil que yerre ó desentone. Conocía bien el contrapunto, sobresaliendo con frecuencia en fugas y pasos. Murió de un ataque apoplético á 25 de Enero de 1798, á la edad de cincuenta y nueve años.

Fr. Narciso Casanovas, natural de Sabadell, tomó el hábito á 3 de Septiembre de 1763. Era sujeto de prendas, muy cortés y afable y de genio festivo y jovial, lo que le hacía muy amable. Pero lo que más le distinguió fué su manejo y destreza admirable en el órgano. Era tal, que con dificultad se hubiera encontrado otro igual en

su tiempo. Un viajero que había seguido casi toda la Europa, según él mismo dijo, entrando en la iglesia y oyendo tocar al P. Casanovas, se quedó como arrebatado, mirando siempre al órgano, y después añadió: «Soy inteligente en la música, y acabo de seguir toda la Europa, y jamás he oído tocar tan bien el órgano como hoy.» Era tan grande el dominio que tenía del teclado, que tocando no dejaba caer el polvo de los dedos índice y pulgar, sin que por esto se advirtiese deficiencia en la plenitud de la armonía. Tocaba de repente sonatas tan bien acabadas, que á juicio de los inteligentes merecían, sin quitar ni añadir nada, ser impresas.

No sólo le hizo famoso esta rara habilidad, si que también inmortalizaron su nombre las composiciones de los Responsorios de la Semana Santa. Obra verdaderamente admirable, que es como un compendio de todas las maravillas de su música. Allí se encuentran reunidos, no sólo las fugas, cánones, pasos, imitaciones y demás habilidades del arte musical, sino también un gusto exquisito, primores delicados, modulación profunda, cantos originales, y sobre todo una identificación del canto con la letra, que el uno parece alma del otro. Este es el juicio que han formado de dichos Responsorios los maestros más eminentes. Revela más su mérito, el haber reunido tantas maravillas en una composición de solas cuatro voces. Compuso otras obras notabilísimas. Pudo por fortuna salvarse del incendio un libro que lleva el número 1 en su lomo, que es señal de que tendría también otros. La portada en letras doradas dice: *Borrador de música del P. Casanovas*. Y en el índice se hallan descritos los siguientes asuntos.

Empieza así: «Índice de lo contenido en este libro del P. Maestro Fr. Narciso Casanovas.—*Responsorios*, á 4.º, para los tres días de tinieblas.—*Letania*, á 5.º.—*Salve*, á 5.º, 1.º tono, punto bajo.—*Salve*, á 3, 3.º tono.—*Salve*, á 5.º, 3.º tono.—*Salve*, á 5.º, 7.º tono.—*Magnificat*, á 5.º, 5.º tono, dos puntos alto.—*Salve*, á 6.º, 2.º tono, medio punto bajo.—*Salve*, á 5.º, de contralto, 1.º tono, punto bajo.—*Ave, Regina Cœlorum*, á 6.º.—*Magnificat*, á 5.º, 6.º tono.—*Vísperas*, á 7.—*Laudate*, á duo.—*Beati omnes*, á 3.—*Lauda Sion*, á 4.º.—*Laudis thema*, á duo, obligado de violín.—*Transiturus*, á 6. *Ego sum*, á duo.—*O quam suavis*, á duo.—*Genitori*, de contralto y tenor.—*Genitori*, á 3, de contralto.—*Genitori*, á 3, de bajo.—*Laudate*, á 7, con violines y trompas.—*Regina Cœli*, á 5, con violines y trompas.—*Responso*, á duo, 3.º, del 1.º Nocturno, para la Natividad de Nuestra Señora, obligado de violín.—*Responso* 2.º, del 2.º Nocturno, para la misma festividad, á 3, con bajones obligados.—*Respon-*

sorio 4.º, del 2.º Nocturno, á 3, con violines y trompas obligadas.—*Responsorio* 2.º, del 2.º Nocturno, de la Natividad del Señor, á duo, con violines.—*Responsorio* 1.º, del 3.º Nocturno, para la misma festividad, á 4.º y á 8.º, con violines trompas y flautas.—*Responsorio* 4.º, del 1.º Nocturno, de la Natividad del Señor, á duo, con violines.—*Responsorio* 4.º, del 2.º Nocturno, de la Natividad del Señor, á 3, con violines y trompas.—*Responsorio* 2.º, del 3.º Nocturno, de la Natividad del Señor, á duo, con violines.—*Lamentación* 2.ª, del Miércoles, con violines, flautas, oboe obligado y violeta, á 3.—*Lamentación* 1.ª, del Viernes, á 4.º, con violines y flautas.—*Invitatorio*, para la Natividad de Nuestra Señora, á 4.º y á 8.º, con violines y trompas.”

Fr. Benito Brell, natural de Barcelona, vistió el hábito á 23 de Junio de 1803 y murió á 3 de Junio de 1850. Fué Maestro de la Escolanía, de la que sacó muy buenos discípulos. Era también muy excelente organista, pues tenía tal manejo, limpieza y maestría, que improvisaba sonatas con tanta originalidad de ideas y modulación profunda, que se juzgaba no había quien le excediese en España. Asimismo fué un gran compositor, descubriéndose en todas sus producciones originalidad y gusto.

Fr. Jacinto Boada, natural de Tarrasa, falleció á 26 de Mayo de 1859, á la edad de ochenta y ocho años. Era el decano de los Maestros de música, no sólo de España, sino de Europa. Fué Maestro de la Escolanía antes de la guerra de la Independencia, y continuó siéndolo hasta su muerte. Tuvo discípulos muy aprovechados, que hacían honor á su maestro. Tuvo la desgracia de ver las tres épocas más dolorosas de este siglo; el incendio del templo y Monasterio, el triste bienio del año 20, en que fué desterrada á Barcelona la Santa Imagen, y la guerra de los siete años, en que estuvo cerrado el templo y oculta la Imagen de Nuestra Señora. Al restaurarse la Escolanía en este Monasterio en 1818, compuso el P. Boada toda la música que hacía falta para el culto, porque nada había quedado después que hubieron pasado los invasores. Fué buen compositor, y por desgracia, la última figura de aquella hermosa pléyade de talentos músicos que tanto renombre y fama han dado á Montserrat.